FRANCIA BATALLADORA

STEPHANE LAUZANNE

THE LIBRARY OF CONGRESS
1800

Class D516

Book .L37

Copyright No.

COPYRIGHT DEPOSIT.

FRANCIA BATALLADORA

por

Joseph Vincent

STEPHANE LAUZANNE

TENIENTE DEL EJÉRCITO FRANCÉS, CABALLERO DE LA LEGIÓN DE HONOR, DIRECTOR DE "LE MATIN," MIEMBRO DE LA MISIÓN FRANCESA A LOS ESTADOS UNIDOS

VERSIÓN CASTELLANA
DEL ORIGINAL FRANCÉS

por

JOSÉ F. GODOY

EX-DECANO DEL CUERPO DIPLOMÁTICO EN CUBA Y AUTOR DE LAS VERSIONES CASTELLANAS DE "MIS CUATRO AÑOS EN ALEMANIA" DEL EX-EMBAJADOR GERARD, "AL ASALTO" DE A. G. EMPEY, Y "MI VIDA EN LAS TRINCHERAS" DE R. DERBY HOLMES

D. APPLETON Y CIA.
NUEVA YORK Y LONDRES
1919

I 516
L37

COPYRIGHT, 1918, BY
D. APPLETON & CO.

La propiedad literaria de la obra original y la de esta versión castellana están aseguradas de conformidad con las prescripciones que marca la ley

Esta versión castellana de la obra es la única autorizada por su autor y sus editores

Se imprimió en los Estados Unidos de América

FEB 24 1919

©CI.A511725

DEDICO ESTA OBRA

a

MIS JEFES

MIS COMPAÑEROS

MIS SOLDADOS

QUE ESTÁN COMBATIENDO POR LA GRAN CAUSA
DE LA LIBERTAD Y DE LA CIVILIZACIÓN

INTRODUCCIÓN DEL TRADUCTOR

El éxito, bien merecido y halagador, que obtuvo la publicación de la versión inglesa de esta obra, ha sido el móvil que guió a sus editores al preparar la versión castellana de tan interesante libro. Me ha cabido la honra de ser la persona designada para desempeñar esa tarea literaria, y la he emprendido, creyendo que su lectura interesará a los que en los países del habla español deseen tener el mayor acopio de datos, acerca de la cruenta lucha que tantos desastres ha causado a las naciones del mundo civilizado.

Conozco personalmente al autor de la obra, y como otros muchos he podido apreciar su talento, su cultura y sus vastos conocimientos. Como director de uno de los diarios de más importancia en París, el Sr. Lauzanne es muy estimado por el público lector de Francia y de otros países. Los grandes servicios que ha prestado a su patria, con la espada y con la pluma, así como los que sigue prestando en el desempeño de su difícil cargo oficial en esta gran República, lo han hecho merecedor de sinceros y justos encomios.

Su obra, escrita con patriótico fervor, pero ajustando siempre sus apreciaciones a la exactitud histórica, es por demás notable, y refleja sinceridad y nobleza de sentimientos. Contiene datos sumamente importantes bajo el prisma de la verdad histórica, y comprende además observaciones de sumo interés acerca de acontecimientos que tanto nos tienen que preocupar.

Estimo que los Sres. D. Appleton y Cia. han prestado un verdadero servicio al público lector en los países del habla español, al darle a conocer un libro que tanto ha llamado la atención en los Estados Unidos.

Réstame ahora aprovechar la oportunidad de mostrar mi agradecimiento a ese mismo público lector, por la benevolencia con que recibió mis versiones castellanas de las interesantes obras del ex-Embajador Gerard y de otros autores, y anticipárselo por la atenta acogida que espero dará a este nuevo y humilde trabajo.

José F. Godoy.

CONTENIDO

I

PORQUÉ FRANCIA ESTÁ COMBATIENDO

La declaración de guerra y la movilización francesa—La invasión y los dias trágicos en París durante agosto y septiembre de 1914: recuerdos personales—Las crueldades premeditadas de Alemania: nuevos documentos—El sistema de espías que los alemanes organizaron en Francia..... 1

II

CÓMO FRANCIA ESTÁ COMBATIENDO

Francia está combatiendo con sus hombres, con sus mujeres y con sus niños—Los hombres demuestran que saben soportar el infortunio; episodios del Marne y de Verdún—Las mujeres esti-

MULAN A LOS HOMBRES PARA QUE PUEDAN COMBATIR Y SUFRIR: ALGUNOS EJEMPLOS—UNIÓN SAGRADA DE TODOS LOS FRANCESES CONTRA EL ENEMIGO—TODOS ELLOS, SIN NINGUNA EXCEPCIÓN DE CLASE O RELIGIÓN, MUEREN SONRIENDO—CARTAS DE SOLDADOS—LA ORGANIZACIÓN A RETAGUARDIA: LOS TRABAJOS DE LAS FÁBRICAS..... 58

III

FRANCIA SUFRE PERO NO ESTÁ ABATIDA

A PESAR DE SUS SUFRIMIENTOS, FRANCIA HA PODIDO PAGAR VIENTE BILLONES DE PESOS, PARA LA GUERRA, DURANTE TRES AÑOS—EL COMERCIO FRANCÉS Y EL TRABAJO FRANCÉS DURANTE LA GUERRA—FRANCIA ESTÁ AYUDANDO A LOS ALIADOS BAJO EL PUNTO DE VISTA MILITAR Y HACENDARIO—COMO SERBIA FUÉ SALVADA..... 105

IV

LOS PROPÓSITOS GUERREROS DE FRANCIA

Restitución: Alsacia-Lorena—Restauración: los territorios arruinados y devastados—Garantías—La Sociedad de las Naciones 157

APÉNDICES

Apéndice I—Como los Alemanes obligaron a Francia a combatir..... 203
Apéndice II—Como los Alemanes tratan a un embajador..... 207
Apéndice III—Como los Alemanes están haciendo la guerra..... 221
Apéndice IV—Como los Alemanes ocupan el territorio de un enemigo..... 226
Apéndice V—Como los Alemanes tratan a nuestra Alsacia-Lorena..... 232
Apéndice VI—Como los Alemanes comprenden la paz futura..... 256

FRANCIA BATALLADORA

I

PORQUÉ FRANCIA ESTÁ COMBATIENDO

Por la tarde del lunes 3 de agosto de 1914 se vió salir de la Embajada Alemana en París, que estaba en la calle de Lille, cerca del Boulevard Saint Germain, a un hombre de baja estatura, de rostro encarnado y que tenía bigotes blancos y tupidos. Ese individuo se paseaba de manera que pudiera llamar la atención a lo largo del Boulevard y del Puente de la Concorde. Trataba de acercarse con notoria insistencia a los grupos de personas que discutían calurosamente por doquiera acerca de la probabilidad de que estallara la guerra. Parecía que él descaba ser reconocido y tomar parte en las discusiones, pero nadie hizo

caso de él. Al fin ese paseante llegó hasta el Quai d'Orsay, entró por la porteria del Ministerio de Relaciones Exteriores, subió por la gran escalera y acercándose al hujier que se precipitó para abrir la puerta, le dirigió estas pocas palabras:

"Informe usted al Presidente del Consejo que el Embajador de Alemania desea hablarle."

Era pués aquel personaje el Barón de Schoen, Embajador Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Su Majestad Guillermo II, Emperador de Alemania. Durante dos dias él había estado recorriendo las calles y avenidas más frecuentadas de París, con el objeto de que debido a alguna injuria inferida o de algún grito amenazador, pudiera decirse que Francia habia insultado y provocado a Alemania, por medio de su persona. Pero no se profirió ningún grito, no hubo ninguna amenaza, no surgió ningún incidente. Por lo tanto el Barón de Schoen, ya cansado, se tomó la delantera y fué a presentar la declaración de guerra formulada por su gobierno.

Esta declaración que ya está consignada en la

historia, estaba concebida en los términos siguientes:

"Señor Presidente:

"Las autoridades administrativas y militares de Alemania se han dado cuenta de ciertos actos flagrantes de hostilidad que algunos aviadores militares franceses han cometido dentro del territorio alemán. Varios de ellos han violado abiertamente la neutralidad de Bélgica, puesto que han recorrido en vuelos el territorio de ese país; uno trató de destruir edificios cerca de Wesel, y a otros se les ha visto en el distrito de Eifel y finalmente otro ha tirado bombas sobre la vía ferria cerca de Carlsruhe y Nuremberg.

"He recibido instrucciones para manifestar a Vuestra Excelencia, como tengo la honra de hacerlo, que debido a estos actos de agresión el gobierno alemán se considera en estado de guerra con Francia, como consecuencia de los actos cometidos por esta potencia.

"Al mismo tiempo tengo la honra de poner en conocimeinto de Vuestra Excelencia que las

autoridades alemanas detendrán los buques mercantes franceses que se encuentren en puertos alemanes, y que no permitirán su salida y su devolución, a menos que dentro de las cuarenta y ochos horas se den plenas seguridades de la más completa reciprocidad.

"Como ya ha terminado de esta manera mi misión diplomática, sólo me resta suplicar a Vuestra Excelencia que tenga a bien facilitarme mis pasaportes y dictar las disposiciones conducentes, y que estime convenientes, para que se logre mi seguro regreso a Alemania, acompañado del personal de la Embajada, así como del personal de la Legación de Baviera y del Consulado General en París.

"Sírvase, Señor Presidente, aceptar las seguridades de mi más respetuosa consideración.

(Firmado) "SCHOEN."

Acto continuo el Sr. René Viviani, Presidente del Consejo y Ministro de Relaciones Exteriores, tuvo que protestar contra los términos de esa inusitada declaración. No habia hecho vuelos

ningún aviador francés sobre territorio belga; tampoco ningún aviador francés se habia acercado a Wesel, ni ninguno tampoco se habia dirigido en vuelo hacia Eifel o habia tirado bombas sobre la via ferrea cerca de Carlsruhe o Nuremberg. Y menos de dos años después, el doctor Schwalde, alcalde de Nuremberg, y de nacionalidad alemana, se encargó de confirmar el rotundo mentis que dió el Sr. René Viviani a las acusaciones alemanas. "Es falso," escribia el doctor Schwalbe en el *Deutsche Medizinische Wochenschrift* del 25 de Mayo de 1916, "que los aviadores franceses hubiesen echado bombas sobre la via ferrea de Nuremberg: el general que mandaba el tercer cuerpo de Baviera, que se encontraba en esos lugares, me dijo que no tuvo ningún conocimiento de ese atentado, salvo por lo que consignaron los periódicos. . . ."

Pero por de pronto se habia dado el golpe que anunciaba que iba a subir el telón para iniciar la tragedia más terrible que jamás se hubiese conocido en este mundo, y la simple entrega de ese

documento ponia de manifiesto el principio de tal drama. . . .

El Barón de Schoen salió del salón de recibo del Ministerio de Relaciones Exteriores, en donde durante tantos años él había sido recibido con suma cortesia, y se fué acompañado hasta la puerta por el Sr. Philippe Berthelot, que entonces hacia las veces de Director de la Sección Política en el Quai d'Orsay. Al salir de la puerta, el Barón de Schoen apuntó con el dedo la ciudad que se veia al otro lado del Sena, con sus árboles, edificios y monumentos, y exclamó:

"¿Pobre París, que es lo que te va a suceder? . . .

Y al mismo tiempo trataba de dar un apretón de manos al Sr. Philippe Barthelot. Pero éste sólo se inclinó silenciosamente, como si no hubiese visto aquel movimiento, ni comprendido la intención del diplomático alemán.

Eran las 6.45 de la tarde, y desde ese momento puede decirse que existía el estado de guerra entre Francia y Alemania. . . .

La mobilización había principiado durante la

noche del dia anterior, o puede decirse con exactitud a la media noche del domingo 2 de agosto.

Mobilización era ésta que los franceses habían comprendido pudiera estar próxima a verificarse desde hacia veinte años, según lo indicaba Alemania con sus actos agresivos, brutales y muy provocadores.

En cuanto a lo que se refiere a mi personalmente, debo decir que con frecuencia yo había visto en la etiqueta roja que formaba parte de mi libro militar, estas líneas bien sencillas: "*En caso de mobilización, el subteniente Lauzanne (Stéphane) deberá presentarse al segundo día de la mobilización en la estación de ferrocarril más cercana a su domicilio, y allí tomará el primer tren que se le indique con destino a Alençon.*" Y cada vez que yo notaba esa hoja roja, sentía que se me oprimía el corazón. . . . ¡La mobilización! ¡La estación del ferrocarril! ¡El primer tren! . . . ¡Qué molestias; que desorden, que confusión! . . . Pues bien no hubo ningún desorden, ni molestias, ni confusión, y todo se llevó a efecto de la manera más sencilla y tranquila.

Al amenecer del 3 de agosto me presenté en la estación de los Inválidos. Allí no ví ni un gran gentío ni nada de confusión. Sólo noté que había varios policías que vigilaban en la acera solitaria de la calle. Llegaba la gente sin hacer ruido, y paulatinamente bajaba por las escaleras hasta el salón de espera. Cuando yo mostré mi boleta, el jefe de la estación que la recibió me habló sin ninguna emoción, y tan tranquilo como si lo que estaba haciendo fuera cosa rutinaria:

"La vía No. 5. . . . El tren de usted saldrá a las 6.27."

Y efectivamente el tren salió a las 6.27, como si fuera un tren ordinario; principió a andar muy despacio e iba casi vacio. Pasaba a lo largo del rio Sena, y veía yo a París que estaba iluminado por los resplandores matutinos, mientras que todo el mundo parecía estar durmiendo. Sorprendido me restregué los ojos, en la creencia de que si yo no estaba durmiendo, al menos estaría soñando. ¿Como era que ya había estallado la guerra? Y en apariencia eso no podia ser, y sin embargo mi memoria me hacía recordar lo que

había sucedido. Bien tenía presentes las inolvidables escenas de dias pasados, y sobre todo esa hora trágica del primero de agosto, cuando a las cuatro de la tarde el gentío agolpado en el boulevard presenció como se habia fijado en un cartel de un diario la orden de mobilización. Recordé los gritos con que la gente prorrumpió; esos gritos que me aterrorizaban, esos gritos que parecían proceder de las entrañas de la tierra, y que eran dados por toda una raza que desde hacia años, minuto por minuto, esperaba darlos. Después oí la Marsellesa, y en seguida la súplica breve, pero imperiosa de "Banderas; queremos que nos den banderas" y esas banderas surgieron por doquiera, y todo París de repente se vió empavezado, como si fuera aquel un día festivo: si, no habia duda de que todo aquello había sucedido, de que eso había pasado ante mi vista y de que realmente estabamos en plena guerra.

Poco a poco mi tren se llenó, y en cada estación en que paraba veía que entraban muchos hombres. Todos ellos llegaban contentos y sonrientes, y con un ligero saludo de despedida

dirigían sus miradas hacia las mujeres que los habían acompañado, y que permanecían llorando detrás del enverjado. Notábase gran confusión en el interior de los coches, y todos los viajeros se juntaban sin distinción de rango, clase o grado. Vi que en Argentan, algunos fornidos hijos de la Normandia entraron en tropel en los coches y después siguieron conversando con la mayor tranquilidad, como si trataran de sus asuntos rutinarios. De vez en cuando hacían uso de la misma frase:

"Puesto que debemos ir, iremos gustosos."

Un campesimo exclamaba: "Nos quieren quitar lo que nos pertenece. Yo lo defenderé con mi vida."

Bien se comprendía que todo un pueblo estaba de accorde y que todos se expresaban con plena unanimidad. La resolución firme de toda una nación parecía como si brotara de la misma tierra. Y esa tierra tenía una apariencia distinta de la de costumbre. Bien recuerdo el golpe de vista que presentaban las inmensas planicies de la Beauce. Parecían muertas o adormecidas, y su

vida había quedado suspensa a eso de las cuatro de la tarde de aquel sábado primero de agosto. Por doquiera se veía el trigo cortado, esparcido por el suelo y a su lado la hoz inerte; se veían los instrumentos de labranza cerca de la yerba que acababa de ser cortada; se veían haces tirados sobre el suelo que nadie había recogido. Aun las pequeñas poblaciones parecian desiertas, pues ninguno transitaba por sus calles. Casi creía uno que el tren en que pasaba y los centenares de ellos que ya habían pasado, se habían llevado a los seres que habitaban aquellas regiones.

Cuando llegamos a Alençon a eso del medio dia, todos salimos del tren. Ese pequeño pueblo de Normandía es tranquilo y apacible en épocas normales, pero aquel día estaba repleto de gente; se veían olas de reclutas mobilizados que inundaban la calle principal de aquella población; y toda esa gente se dirigía hacia los dos cuarteles. Seguí la corriente, y encontré a mi capitán, que estaba en medio del patio, sin haber tenido el tiempo para ponerse su uniforme. En breves palabras me explicó la situación.

"Todo es muy sencillo. Ahora son las tres de la tarde, y pasado mañana a las seis de la mañana tendremos que irnos a París. Por lo tanto contamos con un día para uniformar, equipar y armar a nuestra compañía."

No era fácil la tarea de uniformar, equipar y armar a 250 hombres en veinte y cuatro horas. Era necesario buscar entre los montones de objetos que estaban arrinconados en el cuartel, 250 capotes, 250 pantalones, 250 kepís, que debian ajustar a 250 bustos, pares de piernas y cabezas y todos de medidas distintas. Fué necesario encontrar 500 pares de zapatos para 250 pares de piés. Teníamos que seleccionar a los reclutas de confirmidad con sus estaturas y formar las secciones y los destacamentos. También se tenía que alistar el rancho y transportarlo. Tenía uno que ir a recoger los fusiles y cartuchos, asi como el dinero para habilitar a los soldados y darles su paga de marcha. Tuvimos que instalar oficinas, abrir libros de contabilidad y preparar las nóminas; en fin era indispensable poner en movimiento una pequeña máquina que formara parte

de la gran maquinaria guerrera. Y para hacer todo eso no contabamos con nadie que nos ayudara, puesto que no habia allí ningún oficial ni subalterno en servicio activo. Tenía el capitán que hacer, pensar y resolver todo por si sólo. Tenía que dedicarse a la tarea que poco antes hubiese sido desempeñada por veinte y cinco subdirectores del establecimiento más grande de artículos de ropa en París, por veinte y cinco zapateros y por veinte y cinco tenedores de libros, y aun todos esos no habrían dado abasto para terminar tal tarea. Pues bien, todo eso él sólo lo hizo. E igualmente lo hicieron todos los capitanes del ejército francés; y a eso de las seis de la mañana del segundo día nuestra pequeña máquina estaba lista y podía ajustarse a la gran maquinaria, y a esas mismas seis de tal mañana íbamos nuevamente en un tren, pero esta vez no sucedía lo del dia anterior; no se veía un tropel confuso y heterogeneo; era un ejército con sus jefes y armas; un ejército que ya conocía lo que era la disciplina. Eso se comprendía desde luego al notarse el silencio que reinaba por todas partes.

El coronel habia dictado esta orden a la salida del tren: "Que no se haga ruido," y no lo hubo, pues esa conglomeración de soldados se convirtió en un tren mudo que atravezaba el campo, y pasaba por pueblos y ciudades sin que se oyese más que la trepidación de la locomotora. Llegamos a la capital y bajamos del tren, siempre sin hacer ningún ruido, y nos dirigimos a un cuartel en un barrio al norte de París, en donde tuvimos que permanecer durante todo un mes.

Bien merecía que se escribiera un libro en que se describiera la historia extraordinaria de lo que aconteció en París durante el mes de agosto de 1914. Nunca se ha visto a una ciudad tan agitada y atormentada, y que al mismo tiempo tuviera horas tan tranquilas y placenteras. Parecía que durante los primeros quince dias, París estaba tranquilo y dulcemente adormecido y sólo tratando de escuchar con insistencia el lejano murmullo que proclamara la victoria.

Al fin el veinte y cinco de agosto, París que hasta entonces sólo había oido algunos rumores

acerca de la batalla de Charleroi, despertó sobresaltado y leyó aquel famoso comunicado que principiaba con las palabras:

"Del Somme a los Vosges. . . ."

Eso quería decir que el enemigo ya estaba al sur del rio Somme a unas cuantas jornadas de la capital. Pero aunque fué rudo ese despertar, también se verificó sin ninguna agitación, pues París tenía una inquebrantable confianza en su destino, en su ejército, en su Joffre. Todos decían con unanimidad: "El ejército ha retrocedido, pero no ha sido destrozado ni derrotado, mientras que exista el ejército París no tiene nada que temer. . . ." Era el domingo 30 de agosto, y todo París parecía tan tranquilo y abrigando el mismo optimismo que el primer dia de la guerra.

¡Cuan bien recuerdo ese domingo 30 de agosto!

A lo largo de las paredes exteriores de los edificios, se veían dos carteles blancos: uno grande y otro pequeño. El grande era la proclama del gobierno, en que se anunciaba la salida de los poderes públicos para Burdeos.

"Franceses:

"Desde hace semanas se han estado librando combates encarnizados entre nuestras heróicas tropas y el ejército enemigo. Nuestros soldados con su denuedo han conseguido notables ventajas, pero el empuje de las tropas alemenas hacia el norte nos ha obligado a retirarnos.

"Esta situación ha determinado que el Presidente de la República y el Gobierno asuman una resolución bien penosa: con el objeto de guardar incólume nuestra nacionalidad, los poderes públicos deben alejarse por algún tiempo de la ciudad de París.

"Quedará la capital y su patriótica población defendidas por un ejército francés valeroso y lleno de entusiasmo, que impedirá sea tomada. Pero al mismo tiempo debe continuar la guerra por todo el resto del territorio nacional."

El cartel pequeño era una declaración del nuevo Gobernador de París, el general Gallieni. Por su laconismo, se asemejaba a una inscripción antigua:

"He recibido la orden de defender a París. Cumpliré esa orden hasta que sea imposible hacerlo."

Ese mismo domingo 30 de agosto fué el primer día que los taubes atacaron a París. Cúpome en suerte estar de guardia ese mismo día en una puerta de la capital. Contemplé la llegada del aeroplano desde una gran distancia, y no me quedó la menor duda acerca de lo que era; pues reconocí la apariencia de ave de rapiña que es el distintivo de todos los monoplanos alemanes. Nadie se equivocó con respecto de lo que era en realidad, y desde luego fué recibido con nutridas descargas de todos los cuarteles, de todos los bastiones, y de todas las avanzadas. Le tiraban desde las calles, desde las ventanas, desde los patios y desde los techos. Con mi anteojo noté la direción en que iba, y por un momento creí que le habían pegado; asi me pareció porque noté que se detuvo en su vuelo. Pero esto sólo era un error de óptica . . . sólo estaba remontándose en el aire, debido sin duda a que se había per-

cibido del ruido de las descargas, y porque probablemente algunas de las balas habían silbado demasiado cerca de los oidos de su piloto. Cuando llegó casi encima del lugar en que yo estaba observándolo, noté que aparecía sobre sus alas una ligera nubecilla blanca, y a los diez segundos después de eso se sintió una conmoción terrible: acababa de arrojar una bomba, que cayó e hizo explosión a poca distancia de nosotros. . . . Pero me era tan interesante observar el vuelo de este pirata, que a pesar de todo, seguí contemplando sus atrevidas evoluciones, clavando mi vista en el cielo y tratando de notar si otra vez podía yo columbrar la nubecilla blanca, precursora del mensajero de la muerte. Y todos los que estaban cerca de mi: transeuntes, obreros, militares, muchachos, todos permanecieron fijos con los píes sin moverlos y clavada la vista en las nubes. Nadie se ponía en fuga; nadie se ocultaba; nadie iba a esconderse detrás de una puerta o en un zótano. Es rasgo característico de las bombas arrojadas por un aeroplano, el que no atemoricen a nadie aunque ocasionen la muerte.

Toda máquina mortífera que uno vé no da miedo; la máquina invisible es la que verdaderamente pone a uno nervioso.

Sea lo que fuere, París estaba obsesionada por una curiosidad perenne. Aun en aquellas horas trágicas que sobrevinieron después, esa curiosidad continuó tan tenaz, ardiente, divertida como anteriormente. Todas las tardes a eso de las cuatro la gente se agolpaba en las plazas y avenidas. ¿Con qué objeto?: pues para ver los taubes. Si un taube había venido el día anterior, todos créian que vendría otro al día siguiente. Aun parece que en una escuela se dió asueto a las niñas para que gozaran de ese espectáculo, y en otros lugares se permitió la suspensión de las tareas ordinarias. En Montmartre en donde los escalones de la Butte ofrecen un buen punto de observación, se pagaba fuerte precio por ocuparlos.

Veíase un gentío a lo largo de las fortificaciones; allí estaban observando las obras de defensa que se llevaban a efecto con actividad por orden del general Gallieni. Miles de hombres y

sobre todo mayor número de mujeres examinaban los lugares en que se instalaban los cañones, las troneras que se hacían, los maderos que se fijaban para asegurar las puertas y los adoquines que se amontonaban cerca de las entradas. Ninguna de esta gente creía que el enemigo se iba a acercar. O si fuera esa su creencia, no quería confesar que el peligro existiera. Pero lo que deseaba era ver, ver lo que ocurría.

Difícilmente pude yo, durante esa última noche de agosto, desalojar la multitud de las cercanias de la puerta que estaba vigilando. Sólo eran mujeres que se agolpaban, pero eran como mil, y mis argumentos, mis súplicas no hacían mella en su resolución de permanecer en ese lugar.

"No va a ocurrir nada" les decia. "¿Porqué no obsequian mis indicaciones? Ya deben retirarse.

"Pero deseamos ver. . . .

"¿Ver que?

"Ver si llegan los prusianos, y como los van a recibir. . . .

A pesar de todo, esa gente era notablemente

dócil. Se había dictado una consigna severa para que ninguno pudiera salir de París o entrar en la ciudad, antes de la salida del sol; de modo que durante la noche la capital estaba incomunicada con sus alrededores. Como resultado de esa disposición, muchísimas obreras que venían por la mañana de Clichy o de Lavallois-Perret, ya al anochecer, no podían regresar a sus hogares, y tenían que dormir a cielo raso.

"Divertidísimo es ésto," exclamaban ellas. "Ya casi somos como soldados."

Y a una de ellas le oí decir:

"¡Lástima que la guerra no dure para siempre!"

La misma noche que esto ocurrió se oyó un ruido sordo en dirección de la ciudad a eso de las once. Unos muchachos vinieron corriendo y gritando: "Allí vienen los soldados, los soldados. . . ."

Efectivamente acababa de llegar una división de algerinos, y estaba marchando a través de París, para ir al frente de la guerra. Venía detrás de ella una larga fila de taxis, de esos famosos taxis que el general Gallieni embargó y

que debían llevar municiones al campo de batalla de l'Ourcq. ¡Magnífico era el golpe de vista que presentaba! Durante esa bellísima noche de otoño vimos desfilar bajo los rayos de brillante luna, la larga columna de caballería argelina, con sus blancos bornoses y montados en pequeños caballos briosos. El gentío prorrumpió en vivas, que entusiasmaban a los soldados. Las mujeres les echaban besos, mientras que a mi y a mis soldados nos dirigian punzantes frases en tono de reproche:

"Ya ven ustedes," exclamaban ellas, "si los hubieramos obedecido, nos hubieramos ido y no habriamos visto a los soldados. . . ."

París, que no tuvo conocimiento de la batalla de Charleroi, si supo cuando ocurrió la batalla del Marne. Ese gran combate fué del dominio público en París, no sólamente por el desfile de las tropas que habían recorrido la ciudad, sino debido a los cañonazos que se oyeron continuamente durante tres días, procedentes de una dirección hacia el norte. Pero lo que bien pronto y con toda

certeza París supo, fueron los detalles primeros de esa lucha encarnizada.

¡Cuánto se ha dicho y escrito acerca de esa batalla del Marne, que quedará registrada como legendaria en la historia mundial! ¡Y cuanto se dirá y escribirá de aqui en adelante sobre el particular! . . . Algunos creen que se debió a un milagro, otros a un gran golpe de estrategia y otros aun a una afortunada tirada de dados. Pero la verdad fué una cosa más sencilla y emocionante; y aunque todavía no se tenga conocimiento de todo lo que ocurrió en el Marne, se sabe lo suficiente para que queden en claro dos o tres causas que determinaron la victoria de Francia y la derrota de Alemania, la salvación de la civilización y el retiro de la barbarie.

No hay duda que hubo buena estrategia: y que las operaciones militares concebidas por Joffre, y ejecutadas por el general Gallieni y por el general Maunoury, operaciones que consistían en formar un nuevo ejército hacia el extremo derecho de las columnas alemanas, para después echarse bruscamente encima del flanco de esas columnas, fueron

maniobras hermosas y audaces que prepararon la victoria.

Pero esas maniobras no habrían sido suficientes por si solas para asegurar el truinfo, si Maunoury no hubiese atacado por el extremo izquierdo con un empuje irresistible, que echó abajo por completo el plan de los alemanes; si Franchet d'Esperey también no hubiese sostenido con vigor el ataque de Maunoury, y hubiere terminado y acabado por la izquierda con las masas alemanas; y sobre todo si Foch, que estaba al centro no hubiese llevado a efecto prodigios inesperados de tenacidad y heroismo, para quebrantar la resistencia del enemigo, y hubiese impedido que este cortara sus líneas; si además de Langle de Cary y Sarrail no hubiesen tenido en jaque a los príncipes alemanes de Baviera y de Prusia delante de Vitry, y finalmente si Castalnau, obrando por la derecha, no se hubiese sostenido hasta no más contra el Grand Couronne de Nancy. La primera cosa verídica que resalta, es que todos ellos, Joffre, Gallieni, Maunoury, Franchet d'Esperey, Foch, de Langle de Cary, Sarrail, Castelnau,

Duvail,—y los nombro según el orden que ocupaban en la línea de batalla de la izquierda a la derecha—fueron incomparables. Como lo dijo un testigo ocular: "Cada uno se sobrepasó a si mismo" e hizo todo lo que humanamente podía hacer, ya sea como mentalidad, como talento, como pensamiento, como espíritu, como corazón. Si uno sólo de ellos hubiera fracasado durante los siete dias que duró la batalla, ésta se habría perdido. Pero para cerrar el camino a la Alemania se forjó una cadena del más excelente acero y cada eslabón de la cual resistió igualmente y sin que ellos pudieran romperlo. He aquí lo que constituyó el milagro.

En seguida debemos decir que detrás de esos jefes, que sin excepción ninguna se mostraron incomparables, allí se vieron ejércitos los cuales todos ellos sin excepción habían mantenido intacto su "espiritu batallador," es decir que tenían fe en si mismos, fe en sus jefes, fe en el destino de su patria, fe en la hermosura de su causa. . . . Nunca se podrá negar la importancia primordial que comprende el estado moral de los combatientes, entre

los distintos elementos que figuran en el campo de batalla. A veces da grima oir a esos estrategas antiguos que nos hacen creer que el choque de dos pueblos se reduce a un problema de táctica o a una estadistica de cañones; y da lástima escuchar a esos espectadores, que a larga distancia ven los acontecimientos, que dicen que se puede levantar a un pueblo derrotado enviándole pan, armas y hombres. Porque sobre todo, y muy sobre todo, existe esa fuerza incorporea, incalculable, de grandisimo valor y que es la única y la verdadera truinfadora en una guerra; en suma esa fuerza moral que podemos llamar el "espíritu batallador." Durante esta guerra se pudo ver a Francia en dos ocasiones, con un número inferior de hombres y material militar, obtener la victoria, porque había conservado intacto su "espíritu batallador" y también debería contemplarse al imperio más formidable del mundo, a un imperio de ciento setenta y cinco milliones de hombres, derrumbarse, sin ofrecer resistencia alguna porque se habia roto ese resorte moral. Son realmente ignorantes los que

no toman en cuenta en sus cálculos la fuerza moral de los que combaten. Son realmente visionarios aquellos que fijan para una fecha determinada el resurgimiento de algún ejército que ha sido derrotado, por haberle enviado ingenieros, peritos, dinero y municiones. Se puede dar todo, se puede exportar todo: pero hay una cosa que no se da, que no se exporta: es el valor, es la fe, es la voluntad de morir y de vencer. . . .

Los soldados franceses del Marne habían conservado intacto ese "espíritu batallador." Recuerdo haber preguntado a muchos oficiales que formaban parte de las columnas que se retiraban después de la batalla de Charleroi, los cuales bajo un sol tórrido, marchaban por vías ardientes y aspirando un polvo sofocante, todos me contestaban con las mismas palabras: "Nosotros no sabemos donde vamos, ni lo que haremos, pero lo que si sabemos es que los venceremos." El escritor Pierre Lasserre ha descrito esa retirada con estas palabras: "*Los cuerpos*" él decia "*reculan, pero no los corazones.*" Bien debe recordarse la noche del 5 de septiembre en que

se recibió la orden inmortal de Joffre. "Ha llegado la hora de resistir cueste lo que cueste, y de dejarse matar antes que retirarse. . . . En estos momentos no debemos ver hacia atrás; todos nuestros esfuerzos deben concentrarse en atacar y rechazar al enemigo. . . ." Esa misma noche, cuando se oyó el llamamiento supremo del jefe, todos los soldados sintieron latir sus corazones, y al amanecer de la mañana siguiente ellos eran los que debían levantarse como un sólo hombre y arrojarse sobre el enemigo. He aqui también lo que constituyó parte del milagro.

Finalmente en los momentos en que el "espíritu batallador" del ejército francés había llegado a la cúspide de su intensidad, se notaba que el "espiritu batallador" del ejército alemán jamás habia estado más por los suelos: eso sucedía porque las fuerzas físicas del soldado alemán se habían enbrutecido, habían decaido, estaban casi destruidas por las abominables orgías, por las borracheras vergonzosas, que habían rebajado a esos hombres al nivel de los cerdos: había decaido ese espiritu, porque se habia hecho creer a los

combatientes alemanes que ya no tendrían que pelear, que ya no tendrían que hacer grandes esfuerzos, que ya no existía el ejército francés y que ellos sólo tenían que dedicarse al pillaje y a quemar todo.

"Mañana entraremos en París, mañana iremos al Moulin Rouge" decían en su mal francés los soldados de von Kluck a los habitantes de Compiegne. "Mañana quemaremos Bar-le-duc, villa natal de Poincaré," decían los soldados del Príncipe Heredero. ¿Como podían resistir tales hombres a los soldados de Joffre? Su espiritu, si es que admitimos que jamás la hubiesen tenido, habia quedado desecho de antemano. Y es por eso también como se explican los resultados de la batalla del Marne. . . .

Pero lo que París supo en realidad muy pronto, muy detalladamente y con plena seguridad, fueron los actos de atrocidad que primeramente perpetuaron los alemanes, los que demostraban el deseo premeditado de destruir todo, de echar todo abajo, de reducir todo a cenizas. E indudablemente París fué la primer ciudad de Francia que

comprendió el significado de esta guerra que es una guerra de la civilización contra la barbarie, que es una guerra santa en que la humanidad presenta una muralla de pechos humanos contra el violento retroceso de la barbarie primitiva.

Los que entre nosotros tomamos parte en algunos de los episodios de la batalla del Marne, muy pronto comprendimos cual era el enemigo que teníamos que combatir y porqué tendríamos que combatirlo hasta la muerte.

Entre los recuerdos que han quedado indelebles en mi memoria, puede ser que el más profundo fué el que tengo grabado en la mente del campo de batalla de l'Ourcq, al norte de Meaux, hacia la extremidad de la linea de combate en el Marne. Acabo de escribir las palabras "campo de batalla," pero si aquello no fué un campo de batalla, aquello fué más bien una carniceria. Ya no recuerdo los cádaveres que encontré en los caminos o en los campos, los cadáveres con sus fisonomias sardónicas y sus actitudes tan poco naturales; pero lo que nunca olvidaré, es la destrucción que se veía por todas partes, es el horrible deterioro

de las chozas, es el sacrílego pillaje de las casas. Allí se veía el sello de fábrica de la cultura germanica, y ese sello es suficiente para constituir el baldón de una raza por todos los siglos venideros.

Pasan ante mi vista esas humildes poblaciones situadas a las orillas del camino de Meaux, Peuchard, Chambry, Marcilly, Etrepilly, por donde pasó esa horda de bárbaros, y como ya allí no existían ningunos de sus habitantes, como ya allí no habia ningún hombre más que pudieran degollar, ningúna mujer más que pudieran violar, nungún niño que pudieran fusilar, esa horda había saciado su rabia sobre los muebles, sobre los humildes objetos familiares que a veces constituyen parte de nuestra verdadera alma.

Llegué a Etrepilly al mismo tiempo que un destacamento de zuavos, y mientras que ellos enterraban piadosamente a aquellos compañeros que habían perecido a la entrada de la población, fuí sólo a visitar las ruinas. Habían existido un centenar de casas, pero ni una sóla había quedado intacta. Algunas habían sido destruidas

por las bombas, y éstas al hacer explosión en el interior de la casa habian hecho todo añicos. Eso es efecto de la guerra, y no puede uno quejarse de ello. Pero habia otras casas, que no habían sido tocadas por el fuego de la artilléria, pero si por la soldadesca del Kaiser, y esos bárbaros le habían impreso sus rudos talones. Habian sacado todo del interior y lo habían tirado en distintas direcciones. Aqui se veía el retrato de la abuelita que habían arrancado de su cuadro y lo habían piseotado; allí un bañito de un niño que habían llevado al jardin y en donde los soldados habian depositado sus excrementos; y más allá aun sillas rotas a puntapiés y armarios enteramente destrozados. Encontre una bella mesa de caoba que había sido llevada al campo a unos quinientos metros de la población, y hecha pedazos. Más allá se veía una antigua silla poltrona forrada de damasco rojo, de esas antiguas sillas en que las abuelitas francesas se sentaban en frente de la chimenea, y que había sido destrozada a cuchillazos. Aun más allá se veía una sábana toda enlodada, y un velo blanco que una niña había

usado en su primera comunión y que estaba lleno de excremento.

Encontré a un viejo que estaba paséandose por entre las ruinas; acababa de regresar al pueblo y me dijo senciallamente:

"Yo también los ví en 1870. También vinieron a este pueblo, pero no hicieron lo que veis: éstos son unos salvajes."

También encontré a una mujer, que había llegado hacia una hora con el viejito. Estaba absorta delante de su casa arruinada, llena de escombros y en que se veían las sábanas en trizas colgando de la vantana. Me encontró a su paso y quizo hablarme. Pero su voz se le quedó clavada en el paladar, y con los brazos cruzados sólo pudo articular en medio de sollozos las palabras:

"Ved eso . . . ved eso . . ."

Puede considerarse esa mujer como un símbolo: pues ella significa la causa que impulsa a Francia a combatir a los hombres que hicieron esas barbaridades.

Otra de las poblaciones que visité fué Viney-Manoeuvre, que se encuentra hacia el extremo de

l'Oise. Estaba quemándose todavía cuando yo entré en ella. Hacia un lado de la población debe haber habido una gran fábrica y sólo quedaba el armazón de hierro de esa fábrica, mientras que dentro de sus ruinas se veía salir el humo y brotar algunas llamas. También allí ellos habían destruido y robado todas las casas. Sólo quedaba de pié la iglesia, y sobre el campanario se veia el gallo de oro que se dibujaba en el cielo y que parecia erizar sus plumas al contemplar aquel panorama. Por toda la población de Vincy-Manoeuvre se veían esparcidas botellas por el suelo. Encontraba uno botellas en las calles, en el camino, en los campos. Las botellas parecían demostrar la ruta que esas hordas vencidas habian llevado en su retirada. Yo conté más de doscientas a lo largo de una trinchera, en que había estado emplazada una batería alemana. Se encontraban hacinadas alrededor de un cañón que estaba todavía cargado. Deben haberse posesionado del pánico los artilleros muy de repente, y no tuvieron el tiempo de llevarse su cañón y por lo tanto allí lo habian dejado; pero si tuvieron tiempo para

vaciar las botellas. Se habían bebido el ajenjo, el coñac, el ron, la champaña, la cerveza, el vino, y las etiquetas de esas bebidas estaban entremezcladas. Esos eran los brutos alcólicos y sanginarios, esas eran las bestias nauseabundas y malévolas, esa era la horda que se habia echado sobre Francia y que la había pisoteado. Esa turba germánica sólo había dejado trás de ella las ruinas, las cenizas, la sangre y las inmundicias. . . .

Ví a lo lejos a algunos cien metros de la población a una mujer que atravesaba un vasto campo de remolacha. Parecía que a ella no le habían hecho nada, y asi es que me dirigí hacia donde estaba, pasando sobre los cadáveres de hombres y caballos, subiendo y bajando por las trincheras, y saltando por excavaciones hechas por las explosiones de las bombas. Y de repente, como me sorprendió lo que ví, pues delante de mi se presentaron por una vereda dos soldados alemanes que venían con un campesino. Se pararon a unos seis pasos de distancia, me dieron el saludo de ordenanza y me mostraron con el dedo

la banda blanca con la Cruz Roja que llevaban en el brazo.

"¿De donde vienen ustedes?" les pregunté, "¿y que hacen ustedes aqui?"

"Venimos de esa casa campestre," nos dijeron, "donde hemos permanecido unos cuatro dias cuidando a dos de nuestros compañeros que están heridos. Todavía no hemos visto a ningún oficial ni a ningún soldado francés, y no sabemos lo que debemos hacer. Deseariamos ir al pueblo que está en esa dirección" (y me enseñaban con el dedo un pueblillo que estaba a unos dos o tres kilómetros) "en donde hemos dejado a un médico con 153 heridos."

"Está bien," exclamé yo, "síganme ustedes."

Los dos enfermeros, muy dóciles, me siguieron y llegamos a la población que me habían mostrado con el dedo. Era un pueblito situado a la orilla del camino nacional que conduce a Soissons. En verdad había unos 150 o 200 heridos alemanes, que estaban dentro de cuatro o cinco casas, vigilados por una sección de zuavos que acababa de llegar una media hora antes. El oficial alemán,

a quien le habían anunciado mi llegada, me estaba esperando en la casa principal. Llevaba anteojos de oro, era muy alto y parecido a los que el alsaciano Hansi se deleita en demostrarnos en sus albums, y hablaba correctamente el francés. Aun en realidad parecía como que no quería responder a las preguntas que yo le dirigía en su lengua.

"Enseñeme usted sus heridos," le dije.

Inmediatemente me llevó a las distintas habitaciones y me explicó la herida de cada soldado. Algunos estaban sufriendo y quejándose. Otros al ver mi uniforme de oficial francés, trataban de levantarse y de hacer el saludo de ordenanza.

Pregúntome el oficial alemán:

"¿Cree usted que cuando vengan a llevarse mis heridos para instalarlos en Meaux o en otro lugar, me será permitido acompañarlos para continuar con su curación?"

"Yo no sé," le dije, "pero puede usted estar seguro de una cosa caballero, y es que mis jefes obrarán en todo según lo que dicta la humanidad.

. . . Y ahora bien, suplícole que se venga conmigo y contemple lo que le voy a enseñar."

Salí con él de la casa, y a la puerta de ella, con el dedo le mostré las pobres casas del pueblito arruinadas, destruidas, pulverizadas; sobre todo las habitaciones en el distrito en que se veían los muebles tirados en el lodo o todavia humeando.

"Vea usted," le dije, "vea usted, lo que los suyos han hecho."

El oficial alemán, se pusó pálido primeramente, después se sonrojó, y al fin me respondió:

"Es verdaderamente triste, pero esta es la guerra."

"No," le contesté, "esta no es la guerra: es la barbarie y es abominable."

A algunos pasos de nosotros vimos a unos zuavos franceses que estaban sentados al lado de varios heridos alemanes. Les echaban un poco de licor en sus propios vasos; y les daban de fumar los últimos cigarros que tenían. Uno de ellos tenía cuidadosa y fraternalmente en la mano izquierda la cabeza de un alemán herido para sostenerla, y con la mano derecha, con grandísima

precaución le daba de beber. Mostré esta escena al oficial alemán, y le dije:

"Ésta, ésta si es la guerra . . . al menos es la guerra según nosotros la comprendemos."

Esta vez él no me respondió.

Pero lo que él me dijo entonces, fué lo que casi todos los prisioneros alemanes después me repetían, como si fuera una frase aprendida de memoria. Puede decirse que cuando uno ha visto a diez soldados alemanes prisioneros, uno ha visto a mil; cuando uno ha hecho preguntas a un oficial alemán, las ha hecho a cincuenta. El rasgo característico de esa raza es el haber destruido toda individualidad, se encuentra uno no en presencia de un ser humano con sentimientos propios, sino con una masa amorfa, que se ha encolado en un burdo uniforme.

He visto la llegada de trenes que paraban en una estación que se llamaba "reguladora." En esos trenes venían muchos prisioneros, y algunos de ellos eran oficiales. El jefe que tenía el mando en la estación cumpliendo con su deber, se dirigía

a estos últimos y les hacía preguntas consecutivamente.

"¿Como se llama usted? ¿Que grado tiene?"

El alemán daba su nombre y grado, y cuando era necessario presentaba su tarjeta de identificación.

"¿Cual es su regimiento?"

El daba el nombre del regimiento.

"¿De que cuerpo del ejército?"

El designaba el cuerpo.

"¿Quién es su general?"

Automáticamente el oficial respondía: "*Das sage ich nicht*" (eso yo no lo diré).

Y se comprendía que seria más fácil hacer hablar a la piedra que uno estaba pisando que hacer hablar al prisionero.

Sin embargo el jefe francés fruncía un poco las cejas, hojeaba las notas que tenía a la mano y tranquilamente decía:

"Conozco a su general si usted pertenece al cuerpo que usted menciona, su general en jefe tiene que ser el general von Bissing. . . .

"*Ich habe nichts zu sagen*" (yo no tengo nada que decir).

Pero como regla general uno de los que estaban presentes, el intérprete, el oficial que había estado al mando del tren, o el empleado del ferrocarril en la estación, se entretenían echándoles una indirecta. Le repetian al alemán trozos de la feroz y famosa proclama de ese Bissing, en que se dictaba la orden de qui no se diera cuartel y de que no se molestaran llevando prisioneros. Después se le preguntaba al alemán:

"¿Que diría usted si se le aplicara un principio parecido?"

El que era interrogado se ponía un poco pálido y se limitaba a levantar las espaldas, y ese movimeinto de las espaldas es el de la bestia que se siente segura en medio de los seres civilizados.

Tuve la oportunidad de formular preguntas con frecuencia a médicos graduados y que estaban en servicio de la sanidad alemana, que eran menos estirados, menos autómatas, que los oficiales o los *feldwebel* del ejército enemigo. Su actitud variaba según el número de estrellas que llevaban en

la presilla o en la charretera: si ellos eran de un grado inferior al mío, exageraban su deferencia, juntaban los talones y mantenían la mano junto a la pierna conforme al reglamento militar; pero si ellos tenían un rango superior, se mostraban muy insolentes y poco corteses. Pero de todos modos había más expansión por parte de ellos que la que demostraban sus compañeros del ejército activo. La mayor parte de ellos hablaban francés; es verdad no perfectamente, pero con suficiente corrección. Todos habían estado en París y con entera uniformidad me repetían esta frase:

"Conocemos bien vuestro bello país. . . . Con frecuencia hemos visitado vuestra bella capital. . . ."

Por mi parte, yo siempre les hablaba de las atrocidades que sus tropas habían cometido en ese bello país y de las que habían cometido en un bello país vecino. . . . Reims, Ypres, Lovaina, Andenne, eran los nombres que siempre brotaban de mis labios, y cada vez esperaba que conseguiria que esos hombres, que después de todo, eran

hombres de ciencia, eran hombres que pertenecían a la profesión más generosa de la humanidad, a falta de una palabra de contrición, al menos expresarían indirectamente un ligero sentimiento por lo ocurrido. Como no habían ordenado el sacrilegio o el asesinato, ellos podían decir algo sobre eso, sin guardar silencio. Pero no sucedía eso, siempre ellos se justificaban, excusaban lo hecho, arguían, explicaban. . . .

La explicación que daban era muy sencilla y puede decirse estereotipada. Con respecto a los destrosos en la catedral de Reims, a la destrucción total de Clermont, a la devastación sistemática de Lovaine, y referiéndose a la terrible agrupación de viejos, de mujeres y de niños que habían enviado al cautuverio, sólo contestaban con tres palabras, con las mismas tres palabras del oficial alemán de Vinay:

"*Das ist Krieg*" (esa es la guerra).

Para explicar las ruinas ennegrecidas de Senlis, la destrucción de esa bella ciudad de Lovaina, que parecía haber sido arrasada por una tormenta del cielo; de Ardennes, que fué destruida a sangre

fria sin que una sóla casa fuera dejada en pié por los asesinos; de Tremonde, en donde el general Sommelfeld, sentado en una silla en medio de la plaza mayor, dió la orden para que fuera incendiada y que contestó a las súplicas del burgomaestre:

"Nein. Rasieren."

Emitían otras tres palabras que les parecía suficiente para explicar todo:

"*Civilisten haben geschossen*" (La clase civil ha tirado).

Asi es que siempre daban una o dos de esas dos razones justificadoras:

"*Das ist Krieg. . . . Civilisten haben geschossen.*"

Los médicos, los sabios, los oficiales, ya sean bávaros, sajones o prusianos, todos ellos han adoptado esa doble excusa con sorprendente unanimidad: la expresan casi con igual entonación de voz. Está firmemente embebida en lo que les queda de conciencia, tan firmemente como la cruz de hierro que llevan colgada al cuello.

Además de eso debemos pensar que todo lo

ocurrido fué fraguado, deseado y arreglado de antemano. Los horrores causados por los alemanes forman parte de su campaña. Para convencerse de eso y comprenderlo bien basta leer el manual llamado "Kriegesgebrauch in Landkriege" (Conducta de la Guerra Terrestre). Ese manual había sido puesto en manos de cada oficial alemán mientras que imperaba la paz, y era como si dijeramos su reglamento de guerra. Formaba parte de su equipaje de campaña lo mismo que sus anteojos o sus mapas del Estado Mayor. Y ahora veamos lo que se expresaba en la primera página:

Toda guerra que se lleve a efecto con energía no puede dirigirse solamente contra los combatientes del Estado enemigo y contra sus plazas fortificadas, tratará y deberá tratar de *destruir igualmente todos los recursos intelectuales y materiales.* Solo pueden tomarse en cuenta las consideraciones de humanidad, as decir el no molestar a las personas y la propiedad en los casos en que la naturaleza y el objeto de la guerra lo permitan.

Un poco después se lee:

El estudio profundo de la historia de la guerra indicará al oficial que se cuide mucho de hacer concesiones humanitarias exageradas; ese estudio le demostrará que la guerra no puede existir sin cierta dureza que aun la *verdadera humanidad consiste en proceder sin miramientos.*

Y todavia después de eso encontraremos lo siguiente:

Todos los medios inventados por la técnica moderna, aun los más perfeccionados, aun los más peligrosos, aun los que *matan en mayor número en masa,* son *permitidos.* Estos últimos dan por resultado que se obtenga el objeto de la guerra con más rapidez; bien puede decirse si se consideran las cosas debidamente que son los más humanitarios. . . . Pueden matarse a los prisioneres en caso de necesidad, si no existe otro medio de obtener la seguridad propia. . . . El estar dentro de una ciudad bombardeada, mujeres, niños, viejos, heridos, enfermos, puede precipitar la rendicion de la plaza, por lo tanto seria verdadera locura por parte del que la sitia el renunciar a esta ventaja. . . . Se obligará a

todos los habitantes a que den noticias sobre el ejército, los aprestos militares, los secretos militares de su propio país. La mayoría de los escritores de todas las naciones condenan esta medida. *De todos modos deberá hacerse uso de ella,* expresando sentimiento por apelar a ese método—por razones militares (*Kriegsraison*).

Y finalmente en la última página de ese libro se encuentra esta máxima extraordinaria:

Todo daño que exija la guerra, sea cualquiere su magnitud, es permitido.

Por lo tanto los horrores que se notaron desde los primeros dias en que se inició la guerra y que debían provocar una gran ola de indignación por toda la humanidad, no han sido cometidos en una hora de orgía o de furor, fueron cometidas fria e intencionalmente y con toda deliberación.

Por lo demás no es solamente a los oficiales y a los soldados que se les enseñó ese modo de llevar a efecto la guerra, sino a la población, a toda la raza alemana. Asi que escuchemos este otro precepto, que no proviene de la mente de un sol-

dado, pero de un poeta, que no es dirigida a los militares sino a los de rango civil, que se dirige a las mujeres, a los niños, a toda la Alemania. Es el *Canto de Odio* del poeta Heinrich Vierordt, que era recitado antes de la guerra en las escuelas primarias:

¡O Alemania, odia! Deguella a tus millones de adversarios y erige un monumento de cadáveres humeantes que lleguen hasta las nubes.

¡Alemania ponte coraza de cobre y cruza con tu bayoneta el corazón de cada enimgo. Que no haya prisioneros. Has que queden mudos; Transforma los países vecinos en un desierto.

¡O Alemania, odia! La victoria te vendrá debido a tu cólera; destruye sus craneos a golpes de hacha y de las culatas de tus fusiles: esos bandidos sólo son bestias feroces, ellos no son hombres. . . . ¡Que con tu puño puedas ejecutar el fallo de Dios!

Inútil es decir que esta enseñanza dió los resultados deseados. ¡Ah si! por parte de Alemania la guerra se ha hecho con energía y ella se ha cubierto de una coraza de cobre. ¡Ah si! ha transformado los países vecinos en un desierto. ¡Ah si! ha degollado, devastado, hecho añicos

los craneos, ha destruido todo por donde ha pasado. ¡Ah si, ha tratado de producir en el alma de los habitantes inofensivos, en las mujeres, en los niños, la impresión de terror que se consideraba necesaria. . . .

Y aqui encontramos la primera de las razones en virtud de las cuales tenemos que combatir, y es que todos esos hombres no comprenderán la abominación de ese terrible sistema de combatir y el horror de la guerra, hasta que vean que ese terrible modo de combatir no da resultados, hasta que no noten que ya no pueden desencadenar nuevos horrores e iniciar una nueva guerra. Dejad a un asesino en libertad, y volverá a matar; enviádlo a la silla eléctrica, y sentirá haber cometido el crimen.

Asi como París y Francia muy pronto pudieron juzgar en que consistía la guerra por parte de Alemania, asi también Francia y París se dieron cuenta del peligro que habían corrido debido al espionaje alemán, debido a esa formidable red que los agentes alemanes habían tendido por toda Francia.

Se creia, se adivinaba, se hablaba desde hace años y años de ese espionaje alemán, pero sólo fué durante los primeros dias de la guerra que se pudo comprender cuan diábolico era, como había penetrado en el mero corazon de Francia.

Lo que sucedió en Amiens a principios de septiembre de 1914, es enteramente caracteristíco con respecto a este particular.

El enemigo ocupó dos veces la ciudad de Amiens. Parecía, según la expresión de un historiador militar, que "los franceses y los alemanes estaban jugando a escondidillas alrededor de la ciudad." Luego que los kepis azules de los soldadas de infantería francesa se veían a lo lejos del horizonte, los cascos con punta amarilla de los soldados de infantería alemana desaparecían con suma rapidez. Se hizo la ocupación de la ciudad como se verificó por todas partes: préstamos forzosos, brutalidades, rapiña. Asi es que luego que entró en la Prefectura, el Gobernador alemán impuso una contribución de guerra de un millon de francos, exigió que les suministraran a sus tropas, vino, cigarros y tobaco; preparó una lista de

rehenes y mandó reducir a prisión a todos los jóvenes de diez y siete a veinte años, que fueron traidos dentro de las veinte y cuatro horas con fuerte escolta.

Nada de eso sorprendió a la valerosa ciudad de Picardia, y con sumo denuedo sufrió la suerte que le depararon. Pero hubo algo que la emocionó, o para decirlo con más exactitud, algo que la indignó: y eso fué la seguridad, la rapidez con que las autoridades alemanas se dirigían directamente hacia los locales que ellas debían ocupar. No tenían que poner en duda el camino que debían seguir, ni la puerta que debían tocar. Se verificó la reducción a prisión de 1500 jóvenes rehenes con inusitada destreza. Parecía que una mano invisible, pero extraordinariamente hábil, dirigía los pasos y los movimientos del enemigo. ¿Quien podía pues haber dado datos, aconsejado y dirigido bajo de cuerda a los alemanes?

Indudablemente jamás se hubiera sabido eso, si cuando se verificó la segunda ocupación de la ciudad, no se hubiera ordenado a los habitantes por la noche que al día siguiente por la mañana

debian mantener cerradas sus ventanas y bajar sus celosias, porque Su Alteza Imperial el Principe Eitel, hijo del Kaiser, iba a hacer su entrada solemne en la capital de Picardía. Se cerraron las persianas y automáticamente quedaron desiertas las calles. Fué a través de una ciudad muerta y al sonido de los clarines y tambores, y precedido de un Estado Mayor lleno de dorados y cabalgando en briosos corceles, que el ejército alemán hizo su entrada con gran pompa. Permanecieron cerradas las ventanas; pero a pesar de eso detrás de varias de ellas habia algunas personas en cuyas fisonomias se dibujaba la tristeza y la cólera. En una casa del Boulevard principal, había permanecido una mujer bastante tiempo, cuyo marido estaba combatiendo en la linea de fuego y cuyo padre sumamente débil, era un general que se había batido heroicamente en 1870, y que en esos momentos se encontraba a su lado. Queria a través de las persianas entre abiertas de su casa, ver esa escena odiosa. Y el noble anciano, aunque plenamente indignado de

lo que había sucedido, quiso también ver lo que sucedia.

De repente cuando el desfile principiaba a pasar, tuvo un gesto trágico:

"¿Mira, mira ese hombre que está a caballo?"

Se encabritaba el caballo más que los demás y eso hacia que se notara más a ese jinete con su capa gris. Y los dos testigos no tuvieron gran dificultad en reconocer que ese ayudante del Príncipe Eitel era en realidad uno de los antiguos directores de una gran escuela de lenguas que tenía su sucursal en Amiens.

Este cuento tiene un epílogo. . . . Al medio dia después de esa triste fecha, Madame X, junto con otras diez señoras de la sociedad de Amiens, oyeron que tocaban a la puerta de la casa, y vieron entrar en su sala a ese mismo individuo, con casco, bota fuerte y espuelas. Venía con la intención de hacerles una visita, para saludarlas, como si su presencia con ese uniforme y en ese lugar fuera la cosa más natural del mundo. Todas tuvieran que reprimir el sentimiento de indignación y de molestia que les causó al ver a ese espía,

pues de la conducta de ellás dependía la seguridad de sus propios hogares, las vidas de los seres más queridos. Pero él, sin darse cuenta de su despreciable conducta, charlaba, decia chistes, evocaba recuerdos y se refería a las fiestas de los niños. . . .

Y ésto es una nueva comprobación muy justificada, de la definición de un alemán, que se consigna en una frase famosa de Schopenhauer: "Se conoce al alemán por la completa ausencia de ese sentimiento que los latinos llaman *verecundia:* pudor."

El germen del pudor que se encuentra en el estado enbrionario de los pueblos más salvajes que existen, no se encuentra de ninguna manera en la raza teótonica. Lo que también se demuestra una vez más es la abominable emboscada que preparó a la cultura francesa, a la buena fe francesa, a la generosidad francesa.

Y ésto que relatamos no es únicamente un incidente aislado. Cuando todo llegue a saberse, no se sorprenderá uno de lo que ha ocurrido. Es necesario hacer algunas averiguaciones. De-

bemos llegar a determinar como en ciertos lugares el enemigo surgió como si saliera de una trampa. Debemos saber porque en ciertas regiones que fueron destruidas, varias casas fueron demolidas desde luego y otras respetadas con sumo empeño. Se necesita saber porqué ciertos juegos de tennis fueron instalados y porqué ciertos plantíos de rododrendos se cultivaron en ciertos parques. . . .

Por que ya bien sabemos, que esos mismos juegos de tennis sirvieron a los alemanes para tramar sus maquinaciones, y que los plantíos de flores formaban parte de su sistema de guerra que ellos desarrollaban, que ellos fomentaban, hasta dentro de los muros mismos de nuestras propias casas. Parecía que no podía importar nada que existiera un juego de tennis. Nada podía haber más inocente, más inofensivo y menos guerrero. Y sin embargo de repente se descubre que debajo de la superficie de ese tennis está construida una plataforma de cemento armado de unos 20 centímetros, que podia sostener el peso

de una casa de seis pisos y por lo tanto, de un cañón de gran calibre.

Muy bonito y muy interesante es ese plantío de rododendros. No puede haber una cosa más atrayente, más florida, más poética. Y a pesar de eso, al fin se determina que ese plantío cubre un terraplén hecho de piedra en donde se puede emplazar una batería.

Se necesita averiguar todo eso, y también es necesario que desaparezca todo eso. . . . Pero aquí tenemos la razón porque hoy en día debemos combatir y debemos combatir hasta el fin: es porque esos hombres no comprenderán cuan fútiles son sus sabias maqinaciones y sus métodos de espionaje hasta que vean que esas maquinaciones y esos métodos quedan destruidos uno por uno, y hasta que contemplen la completa aniquilación de su sistema.

Reasumamos:

Francia combate en virtud de dos razones: la primera razón es por que el 3 de agosto de 1914 a las 6.45 de la tarde se le declaró la guerra, se le obligó a combatir; su territorio ha sido invadido,

sus ciudades han sido quemadas, sus campos han sido arrasados, sus habitantes han sido asesinados.

La segunda razón es que ella no quiere tener que combatir nuevamente en lo futuro; es que ella no quiere que otra vez se reproduzca este horror; es que, de acuerdo con la inmortal frase de Wáshington, ella quiere ver que la guerra "esa plaga de la humanidad, sea desterrada de toda la tierra."

Para conseguir eso, se necesita destruir la máquina guerrera. Esa máquina guerrera ha sido "hecha en Alemania." Es la industria nacional de Alemania; ha crecido, se ha desarrollado y perfeccionado en Alemania; el corazón de todos los alemanes se han encariciado con ella, se enorgullecen de ella y tienen fe en ella. Por lo tanto es indispensable hacer parar esa máquina, es necesario romperla, destruirla, y tirarla como fragmentos de herramientas viejas, para impedir que sus pedazos puedan ser nuevamente unidos, remontados o ajustados.

Es por eso que Francia combate y es por eso que todo el mundo debe combatir, hasta el fin, hasta la muerte, hasta la victoria.

II

COMO FRANCIA ESTÁ COMBATIENDO

El historiador que después de algunos siglos relate la historia de la guerra mundial, y desee decir cómo Francia ha combatido, sólo tendrá que hacer uso de dos palabras: valor y tenacidad.

Jamás se ha puesto en duda el valor de Francia, durante los largos siglos de su tormentosa historia, pero hay algunos que a veces han dudado de la tenacidad de Francia. Pero ya esa duda ha desaparecido.

No puede compendiarse en diez frases, no puede describirse aun en tres; puede realmente limitarse a una sóla: "*Saber sufrir,*" y no se ha tenido que apelar más que a una sentencia de alta significación y que debe pronunciarse en alta voz, aquella expresion del mariscal japonés Nogi:

"Corresponde la victoria a aquel que puede sufrir un cuarto de hora más que otro."

Francia durante el transcurso de estos cuatro años de guerra, ha demostrado que sabe y puede sufrir un cuarto de hora más que los demás.

Esos soldados del ejército del general Manoury que yo he visto en la batalla del Marne, supieron sufrir y supieron decidir la victoria. Marcharon, pelearon, combatieron, durante cinco dias y cinco noches, y algunos de esos batallones hicieron marchas de 42 kilómetros, durante las cuales los soldados no durmieron mas que dos horas consecutivas. Era tal la mobilidad de las unidades que combatían, que los servicios de reposición no estaban en estado de funcionar. Durante tres días muchos de ellos no pudieron comer ni pan, ni carne, ni nada. Se alimentaban de algunos mendrugos que habían llevado consigo, o de las que debido a alguna casualidad, habían recogido en las poblaciones que estaban en ruinas. Y a pesar de eso, cada vez que se les daba la orden de volver a la pelea, volvían a ella con un sentimiento de grandísimo contento.

"La lucha ha sido dura," escribió el mariscal Joffre en una orden del dia que para siempre será debidamente celebrada. "Las pérdidas que se sufrieron durante el combate, las fatigas, la privación de sueño y a veces de alimentos, han sido mayores que las que pudiera uno imaginarse. . . . Compañeros, el general en jefe os ha pedido, a nombre de la patria, que cumplaís aun más que vuestro deber: Vuestra respuesta ha sido hacer aun con exceso más de lo que era posible hacer. . . ." Esto es el más bello elogio que se haya tributado a unas tropas desde hace mas de veinte siglos.

Esos otros soldados de la batalla del Marne, que en Fere-Champennoi formaron parte del éjercito del general Joffre también supieron sufrir. Cinco veces se dirigieron al asalto del castillo de Mondement y cinco veces fueron rechazados. Sus oficiales se habían reunido en grupo para resolver lo que debían hacer; y entonces se vió a esos mismos hombres rodear a sus oficiales y suplicarles, con las lágrimas en los ojos, que los llevaran por sexta vez al asalto. Y entonces se

ordenó que se verificara el asalto por la sexta vez, y al fin fué tomado el castillo Mondement.

Supo sufrir ese oficial en Verdún, cuyo recuerdo es ya legendario, pues al ir a llevar una orden, tuvo que pararse repentinamente porque recibió un balazo entre los dos ojos que les destruyó el nervio óptico. Quedó ciego: si ciego en realidad; pero a pesar de eso continuó avanzando tratando de buscar su camino tocando por aqui y por ellá con la mano durante la obscuridad de la noche. Cayó sobre algo que estaba tirado en la tierra: ese algo era otro hombre, que también estaba herido. El ciego lo interpeló, suplicándole que viniera en su ayuda.

"Como podría yo ayudarte, dijo el herido que estaba tirado en el suelo, puesto que mis dos piernas están rotas por una bala."

"Que importa eso," exclamó el ciego, "voy a cargarte y asi te llevaré. Mis piernas serán las tuyas y tus ojos serán los mios."

El ciego y el amputado siguieron avanzando, el primero llevando cargado al segundo.

Supo sufrir ese otro oficial que fué levantado

en el campo de batalla de Lorraine por un hermano mío que era oficial de artillería. Tenía el brazo roto y apenas algunos trozos de la carne quedaban suspendidos de su hombro. Al verlo ir caminando tenazamente a lo largo del camino, mi hermano lo interpeló y le preguntó si necesitaba algún auxilio.

"No soy yo," respondió el herido "que necesito auxilio, es el batallón que está allá abajo y que se retira."

"Si se está retirando, estonces ya no podemos hacer nada y es inútil que yo vaya a llevarle municiones. . . .

"Al contrario," suplicó ese teniente, "lléveselas. . . . Nosotros que formamos parte del ejército de las colonias nos batimos hasta que todos hayamos caido en tierra. . . ."

Mi hermano ofreció conducirlo, subió con él sobre el armón de artillería y alli permaneció durante toda la jornada. Porque después de llevar municiones a su batallon se tuvo que llevar las a otro cercano, y después a otro, y después a otros más. . . . Unicamente ya al anochecer, se

pudo conseguir que se lo llevaran en una ambulancia. El comandante examinó el brazo roto y la herida, que era terrible, y murmuró:

"Está usted en muy mal estado. . . . ¿ Por qué, por qué no ha venido usted a verme antes?"

Aquel teniente respondió humildemente:

"Dispense usted, he perdido mi tiempo en el camino. . . ."

Supieron sufrir aquellos hombres que durante meses, yo ví combatir y morir a varios kilómetros hacia el sur de Verdún, sobre la Butte des Eparges. Ese lugar domina la gran planicie de la Woëvre, y desde el primer mes de la campaña fué el teatro de una lucha atroz y tenaz, tal como jamás se ha visto en una guerra. Los alemanes habían tomado posesión del flanco izquierdo de la Butte y los franceses del derecho. Y desde hace cerca de cuatro años se han librado dia y noche combates incesantes con lluvia de granadas, bombas y balas y aun combates de cuerpo a cuerpo, en que ninguno de los dos atletas ha cedido ni una pulgada de tereno. Allí se ha visto un torrente de sangre correr sin interrupción por

cada vertiente de la colina: la sangre alemana por la vertiente del sur, la sangre francesa por la vertiente del norte.

Esas dos faldas de la Butte han sido tan acribilladas por la metralla que no ha quedado ni un árbol, ni un arbusto, ni un tallo; se les ve completamente desnudas, horripilantes y terrosas: parece como que le dirigen la palabra a los hombres de la planicie y les dicen:

"Mirad todos ustedes: mirad como por aqui nos ha llegado la maldición de Dios."

Están entrecortadas, destruidas, y maltrechas debido a la explosión de las minas; por doquiera se notan enormes cavidades en donde se esconden los combatientes; se ven cubiertas del humo incesante de los proyectiles que continuan cayendo sobre ellas.

En cuanto al crater debemos decir que allí no se ve a nadie, pues sólo parece pertenecer a los cádaveres que lo cubren por completo. Ese crater ya ha cesado de ser campo de batalla para convertirse en cementerio. Jamás se podrá saber el número de hombres que allí han perecido, y los

que bajan de aquellas alturas dan cifras de lo más fantastico que es posible . . . 5000, 8000, 10,000,—no se sabe cuantos, pero lo que si se sabe es que los muertos todavia están alli, y que forman un parapeto sobre el cual los vivos están combatiendo. Están pudriéndose bajo los rayos del sol, como bajo la lluvia y el viento, y según éste sopla del oeste o del este pasa por los cádaveres alemanes o por los franceses, haciendo brotar un olor horrible de esa carne en estado de descomposición. A veces ruedan y se apilan sobre el suelo y ¡pobres de aquellos que durante la noche van pasando por las veredas o por los vados! pues creen agarrarse de una piedra y en realidad lo que tocan es un pié o es un craneo; piensan que se sostienen de la rama de un árbol, y es que cogen el brazo de un cadáver.

Y sin embargo a la sombra de esta carnicería humana, en medio de esa cloaca llena de sangre, se ven a los soldados franceses dormir, comer y caminar desde hace meses y meses. Lo terrible del espectáculo, el hedor de la atmósfera, la apariencia trágica de la muerte, no los ha ame-

drentado, no los ha puesto nerviosos, no los ha acobardados. Siguen como los demás tan confiados y tan contentos, y cuando al anochecer el sol con sus rayos purpurinos intensifica aun el rojo color de la sangre que está desparramada sobre esa Butte, cantan, en el fondo de sus covachas, las más dulces canciones amatorias. . . . Este es el espectáculo más emocionante y bello que yo he visto en esta guerra; ese es el ejemplo más inspirador que puede hacerse en sacrificio de la patria.

Un dia encontré en un pueblito vecino en que descansaban las tropas, a un soldado de uno de los batallones que estaban acampados sobre aquel lugar de carniceria. Era muchacho de veinte años de edad que llevaba una flor en el ojal de su saco, y estaba silbando una canción picarezca. Parecía tan contento, que lo interpelé:

"¿Parace que estás muy alegre?"

"Recibí permiso, mi teniente," me explicó, "y dentro de ocho dias iré a mi tierra para dar un abrazo a mi madre. Pero antes tengo que ir a tomar parte en el asalto de Eparges. . . ."

Cuando oí pronunciar el nombre de la Butte maldita, no pude menos de hacer un movimiento de disgusto. Lo vió y me dijo:

"Yo voy con sumo agrado mi teniente."

Y después me dijo su nombre y me dió el número de su compañia. Acto continuo se fué. Por una casualidad yo encontré a uno de sus oficiales, unos ocho dias después. Le pedí informes de él: "Ah! ese pobre: murió antier en Eparges."

Y mi compañero agregó en voz baja:

"Cayó a mi lado, herido a muerte por una bala en el pecho y que muy pronto puso fin a su vida. Yo trataba de acariciarlo y le tocaba la frente con mi mano y cuando yo le decía 'valor, compañerito, valor'. . . ." El murmuraba estas palabras:

"Ah yo muero bien contento. . . ."

Morir bien contento . . . esa misma frase, esas mismas palabras yo las había oido ocho dias antes; esas mismas palabras, esa misma frase se pueden oir por doquiera en el frente francés—es ese sentimiento de contento y satisfacción que

cunde y se nota en las trincheras y en esos lugares donde se han verificado tantas batallas—ese sentimiento de contento y satisfacción es el que los hace permanecer allí.

Pero Francia no sólo ha combatido con su valor, con su corazón, con su tenacidad: ha combatido también con todas sus fuerzas vivientes, con sus hombres, con sus mujeres, con sus niños.

¡Que más puedo decir respecto de sus hombres que lo que ya he dicho! Cuando me imagino todos esos hombres que he visto combatir y caer en ese lodo, no puedo encontrar otras palabras más adecuadas para calificarlos que las que empleó el general en jefe del ejército francés, el general Petain, cuando por la noche de la victoria del Chemin des Dames, al recibir a los periodistas americanos, les dijo:

"No hableís de nosotros los generales, los oficiales: hablad sólo de los soldados. Nosotros no hemos hecho nada; son los soldados que han hecho todo. Nuestros soldados son admirables; nosotros sus jefes, solamente tenemos que arrodillarnos delante de ellos."

Las mujeres no han sido menos admirables. Y aqui me permito decir algo sobre ellas.

Las que estaban en el frente se han batido como los hombres. Pudiera imaginarse un incidente de armas más glorioso que aquel de la jovencita de veinte años, Marcelle Semmer, acerca de la cual un ministro francés M. Klotz, recientemente contaba su acción heróica en las Matinés Nacionales de la Sorbonne.

Durante el mes de agosto de 1914 vivía en Eclusier, cerca de Frisa, en la Somme, una joven de ojos claros, cabello rubio y de veinte años de edad, llamada Marcelle Semmer, que llevaba la contabilidad y vigilaba los trabajos de una fábrica. Durante ese mismo mes los franceses trataron de contrarrestar la invasión de los alemanes en el Somme, pero como no tenían el número suficiente de hombres, se replegaron y cruzaron el rio y el canal, siendo perseguidos muy de cerca por el enemigo. La joven Marcelle Semmer que iba con las tropas francesas, al ver pasar al último soldado por el canal del Somme, tuvo la gran presencia de ánimo de cerrar el puente de la

esclusa para impedir que los alemanes lo cruzaran; y tirar la llave del puente en el canal, con el objeto de que no pudieran quitarsela, yendo trás de ella a nado. Así es que debido a la presencia de ánimo de esta joven tuvo que detenerse el ejército enemigo durante unas veinte y cuatro horas, y sólo fué hasta el dia después que al encontrar unos barcos en el Somme pudo el enemigo construir un puente provisional y cruzar el canal, pero esto lo verificó cuando ya los soldados franceses estaban bien lejos. . . .

Quedaron los alemanes en posesión de ese distrito durante algunos días, y retuvieron algunos habitantes como rehenes, habiéndolos encerrado en una gruta. Marcelle Semmer fué la que, a hurtadillas, les llevaba alimentos; asi mismo llevaba también víveres a otros habitantes que estaban escondidos en los bosques y en los zótanos; además recogió y atendió a varios soldados, cuyas heridas o cansancio les habían impedido acompañar al grueso del ejército; en fin contribuyó a que se evadieran diez y seis soldados disfrazados de paisanos. Entonces fué reducida

a prisión por soldados alemanes y conducida ante el Consejo de Guerra. El fallo de éste fué sumario, y después de que Marcelle Semmer sufriera un interrogatorio de un cuarto de hora, fué condenada a muerte.

"¿Confiesa usted," le preguntó el Presidente del Consejo de Guerra, "haber contribuido a que se evadieran algunos soldados franceses?"

"Si," contestó ella, "logré que se evadieran unos diez y seis, que ahora están fuera del alcance de ustedes. Pueden hacer de mi lo que quieran; yo soy huérfana y no tengo más madre que la Francia, *y a mi no me aterra la muerte.*"

Pero esta vez Dios velaba por ella, asi es que Marcelle Semmer no murió. Al conducirla ante el grupo que debía ejecutarla y en el mero momento en que iba a ser fusilada, entraron los franceses en la población, y milagrosamente se libró de sus verdugos. Hoy lleva la Cruz de Guerra y la Legión de Honor.

Son también francesas y mujeres que tomaron parte en los combates, aquellas cuyos nombres y proezas vemos en las columnas del "Diario Ofi-

cial." Leed, por ejemplo, esta cita referente a Madame Macherez, Presidenta de la Asociación de Damas Francesas de Soissons.

Se prestó voluntariamente a asumir la dirección y el riesgo de representar a la población ante el enemigo y defender y vigilar los intereses del pueblo, durante la ausencia del Alcalde y de la mayor parte del Consejo Municipal. A pesar de un bombardeo intenso que arruinó en parte la ciudad, dictó las medidas más eficaces para mantener la tranquilidad y el orden y proteger la vida de los habitantes.

En ese mismo departamento Mlle. Chéron, institutriz laíca, mereció ser mencionada de manera que no es menos honrosa:

Demostró la mayor energía en circunstancias bien difíciles. Encargada de desempeñar los deberes de Secretaria de la Alcaldía, y estando sóla cuando llegaron los alemanes, no se desconcertó en vista de sus amenezas, y se opuso a sus exigencias con notable determinación y sangre fría. Cuando nuestras tropas regresaron proveyó al servicio de alojamiento y alimentación. Ella misma dictó todas las medidas necesarias para la identificación y sepultura de los

muertos. Finalmente debido a su actitud y su buen ejemplo impidió que cundiera el pánico en la población durante el bombardeo.

Igualmente eran francesas y mujeres que combatieron, las tres religiosas a las cuales el "Diario Oficial" ha hecho justicia en la Orden General y en los términos que aqui consignamos:

Mlle. Rosnet, Marie, hermana de la Orden de San Vicente de Paula, Superiora del Hospicio de Clermont-en-Argonne. Permaneció sóla en el pueblo; dió pruebas durante la ocupación de una energia y sangre fria que merecen los más calurosos elogios. Como había recibido del enemigo la promesa de que respetaria la problación a cambio de los cuidados que las hermanas habian tributado a sus heridos, protestó ante el jefe alemán contra el incendio de la ciudad, haciéndole notar que "la palabra dada por un oficial alemán no vale la de un oficial francés," y consiguió tambien el envío de una compañia de zapadores que sofocó el incendio. Prodigó sus cuidados más esmerados a los heridos, tanto alemanes como franceses. . . .

Mlle. Constance, Superiora del Hospicio de Badonvillers. Durante las tres ocupaciones alemanas con-

secutivas de 1914, acompañada de las hermanas del hospicio, permaneció con sumo valor prestando sus servicios día y noche a pesar del gran peligro, y multiplicó su labor con admirable dedicación. . . .

Madame Prasseur, Hermana Etienne, Superiora de las Hermanas de San Vicente de Paula, del hospital de Contiegne. Desde el principio de la guerra estuvo a la cabeza del personal, cuyo empeño incansable es digno de todo elogio y prodigó a inumerables heridos los más inteligentes y previsores cuidados. Durante la ocupación alemana supo por medío de su sangre fria y actitud enérgica conseguir la seguridad del establecimiento que está bajo su dirección. Su iniciativa valerosa dió lugar a que muchos soldados franceses se evadieran de su cautiverio.

Era una francésa y una mujer que tomó parte en la guerra, esa modesta agente de correos y telégrafos en la pequeña población de Hupelines, en el norte, Mlle. Deletete, que se hizo acreedora a ser mencionada en la Orden del Dia, de esta manera, que bien enorgullecería a miles de soldados:

Se negó a acatar la autorización que se le dió para

dejar su puesto, y permaneció en él a pesar del peligro. El primero de octubre los alemanes entraron en su oficina, rompieron los aparatos y la amenazaron con la muerte. Mlle. Deletete, puso en lugar seguro sus valores y sus cuentas, y dió pruebas de la mayor sangre fría. Permaneció desde el 17 durante el bombardeo, y cuando su oficina fué casi destruida por el fuego del enemigo, se refugió en el hospicio civil, en donde fueron muertas cuatro personas que estaban a su lado. Emprendió de nuevo sus labores el 23 de octubre y ha continuado después a pesar de los frecuentes bombardeos que han ocasionado tantas victimas.

Las mujeres que quedaron a retaguardia también han sido tan dignas como las que estuvieron en el frente.

Algunas de ellas en las fundiciones, en las fábricas, en los establecimientos en donde se hacen la pólvora y las municiones, no han abrigado el menor temor de hacer uso del saco del obrero, y sobre ese saco llevan como una insignia una granada parecida a la que se ve en el "brassar" de los hombres movilizados. Noténse estas cifras. . . . El número de mujeres que el primero de

febrero de 1916 estaban desempeñando labores en los establecimientos civiles de la guerra, en las fábricas de pólvora y las de la marina ascendía a 127,792. Fué aumentando ese número y para el primero de marzo de 1917 llegó a la cifra formidable de 375,582 mujeres. De un año al otro el número de mujeres, sólo en los establecimentos cívicos, había aumentado de 97,018 a 1,300,575. El primero de enero de 1918 ascendía el número de mujeres que trabajaban en las fábricas del Departamento de Guerra a 475,000; es decir a un medio millón en cifras redondas.

Las demás han estado trabajando durante cuatro años en los hospitales, en las ambulancias y en los dispensarios, cuidando a todos los heridos, a todos los mutilados, a todos los enfermos, a todos los agonizantes y sacrificando su salud, su juventud y a veces su vida. También las cifras referentes a estas mujeres son muy elocuentes. La Cruz Roja Francesa comprende tres grandes sociedades, que se han distribuido las tareas caritativas y de beneficencia. La Sociedad de Socorros de los Heridos Militares, la Unión de

las Mujeres Francesas y la Asociación de Damas Francesas. La Sociedad de Socorros de Heridos tenía a principios de la guerra 375 hospitales con 17,939 camas; ahora cuenta con 796 hospitales con 67,000 camas y 15,510 enfermeras con diploma, 3000 de las cuales están empleadas en los hospitales militares. La Unión de las Mujeres Francesas tenía el 31 de diciembre de 1916, 363 hospitales con 30,000 camas y más de 20,000 enfermeras con diplomas o voluntarias. La Asociación de Damas Francesas ha aumentado de agosto de 1914 a marzo de 1917 de 100 a 350 el número de sus hospitales y de 5000 a 18,000 el número de sus camas; y de 5000 a 7500 el número de sus enfermeras con diploma.

El 31 de diciembre de 1916 las tres sociedades en conjunto habían dedicado 42,000,000 de días a trabajos de hospital, y de esos la Sociedad de Socorros por si sóla había dedicado 25,000,000 de dias. Esta última sociedad ha gastado de sus propios recursos la suma de 38,700,000 francos desde el principio de la guerra.

Al lado de estas cifras que demuestran el es-

fuerzo material de todas esas mujeres, hay otras que no debo dejar de mencionar y que demuestran el celo cívico de que ellas son capaces. La Sociedad de Socorros de los Heridos ha obtenido una Cruz de la Legión de Honor, 94 Cruces de Guerra y 119 Medallas de Honor de epidemias. La Sociedad de Damas Francesas ha tenido la honra de recibir 17 Cruces de Guerra, y 80 Medallas de epidemias, y la Unión de Mujeres Francesas se ha hecho acreedora a 39 Cruces de Guerra. Y finalmente aqui notamos el glorioso martirologio de esas tres sociedades: 110 enfermeras han fallecido en el cumplimiento de sus deberes.

El heroismo de esas mujeres valerosas, muchas de las cuales permanecieron en los departamentos invadidos, constituirá el orgullo perdurable para la Francia. Madame Perouse, Presidenta de la Unión de Mujeres Francesas, escribía hace algún tiempo a M. Louis Barthou, y le decía que muchas mujeres habian arriesgado su libertad, su vida, su propio honor, para defender ante el enemigo feroz el derecho sagrado de los heridos franceses.

Débese agregar que también han prodigado sus cuidados a los heridos alemanes asi como a los heridos franceses, y que todas pueden hacer suya la respuesta de una valerosa institutriz del Marne, Mlle. Fouriaux, a un oficial enemigo:

"Señor, nosotros solamente hemos cumplido con nuestros deberes de enfermeras, pero sin olvidar jamás que somos francesas."

También no ha olvidado su deber de francesa, Mlle. Julin, enfermera en Douai, que ha permanecido como prisionera de los alemanes durante más de un año en el campamento de Holzminden, en donde ella reemplazó a una madre de cinco niños que figuraba en la lista de los rehenes que había sido seleccionada por la barbarie alemana.

Y si quereis saber donde han obtenido esas mujeres heróicas el valor, la sangre fria y la resistencia física que han dedicado al servicio de la patria y la humanidad, sólo tiene uno que tomar nota de lo que declaró una de ellas, Mlle. Canton-Baccara, que fué nombrada Caballero de la Legión de Honor, por haber demostrado un valor

y una abnegación excepcionales en los mayores peligros:

"Al estar al lado de un herido que sufre," ha dicho Mlle. Canton-Baccara, "de un soldado que se queja, o de un campesino que se lamenta por que sus campos han sido destruidos, la sonrisa de la mujer debe saber consolar, y su voz debe bajo todas circunstancias, estar lista para recordar que por encima de los sufrimientos, por encima de los rencores, por encima de las luchas mezquinas de interés y de ambición, siempre debe estar muy por encima de todo eso, nuestra Francia, que después de todo es lo único que debe importarnos."

Ha habido otras mujeres que aunque no han estado en el frente de la guerra, ni en los hospitales ni en las fábricas, también de cierto modo han combatido admirablemente. Combaten, según las frases de Mlle. Canton-Baccara, con sus corazones y con sus sonrisas. Combaten por medio del ejemplo de abnegación que ellas dan, por la fuerza moral que ellas infiltran en los hombres que están en las trincheras.

En donde se encuentra una figura más bella,

que la de Madame de Castelnau, hija del glorioso general que salvó a Nancy y atajó el empuje de los bárbaros sobre la Grand-Couronné. . . . Madame de Castelnau tenía cuatro hijos antes de que estallara la guerra: tres de ellos cayeron en el campo de batalla y el cuarto todavia es prisionero de los alemanes. Los labios del padre jamás han emitido una sóla palabra de queja; los labios de la madre sólo han exclamado esa frase admirable que los niños de las escuelas repetirán en años venideros. . . . Madame de Castelnau estaba en una pequeña población, cuando su tercer hijo fué muerto. Al cura del pueblo se le encargó la penosa comisión de ir a anunciar a esta madre, que ya estaba de duelo, el nuevo golpe que le deparaba el destino. El cura vió a Madame Castelnau, y comprendiendo su gran angustia, dudó dar cumplimiento a su comisión, y no sabía como comunicarle la terrible noticia:

"Señora," le dijo, "vengo a notificarle un nuevo golpe . . . pero debe usted saber que todas las madres de Francia acompañan a usted en su dolor."

Madame de Castelnau comprendió desde luego la verdad, e interrumpiendo al cura y mirándolo frente a frente, le contestó:

"Si ya sé lo que me vaís a decir . . . ¡que se haga la voluntad de Dios! Pero las madres de Francia no deben tenerme compasión: ellas debian envidiarme."

He aqui la frase de una francesa de gran abolengo. Pero también se puede colocar al mismo nivel la frase de esa humilde vieja, que unos gendarmes encontraron encorvada sobre una tumba recien excavada. Cuando la interrogaron, ella dijo:

"Llego de la Rochelle. Ya murieron cinco hijos mios en esta guerra; y he venido aqui a ver donde está enterrado el sexto, el último hijo mio. . . ."

Como movidos por un resorte, instantaniamente los cuatro soldados, emocionados por la grandeza trágica de ese espectáculo, hicieron los honores militares y presentaron armas. La madre se levantó y con hondo sollozo, prorrumpió en las palabras que sus muertos y su corazón le inspiraban:

"¡Que de todos modos viva la Francia! . . ."

Todas ellas, las madres nobles y las madres campesinas, las madres ricas y las pobres, las esposas, las hermanas, las novias, todas ellas son las primeras que aconsejan a sus hijos, a sus maridos, a sus hermanos combatir hasta el fin. Todas ellas emiten las mismas frases de sacrificio y abnegación, todas ellas saben encontrar palabras que fortifiquen, que exalten, que consuelen.

Leed esta carta que yo mismo recogí en el campo de batalla—carta escrita por una humilde campesina; carta en donde no se encuentra ni ortorgrafía, ni sintaxis, ni puntuación, pero en que palpita un corazón formado por siglos de noble y sabia disciplina:

Mi querido hijo:

Con sumo placer hemos recibido tu carta. La esperabamos con ansiedad. Hace dos dias que tu la escribiste, y de esa fecha a esta parte los acontecimientos deben haber hecho cambiar muchas cosas. ¿Recibiste la mia? Espero que si. Desde luego debo calmar tu ansiedad acerca de lo que le ha acontecido a tu padre, pues ha regresado y sólo estuvo

ausente tres días, que fué el tiempo necesario para llevar un destacamento a Bourges. Por lo tanto sólo queda un lugar vacío en nuestro hogar, pero es un vacio bien grande.

Querido hijo tu me hablas de sacrificios: si yo he hecho uno y te puedo decir que es el mas grande que jamás se me hubiese pedido. A pesar de eso inclino la cabeza y a veces creo que he merecido lo que ha ocurrido. Estoy lista para pagar esa deuda, pero yo desearia que tu no tuvieras que pagar nada.

Querido hijo tu me hablas del deber y del honor. Jamás he dudado que tu te colocarias al lado de ellos. Si hijo mio, el honor del soldado lo debe de llevar al campo de batalla cuando la patria está en peligro. Asi es que híjo mio vete con la benedición de tu madre y de tu padre y la más potente aun la de tu patria y del cielo.

Tu me dices que debo obrar con valor: Dios mio a veces me hace falta. Sin embargo trataré de resignarme y espero que después de todo volveré a verte. Si esto no sucediera, considera querido hijo mio que al cerrar los ojos recibíeras la ternura y todos los besos más dulces de tu madre que desearia ir en alas hacia ti.

Las hermanas se conducen al igual de las

esposas. Eso lo demuestra esa otra carta escrita por dos jóvenes de la Lorena, dos jóvenes de Moyen, cerca de Nancy. Plutarco jamás ha concebido nada que sea más sublime:

Noyen, Septiembre 4 de 1914.

Mi querido Eduardo:

He sabido la noticia de que Charles y Lucien murieron en la jornada de agosto y que Eugene fué herido de gravedad. Louis y Jean también han muerto.

Rosa ha desaparecido.

Mamá llora; dice que tu debes tener valor y desea que vayas a vengarlos.

Espero que tus jefes no rehusarán concederte eso. Jean había recibido la Legión de Honor y tu debes ser su sucesor a ese respecto.

Nos han quitado todo; y de los once que tomaron parte en la guerra, ocho han muerto. Querido Eduardo cumple con tu deber: sólo eso te pedimos.

Dios te ha dado la vida: él tiene el derecho de volverla a tomar. Asi lo dice mamá.

Te abrazamos de todo corazón aunque bien deseariamos verte lo más pronto posible. Los prusianos están aqui. El joven Jandon ha muerto:

han destruido todo. Acabo de llegar de Gerbevillers que está arruinado. Son unos cobardes.

Véte querido hermano y sacrifica tu vida. Tenemos la esperanza de volverte a ver, porque tenemos como un presentimiento que nos indica que debemos esperar.

Te abrazamos con todo nuestro corazón. Adíos y hasta la vista, si Dios lo permite.

(Firmado) Tus Hermanas.

P. D.—Es por nosotros y por la Francia. Acuérdate de tus hermanos y de tu abuela en 1870.

Esta otra carta también es sublime. Fué dirigida a M. Maurice Barrés por una señora que vive en Lyón, que puede considerarse la ciudad más mística de Francia. Los periódicos habían hablado sobre los inválidos, sobre esos desgraciados mutilados, amputados, débiles, estropeados, y se había discutido el punto de saber lo que se debía hacer en su favor. Entonces esa señora escribió a M. Maurice Barrés lo que sigue:

Señor:

Durante uno de esos últimos dias en que ya no podía soportar la inquietud que me agobia, fuí a

recobrar el valor en un santuario muy querido de Nuestra Señora. . . . Subía cerca de mi una mujer enlutada, y como durante estos días de prueba todas las madres son hermanas, le hablé de los suyos. Con tristeza me informó que era viuda y pobre, y que la guerra la había privado de sus dos hijos, que eran su único sostén, pues a uno le habían amputado el brazo derecho y a otro le habían cortado las muñecas de las manos. Acaba de verlos, e iba a pedir la intercesíon de la "Madre Dolorosa" en favor de sus hijos y de ella misma. . . .

Mucho me conmovió ese dolor sin queja alguna, y buscaba en mi corazón lo que podía hacer para consolarla, y ésto es lo que encontré, y se lo trasmito a usted, señor:

"Pidamos a la Virgen, le dije, que inspire a las jovenes francesas tan valerosas, tan abnegadas, tan enérgicas la idea de que consientan generosamente y por sentimientos patrióticos a casarse con los pobres heridos o estropeados de la guerra, y ser para ellos no solamente un corazón, pero los miembros que les ayudarán en su hogar, en sus labores, y les permitirán abrigar el deseo de amar, de estimar y de dirigir a sus compañeros."

La pobre mujer me comprendió y nos separamos. He inculcado esas ideas en la más joven de mis hijas,

y que no cree usted que los que levantan la voz en público pudieran hacer vibrar en los corazones de las jovenes francesas de veinte años, el llevar a efecto esa idea y prepararse para ese acto de abnegación y para ser las futuras compañeras de los mutilados de Francia. . . .

Y también debemos decir que esas mujeres, que sólo tuvieron su dignidad y su gran ánimo para defenderse contra los insultos y los atropellos de los prusianas, han encarnado el espíritu de Francia.

En un pueblo de Aisne, una mujer de edad fué enlodada por el Kaiser que iba a caballo, y él con un gesto se excusó, mientras que ella mirándolo le dijo estas pocas palabras:

"Eso no es nada, señor. Este lodo puede lavarse fácilmente."

Una señora de la alta sociedad que residía en un castillo de las regiones invadidas, se vió obligada a dar alojamiento a un hijo del Emperador. En la mañana de su despedida éste llamó a la duena de la casa para darle las gracias por su

hospitalidad. La señora mirándolo con fijeza, se limitó a responderle:

"Usted no tiene nada que agradecerme, señor, pues yo no lo había invitado."

Y con dignidad se retiró a sus habitaciones.

Y es porque las mujeres de Francia han hecho todo eso, han tomado parte en todo eso, que Francia ha podido combatir hasta ahora y podrá seguir combatiendo hasta el fin. Es porque las mujeres de Francia han hecho todo eso, han tomado parte en todo eso, que los soldados, en el lodo de las trincheras las contemplan con reverencia como si fueran madonas.

El historiador Tácito cuenta en una de sus obras, que hace unos veinte y dos siglos, en una mañana brillante de primavera, un esclavo romano, jadeando y agotado, penetró por una de las puertas de la ciudad Eterna. Cruzó por el Foro sin pararse, prosiguió su camino y subió por la colina de Marte. Al fin entró en unas de las más grandes casas del barrio patricio y la llenó con sus clamores y gritos:

"¡Desgracia! ¡desgracia!" gritaba él.

Llegó una mujer con precipitación: era la dueña de la casa, la célebre Cornelia Graca.

"¿Que noticias nos traes?" preguntó ella.

"¡Desgracia! ¡desgracia!" repitió el esclavo, "allá en Umbria, en la batalla que se libró contra los bárbaros, han matado a dos de tus hijos, Cornelia."

"Imbécil," respondió ella, "eso no es lo que te pregunto. Dime si los bárbaros fueron vencidos."

"Si lo fueron, Cornelia."

"Entonces que importa la muerte de mis hijos, si la patria salió victoriosa. . . ."

Esa frase admirable se ha transmitido de generación en generación como un símbolo de lo que fué Roma antigua. Esa frase la han dicho miles de mujeres francesas desde hace cuatro años, y la dicen aun hoy dia. Contestan otras exclamaciones, otras voces, voces que surgen de las trincheras y que les dicen:

"No abrigeís ningún temor, oh! mujeres de Francia. . . . Por vosotros daremos hasta nuestro último aliento, hasta la última gota de sangre. Bien sabeís oh! mujeres que si desde

hace meses y meses agachamos nuestras cabezas al nivel de las trincheras lodosas y si ofrecemos nuestros pechos a la muerte, eso lo hacemos para que no quedeís en poder de esas bestias salvajes que han brotado de los bosques teutónicos. Lo hacemos para que no destruyan nuestros hogares, para que no tomen posesión de nuestras ciudades. Lo hacemos para que a nuestro regreso, no tengaís que abrazar cuellos de vencidos. . . . La patria, oh mujeres de Francia, constituye nuestros campos, nuestros campanarios, nuestros techos, pero también comprende vuestros queridos semblantes. En todos los periodos de nuestra historia, la Patria siempre ha estado encarnada en una de vuestras figuras, ya se llame Genoveva, ya se llame Juana. Y en las plazas de nuestras ciudades, para personificar a las que más queremos, siempre hemos tomado las formas de vuestros cuerpos, de vuestras frentes y de los pliegues de vuestros trajes—eso lo demuestra en parte esa estatua, colocada en la plaza de la Concordia, cerca de la Tullerias que por algunos dias más todavia llevará un crespón. . . . Pues bien hoy ocurre lo

mismo que ayer. En el fondo de nuestras casamatas y de nuestras trincheras, la Patria se aparece como una figura en que están confundidas vuestras fisonomias, y nosotros creemos que hemos servido bien a esa Patria, si cuando descubriendo esas fisonomias amadas en todos los frentes en que combatimos, lograremos hacer brotar vuestras sonrisas cuando veais que las plamas que deponemos a vuestros pies, son las palmas de la victoria."

Los historiadores de los años venideros dirán no solamente que Francia ha combatido con todo su valor, con toda su tenacidad con todo su corazón; sino con todos sus hombres, con todas sus mujeres y con todos sus niños: ellos atestiguarán también que esos hombres, esas mujeres, esos niños, a pesar del tiempo, a pesar de los sufrimientos, a pesar de los duelos, han permanecido estrechamente unidos, formando un sólo bloc, del cuál jamás se ha podido desprender una sola astilla.

En esa Francia atormentada, calenturienta, en donde siempre hervía el ardor de la gran Revolución, siempre había antes de la guerra muchos

partidos, muchas agrupaciones, muchas castas, muchas iglesias; pero la guerra ha nivelado todo, ha unido todo, ha cimientado todo.

M. Louis Barthou en unas páginas admirables que ha consagrado a "El Esfuerzo de la Mujer Francesa," ha trazado el cuadro de la unión sagrada que existe hoy en dia entre las mujeres de Francia.

"He visto," escribió él, "nuestras mujeres en los frentes y a retaguardia, en los hospitales, en las estaciones de ferrocarriles, en las empresas de automoviles, en las cantinas, en las oficinas, en los circulos de los soldados, en los vestuarios. Las he visto como enfermeras impasibles bajo los bombardeos. He comprobado la fraternidad que las une y junta los nombres más ilustres de la aristocracia francesa con los nombres más modestos. No hay ni orgullo por arriba ni enviadia por abajo, Con el mismo traje, con la misma cofia, con la misma cruz en la frente de ellas; como los soldados con el mismo uniforme, y al decir uniforme eso implica la igualdad en la abnegación, en el peligro, en el deber. En todas las ramas de la sociedad ya no hay rivalidad sino sólo emulación. Yo no sé si en tiempo de paz habrian

podido envitarse por doquiera esas pasiones locales que envenenan la vida nacional, pero la guerra les ha dado la unión sagrada como orden de mando, y ellas a fuer de soldados disciplinados, comprenden y respetan la consigna.

La sonrisa de la enfermera francesa ha contribuido mucho a la defensa nacional, pero también lo digo pensando en el provenir después de la guerra igualmente contríbuirá mucho a la unidad nacional. ¡Cuantos odios he sofocado! ¡Cuantos celos ha extinguido! ¡Cuantos prejuicios ha vencido! Esas mujeres del gran mundo y de la burgesía, que se han acercado al lecho de los campesinos heridos o enfermos, esas mujeres y esas jóvenes que han curado sus heridas, que han cuidado de sus males; y tomado parte en sus penas y adormecido sus sufrimientos, con sus manos delicadas, que ya se han acostumbrado a cumplir con las tareas más repugnantes, han establecido las bases de una Francia más unida y más fraternal en donde la envidia y el odio ya no tendrán derecho de existir. Los ojos de todos, repito de todos, han estado contemplando nuevos horizontes y brillantes porvenires reveladores, los cuales, ya sea intencional o concientamente, habían estado ocultos hasta ahora. Algunos habrán aprendido que el valor, el obrar rectamente, la devoción, el leal interés, el

reconocimiento emocionante y positivo, pueden existir en el corazón sensible de un campesino o de un trabajador. Ellos, los campesinos y los trabajadores, venciendo al fin sus prevenciones, comprenderán que el lujo no excluye la bondad, que la belleza no es siempre un don estéril, que la juventud no tiene que dejar forzosamente de poseer sentimientos, que se puede ser bella y generosa, delicada y valiente, rica y compasiva, y que las madres cuyos hijos han muerto se esfuerzan en prodigar los cuidados por medio de sus manos y la ternura por medio de sus corazones a los hijos que han sido heridos y sufren lejos de sus madres."

La unión sagrada que existe entre los hombres no es menos estrecha, Para comprobar eso sólo es necesario leer las cartas escritas al estar cercanos de la muerte—a esa hora en que el hombre sólo, enfrentándose consigo mismo, deja que su alma hable su propio lenguaje—por los que al combitar dieron su sangre por la causa sagrada.

Todos expresan el mismo lenguaje.

He aquí la carta de un judio, Robert Hertz, que fué muerto el 13 de abril de 1915 en Marche-

ville, cuando era subteniente del regimiento 330 de infantería:

Mi querida amiga:

Recuerdo los sueños que tenía durante mi niñez. Siempre con toda mi alma quería ser francés, merecer serlo y probar que lo era. . . . Ahora el antiguo sueño pueril se me presenta ante la mente más ardiente que jamás. Estoy muy agradecido a los jefes que me aceptaron como subordinado, a los soldados que yo tengo orgullo de mandar, a ellos que son los hijos de un pueblo verdaderamente escogido. Si, yo estoy lleno de gratitud a la Patria que me acepta y me llena de honor. Nada que pueda hacer será suficiente para pagar esa deuda. Que mi hijo pueda siempre llevar la cabeza en alto y que en la Francia restaurada no pueda sufrir el tormento que ha envenenado muchas horas de nuestra infancia y de nuestra juventud: ¿Soy francés? ¿Merezco yo serlo? No, hijo mio, tu tendrás una patria y tu podrás cruzar por su territorio pensando con toda seguridad que "Mi padre vivió áqui y dió todo lo que tenia por Francia." En cuanto a mi si algo me hiciera falta, este pensamiento es el más dulce de mis recompensas.

Ahora veamos la carta de un protestante, el

subteniente Maurice Dieterlin, que fué muerto el 6 de octubre de 1915, y el cual el dia antes del asalto en la Champagne, dirigía las siguientes líneas a su familia:

Estoy viviendo el dia más hermoso de mi vida. No tengo ningúna pena y soy tan feliz como si fuera un rey. Estoy muy complacido de dar mi vida para que mi país sea libre. Díle a mis amigos que voy derecho hacia la victoria, con la sonrisa en los labios y que soy más feliz que todos los estoícos y todos los mártires de todos los tiempos. Estamos en los momentos en que Francia goza de su vida eterna. Francia debe vivir y vivirá. Preparen sus más bellos trajes; guarden sus sonrisas para recibir a los que vencerán en la Gran Guerra. Puede ser que no nos contemos entre ellos, pero otros nos remplazarán, No llorareis, no estareis de duelo debido a nosotros. Porque nosotros habremos muerto con la sonrisa en los labios y un contento sobre humano en el corazon. ¡Viva Francia! ¡viva Francia.

¡Que magnífico entusiasmo! Pero puede ser que sea, aun más bello que esto la oración que en seguida incluimos, y que fué hecha por un

soldado protestante de un lugar de Montbeliard, muerto, en la ambulancia de la estación de Ambérieu:

"Señor," decía él, "que se cumpla tu voluntad y no la mía. Yo me he consagrado a ti desde mi juventud, y espero que el ejemplo que he tratado de dar servirá de algo para glorificarte.

"Señor, tu sabes que yo no he querido la guerra, pero que yo he cómbatido por cumplir tu voluntad. Ofrezco mi vida en pro de la paz.

"Señor, yo te elevo mis oraciones en favor de mi gente. Tu sabes cuanto los amo: a mi padre, a mi madre, a mis hermanos, a mis hermanas.

"Señor, recompensa cien veces a esas enfermeras por tanto bien que ellas me han hecho; yo soy pobre, pero tu eres el que derramas las riquezas. Elevo mis oraciones en pro de todas ellas."

Esta oración, en que aquel soldado consignó sus últimos pensamientos, fué recogida por una hermana católica que lo cuidaba y fué enviada a su familia que estaba de duelo, como muestra de una unión doblemente sagrada y emocionante.

Debe decirse que todos, ya sean católicos,

protestantes, judios, hablan de Dios y le elevan sus preses. . . . Leamos esta carta del capitán André Cornet-Auquier, de ese capitán a quien su mujer le escribía: "Yo te alentaría con mi voz, si te viera lanzarte ante el enemigo." Oigámosle relatar este pequeño incidente:

Un capitán católico decía el otro dia que antes de cada combate él oraba. El jefe le indicó que ese no era el momento adecuado para ello, y que mejor sería que dictara sus últimas disposiciones:

"Mi jefe," contestaba él, "eso no me impide dictar mis últimas disposiciones y combatir, pues eso me da más valor.

Entonces yo le dije: "Yo hago como usted y eso también me infunde valor y contento."

Ahora oigamos lo que un joven católico dijo en las vísperas de una batalla en la sublime carta que escribió a su novia:

"Mi querida Juana:

"Mañana a las diez, con las estrofas de Sidi-Brahim y de la Marsellesa, cargaremos contra las líneas alemanas. Probablemente ese ataque será

terrible. En esta fecha que es la anterior a ese gran día, que puede ser mi último, quiero recordarte tu promesa. . . . Contenta a mi madre. Durante ocho dias ella no ha recibido noticias mías. Dile que cuando va uno avanzando, no puede escribir a aquellos a quien uno ama, y sólo se limita en pensar en ellos. Y si el tiempo pasa y no se recibe ninguna noticia mía, déjala vivir con la esperanza de recibirla, infúndele valor y si al fin llegas a saber que yo he caido en el campo del honor, que broten de tu corazón mi querida Juana las palabras que puedan consolarla.

"Hoy por la mañana oí misa y comulgué con fe a algunos metros de la trinchera. Si yo muriese moriré como buen cristiano y como buen francés.

"Creo en Dios, en Francia, en la victoria. Creo en la belleza y en la juventud y en la vida. Dios quiera que él me proteja hasta el fin. Pero si mi sangre puede servir de algo para nuestra victoria, Dios mío que se cumpla tu voluntad."

Oigamos por fin a un clérigo, a un padre jesuita, al padre Gilbert de Girond, subteniente de la reserva en el 81 de infantería, que fué muerto el 7 de diciembre de 1914 en Ypres, y escribió su última carta. . . . Porque de los

25,000 clérigos, que partieron al principio de la mobilización, 300 eran capellanes con título, y otros servian como oficiales subalternos, como simple soldados, como cocheros, etc., y asi lo comprueban esas 4,000 citas en la orden del ejército que publicó el "Diario Oficial" francés y que se refieran a *actos de valor y de cambate* que verificaron los clérigos en el campo de batalla:

¡Morir joven! Morir como clérigo, morir como soldado en un ataque o marchar al asalto en pleno ministerio sacerdotal, puede ser dando una absolución; derramar mi sangre por la iglesia, por Francia, por sus amigos, por todos los que tienen en el corazón el mismo ideal que yo tengo, y tambien por los demás, para que ellos reconozcan el contento que trae la verdadera creencia . . . ah, cuan bello es esto, cuan bello.

Todos, católicos, protestantes, judios, clérigos, ministros, rabinos, eso es lo que ellos escribían. Y no he hecho bien, pues parece que hago diferencias entre ellos, parece una profanación, el haberlos, sin abrigar tal deseo, puesto por separado,

hacer diferencia entre ellos y clasificarlos, por que allá abajo, entre el lodo ensangrentado de las trincheras, no forman más que un conjunto que vive la misma vida y que muere al mismo tiempo.

Asi lo demuestra aquel soldado bretón en el campo de batalla del Marne que cayó mortalmente herido por una bala que recibió en el pecho. Al sentir las angustias de la muerte y en su agonia, suplicaba le trajesen un crucifijo. No había cerca de él un clérigo, sólo se encontraba un judio rabino. Este rabino fué y trajo el crucifijo, y lo aproximó a los labios del agonizante, y él en ese acto mismo tambíen fué muerto. . . .

Lo demuestra tambíen esa choza que algunos de nosotros vimos en la hondonada de uno de los valles de Verdun, en donde vivían juntos un clérigo católico, un pastor protestante y un rabino. Y durante una noche de atroz batalla, cuando los tres iban a recorrer el campo encarnizado en donde son levantados los cadáveres, se encuentran en medio de los que llevan las camillas, y estos les dicen: "No nos atrevemos a

enterrar a nuestros compañeros antes de que se eleve una oración en su nombre."

"¿A que religión pertenece?" pregunto el clérigo católico.

"Nosotros no sabemos. ¿Como podriamos saberlo? Pero ustedes podrían arreglar eso entre si. . . .

"Está bien, vamos a bendecirlos uno trás de otro. . . ."

Y después, en esa noche sanginaria se pudo ver el espectáculo incomparable de esos tres hombres, uno al lado del otro, el católico, el protestante y el israelita, que elevaban al cielo la última oración y desaparecían. . . .

M. Maurice Barres, eminente escritor francés, en su magnífica obra intitulada: "Las Distintas Familias Espirituales de la Francia" de la que he tomado un buen número de las cartas citadas anteriormente indica que todas las iglesias de Francia son las que combaten actualmentem, y que no forman más que una sóla y gran iglesia. Si, en verdad, son todas las iglesias con todos sus santos. Estos santos pertenecen a todas las

creencias, y aun algunos de ellos no pertenecen a ninguna creencia; pero una misma religión las ha unido y unificado entre si, la religión de la Patria, la regilión de la Libertad, la religión de la Civilización. Todos elevan al cielo la misma oración, todos abrigan la misma fe en su corazón, todos caen mártires de una misma causa.

Las viejas preocupaciones que durante los años de paz, separaban a los hombres y a los partidos, han quedado destruidas al mismo tiempo que han quedado arruinadas por los proyectiles alemanes las paredes de las pequeñas parroquias de los pueblos, y se ha erigido y elevado hacia el cielo una catedral invisible, grandiosa, infinita: la catedral de la fe francesa, en donde todos los fieles comulgan con la misma esperanza—una catedral que no sufrirá ningún mesnoscabo ni por el tiempo, ni por los sufrimientos, ni por la muerte.

III

FRANCIA SUFRE PERO NO ESTÁ ABATIDA

Si oimos hablar a cualquier hombre en la calle—a ese hombre que refleja la opinión justa o injusta, real o exagerada, del pueblo;—digo que si lo oimos hablar, escucharemos que dice:

"Si, lo sabemos, Francia tiene una alma muy templada, pero su cuerpo en la actualidad está agotado. Francia quiere combatir todavía, combatir hasta el fin, pero Francia sufre, Francia está agotada, Francia ya está desangrada."

Francia sufre. . . . Si, es la verdad. En la hecatombe que ella no ha deseado, que ella no ha buscado, que ella no ha preparado, ella ha perdido más de un millón de hombres, y ¡qué hombres! La flor de su juventud, lo más escogido de su inteligencia. La Escuela Normal, que es la escuela

preparatoria de la universidad francesa, ha perdido el setenta por ciento de sus alumnos, es decir que las tres cuartas partes de los pensadores, de los sabios, de los filósofos, de los literatos, de los profesores de la Francia de mañana, han desaparecido. Si se agrega a eso el que siete departamentos, que representan una superficie de 20,000 kilómetros cuadrados, han sido invadidos, asolados, devastados, arruinados, robados; que de esos siete departamentos se han llevado toda la maquinaria, todas las materias primas, todas las mercancías, todos los muebles, hasta los tiradores de las puertas, hasta los azulejos de los pisos;—y que esos departamentos eran entre los más ricos, entre los más prósperos, y entre aquellos de los cuales la Francia más se orgullecía debido a su industria.

Si se agrega a eso que la cultura ha sido martirizada, que la tierra ha quedado puede ser inservible para las tareas agrícolas, que los árboles han sido cortados, los caminos destruidos y los puentes arruinados; y si se agrega a eso también toda la miseria, todos los duelos, todas

las desgracias: un millón de heridos y mutilados, que se han perdido como fuerza activa de una nación que no tenía un número bastante grande de habitantes. Y finalmente si se agrega a eso los centenares de miles de prisioneros que Alemania está convirtiendo en tuberculosos, paralíticos, neurasténicos o locos, porque ella los maltrata físicamente: bien podemos asegurar que Francia sufre. . . .

Pero no es verdad que ella esté agotada; no es verdad que ya se ha desangrado. El deseo terrible que Alemania se había imaginado de eliminar a Francia, de hacer que cayera por tierra y permaneciera aterrorizada y sufriendo durante siglos, ese deseo no se ha podido realizar. Porque Francia continúa ergida y su brazo todavia es fuerte, sus músculos son todavía vigorosos, su sangre todavia es roja y abundante.

Para poder desvanecer la mentira de que Francia está agotada, vamos a dejar que hablen las cifras, los hechos, los datos estadísticos, y las pruebas; y después el público podrá dar su fallo. . . .

Una nación que está agotada y ya se ha desangrado, no puede tener ejército que la defienda. Pues bíen, la Francia actual no solamente tiene un ejército, sino ese ejército es numérica y materialmente más fuerte que era su ejército al principio de la guerra. En 1914 Francia pudo presentar sobre el campo de batalla del Marne un ejército de 1,500,000 hombres, Francia, después de cuatro años de guerra, tiene sobre los frentes de batalla, en sus zonas militares, un ejército de 2,750,000 hombres. Además hacia el primero de enero de 1918 se ha visto en el frente occidental, y enfrentándose con el ejército francés unas 81 divisiones del ejército alemán. ¡81 divisiones del ejército alemán para hacerle frente a un ejército agotado, en realidad eso es demasiado!

Pero los soldados que hoy combaten no valen sino debido a los cañones que tienen detrás de ellos para apoyar sus esfuerzos, más que por las metrallas que esos cañones pueden arrojar, más que por todo el material que en la actualidad constituye los nervios de la guerra. Pues bien aquí

se presenta el esfuerzo más extraordinario y más maravilloso que jamás se ha visto en los anales de la historia. Francia invadida, ocupada, desmembrada, Francia que no tenía aprestos de guerra en 1914 o que si los tenía eran de poca importancia, Francia ha creado una industria de guerra que puede ser la primera del mundo, que de todos modos puede enfrentarse con la industria de guerra alemana, y de donde los Aliados obtienen material guerrero para la causa común.

Oid y anotad estas cifras, que presentó viva voz M. Millerand, que fué Ministro de la Guerra durante el primer año de las hostilidades.

La batalla del Marne había agotado nuestros recursos militares.

El 17 de septiembre de 1914 el Ministro de la Guerra que sólo había estado al frente de su ramo unas tres semanas, recibió informes de que no había suficientes municiones para nuestros cañones, y que sin dilación alguna seria necessario enviar diariamente de 13,500 a 100,000 para principiar a fabricar los obuses de 75. Tres dias después, el 20 de septiembre de 1914, el Ministro reunió en Burdeos a

los representantes de la industria, y los constituyó en grupos regionales, y bajo la dirección de cada uno de ellos colocó un establecimiento o una firma responsable. A pesar de las dificultades, que es imposible concebir, si uno no las ha vencido con respecto a establecimientos cercenados de personal y de material, y que no tenían como regla general la experiencia necesaria en las operaciones complejas y delicadas que se les exigían, la fabricación de los obuses de 75, aumentó de 147,000, a que había llegado durante el mes de agosto de 1914 a 1,970,000 durante el mes de enero de 1915 y despues a 3,396,000 durante el mes de julio de 1915.

Desde el mes de mayo de 1915 se construyeron 222 piezas de a 75 durante ese mes, 227 durante el mes de julio, 407 durante el mes de enero de 1916, y desde entonces esa fabricación lo mismo que las demás, dado el movimiento progresivo que se le impulsó, ha seguido progresando notablemente.

A principios de agosto de 1914 ya se habían dejado de hacer los pedidos de cañones de grueso calibre; pero fueron nuevamente hechas durante el mes de septiembre de 1914. El 75 por ciento de los pedidos de gruesa artillería, que ha sido la que nos sirvió desde abril de 1917, habían sido hechos desde el primero de septiembre de 1914 hasta el 31 de

octubre de 1915. Durante los siete primeros meses de septiembre de 1914 a abril 1915 se fabricaron 366 piezas de artillería de grueso calibre. Durante los siete meses siguientes, de abril a octubre de 1915 se fabricaron 568. El primero de agosto de 1914 no teniamos más que unas 68 bateriás, y un año más tarde, día por día, esto es el primero de agosto de 1915 nosotros teniamos a nuestro disposición 262 baterías de artilleria de grueso calibre.

Y ahora escuchad a su vez y retened en la memoria estas cifras que escribió M. André Tardieu, Alto Comisionado de la República Francesca en Wáshington, en una carta que ha adquirido celebridad, y que fué dirigida a Mr. Baker, Ministro de la Guerra:

Con respecto a la artillería de grueso calibre nosotros no teniamos en agosto de 1914 más que 300 cañones que estaban distribuidos en distintos regimientos. En junio de 1917 nosotros teniamos 6,000 cañones de grueso calibre y todos de confección moderna. Durante nuestro asalto ofensivo de la primavera de 1917, podiamos disponer en término medio de un cañón de grueso calibre por cada 26 metros, y si colocaramos juntas nuestro artillería de

grueso calibre y nuestra artillería de campaña en las trincheras, contabamos con un cañon por cada 8 metros en el sector de ataque.

En agosto de 1914 fabricamos 12,000 granadas de a 75 diariamente; en la actualidad fabricamos 250,000 granadas de a 75 y 100,000 granadas de grueso calibre diariamente.

Si además usted se toma en consideración el peso de los proyectiles que se echaban sobre las trincheras alemanas durante nuestros últimos ataques ofensivos, encontrará usted las cifras siguientes por cada metro lineal.

Artillería de campo.....	407	Kilos.
Artillería de Trinchera....	203	"
Artillería de Grueso Calibre	704	"
Artillería de Alta Potencia	128	"
Total.....	1442	Kilos.

Y ahora le presento la cifra de nuestro gasto mensual de municiones, que sólo se refiere a las de a 75:

Julio de 1916.....	6,400,000	Proyectiles.
Septiembre de 1916..	7,000,000	"
Octubre de 1916.....	5,500,000	"

Durante el último ataque ofensivo, el gasto total ha sido de 12,000,000 de proyectiles de todos calibres.

Esta industria incomparable de guerra, nos ha permitido una vez más no solamente luchar y defendernos y atacar al enemigo, sino también suministrar a nuestros amigos, a nuestros Aliados, las armas necesarias para la lucha. He aquí lo que Francia pudo entregar hasta el primero de enero de 1918 a las naciones que combatían a su a lado en Europa:

1,350,000	fusiles.
800,000,000	cartuchos.
16,000,000	fusiles automáticos.
10,000,000	ametralladoras.
2,500,000	cañones.
4,750,000	aeroplanos.

Y es sobre Francia que ha recaido la honra de fabricar toda la artillería ligera del ejército americano—suministrándole varios centenares de cañones mensualmente.

Una nación agotada y que ya se ha desangrado

debía tener sus cajas vacías y no podria cobrar contribuciones a sus habitantes arruinados. Veamos pues lo que en la parte hacendaria Francia ha hecho en esta guerra.

Del primero de agosto de 1914 al primero de enero de 1918, el Parlamento francés ha votado créditos para la guerra que se clevan en cifras redondas a veinte billones de dólares. Pues bien, de esos veinte billones sólo dos billones han sido tomados prestados en el extranjero; todo el resto ha sido suscrito o pagado por la misma Francia, por medio de empréstitos o por medio de contribuciones. Además Francia ha prestado a sus Aliados más de un billón de dólares.

En 1917 Francia tuvo una ley de egresos cuyo monto total fué el mayor de toda su historia. Sólo la partida de contribuciones se elevó a seis billones de francos ($1,200,000,000), y esas contribuciones fueron pagadas en su totalidad, a pesar de que ocho millones de franceses estaban movilizados ya sea en el ejército, en las fábricas, en los campos o bien estabán disponibles en las regiones ocupadas por el enemigo.

En 1915, 1916, 1917 Francia levantó tres grandes empréstitos nacionales; el de 1915 produjo exactamente la suma de 13,307,811,579 francos 40 céntimos, de los cuales 6,017 fueron pagados en dinero contante; la de octubre de 1916 produjo en cifras redondas 10,000,000,000, de los cuales más de 5,000,000,000 fueron pagados en dinero contante; la de diciembre de 1917 produjo 10,629,000,000 de los cuales 5,254,000,000 fueron pagados en dinero contante.

Asi es que a pesar de la guerra, a pesar de su territorio invadido, a pesar de sus ciudadanos mobilizados, Francia en tres años ha contribuido para sus tres empréstitos nacionales cerca de diez y siete billones en dinero contante, es decir más de tres veces el monto de la indemnización de guerra que ella pagó a Prusia en 1871.

Una nación agotada y que está desangrada no tiene oro, no tiene reserva monetaria, no tiene ahorros y está cerca del precipicio de la bancarrota. Pues bien el Banco de Francia, que puede ser que se considera como el primer banco nacional del mundo, y el cual en las horas más

graves de la historia de Francia no ha visto su crédito sufrir ningún menoscabo, tenía en sus cajas el primero de enero de 1918 la suma de 5,348 millones de francos en oro, que arrojaba un aumento de 270 millones de francos sobre las existencias en oro del primero de enero de 1917; y esta es la existencia mayor que jamás hubiese habido en ese banco. Todo ese oro provino de los ahorros nacionales; las entradas semanales actualmente son todavía de un millón y medio de francos, sin que esto haya sido obligatorio o debido al mandata de la ley. Además este mismo Banco de Francia, que cuando se declaró la guerra tenía en cartera por efecto de la moratoria cuatro billones y medio de francos, vió que el montante de las sumas en cartera quedaron en menos de dos billones el primero de enero de 1918.

Los depósitos de los particulares en los grandes establecimientos de crédito francés que no ascendían más que a 4050 millones de francos el 31 de diciembre de 1914, ascendieron a 6,050 millones de francos el 31 de diciembre de 1917.

Y sólo durante las seis primeras semanas del

año de 1918, del primero de enero de 1918 al 20 de febrero de 1918, el excedente de los depósitos hechos en las cajas de ahorro del Estado por las clases que residen en los campos y que trabajan, ascendieron a 30 millones de francos, o sea cerca de 700,000,000 francos poco más o menos diaramente.

Una nación agotaaa y que ya está desangrada no puede dedicarse al trabajo y contempla la ruina de su comercio y de su industria. Pues bien leed esta declaración firmada por M. Georges Pallin, director del Banco de Francia, y que forma parte del informe del Consejo General del Banco para 1917:

Bajo el punto de vista industrial y comercial, puede notarse una mejoría bastante satisfactoria. Según la averiguación hecha por el Ministerio del Trabajo, correspondiente al mes de julio anterior, se ha podido comprobar que la proporción de las fábricas y casas comerciales a que se referian las cuentas presentadas periodicamente, cuya explotacion todavía no se ha restablecido, es sólo del 23 por ciento; y era del 55 por ciento en el mes de agosto de 1914.

Lo que puede indicar este desarrollo de la actividad industrial es el aumento continuo de la demanda de carbón que se ha estado notando.

Las explotaciones mineras han llevado a efecto sus labores con nuevo vigor. La producción carbonífera ha aumento notablemente en 1917, aunque todavía es inferior en su totalidad a lo que era antes de la guerra, debido a que la invasión nos ha privado de las planicies del norte y de la parte más rica de Pas-de-Calais; pero en las minas en que todavia se puede verificar su extracción, el rendimiento que se ha obtenido es mayor en un 40 por ciento de las cifras que se refieren al año 1913.

Este notable aumento ha compensado de cierta manera, la disminución que hubo en las importaciones de carbón inglés, pero a pesar de eso nuestras existencias de combustibles son menores que las necesidades y demanda de ellas.

Para remediar esta deficiencia, y al mismo tiempo para conseguir una independencia mayor en favor de nuestra industria nacional, se han hecho al mismo tiempo más intensas las explotaciones, los descubrimientos y la utilizacion de las fuerzas hidraúlicas. En los Alpes, en los Pirineos, en el Massif central, se han erigido nuevas instalaciones y ya allí se han establecido obras metalúrgicas de importancia, asi como fábricas de productos químicos.

El desarrollo de la producción industrial ha dado por resultado un notable aumento en el volumen de las transacciones comerciales. Estas continúan verificándose, en su mayor parte, al contado; sin embargo la tendencia que existe de restablecer gradualmente las operaciones de crédito, a que nos referiamos con respecto a los años anteriores, se ha vuelto a acentuar. En 1917 el próducto del timbre sobre los artículos del comercio ha sido mayor en un 37 por ciento al de 1916. Se nota además un notable incremento en los descuentos, mientras que el total de nuestros pagos diferidos ha quedado restablecido en la suma de 1140 millones.

Una nación que está agotada y que está desengrada no puede curar sus heridas y levantarse del lecho en que está agonizando. Y sin embargo Francia no ha esperado que termine la guerra y la evacuación de su territorio para restablecer la vida activa en los lugares en donde los alemanes habían creido haber sembrado la muerte.

En los diez departamentos que fueron invadidos, el número de los cantones que fueron libertados del yugo extranjero parcial o totalmente

asciende a 151. En 84 de esos cantones ya ha principiado el trabajo de reconstrucción, y se han establecido comisiones con ese objeto. Esas comisiones han principiado desde luego a hacer un cálculo estimativo de los daños y perjuicios, y sin esperar que se aprueben las leyes correspondientes, la administración ya ha anticipado sumas que se elevan a un total de bastante consideración. Es por eso que ya se ha empleado una suma total de más de 140 millones de francos para reconstruir esas regiones que han quedado libres del dominio del enemigo, ya sea en cuentas corrientes o en moneda constante pagada a los que sufrieron los daños. Se han hecho adelantos de unos 17 millones para reparaciones; a los agricultores ya sea en maquinaria o en materiales, se adelantaron 20 millones a los artesanos de las pequeñas industrias, se les dió medio millón y como fondo de avío para los agricultores, comerciantes, personas dedicadas a la pequeña industria dos millones y finalmente 100 millones para reconstruir las habitaciones y re-

instalar rápidamente las poblaciones dañadas o arruinadas.

Se ha establecido una *Oficina Nacional de Reconstrucción* de los pueblos; se ha organizado una *Oficina Nacional de Reconstrucción* agrícola y algunas empresas particulares han realizado trabajos de suma importancia. He aquí lo que una de ellas, la organización llamada de los Invernaderos Nacionales ha enviado en 1917 para el frente y para los campos libertados del enemigo:

6,717,575	plantas	de coles.
1,980,900	plantas	de navos.
418,000	plantas	de rábanos.
27,200	plantas	de coliflor.
270,250	plantas	de remolacha blanca.
5,340,500	plantas	de puerros.
1,836,800	plantas	de chicoria y escarola.
104,500	plantas	de apio.
105,000	plantas	de tomates.
16,900	plantas	de tetragon.
9,569,450	plantas	de cebollas.
o sea 26,388,075	plantas	de distintas clases.

Esas plantas fueron repartidas y enviadas a 2,436 lugares distintos, y sirvíeron para alimentar no solamente las poblaciones que regresaron a los pueblos que habían sido destruidos, sino también a las tropas que estaban combatiendo en el frente.

Una nación agotada y que está desangrada no debía tener posesiones en Ultramar, no debía tener colonias; o si acaso esas posesiones todavia existieren debian estar pereciendo y sufriendo fuertes pérdidas, y esas colonias debian también estar desangradas y arruinadas. Por lo contrario Francia tiene un imperio colonial intacto, mientras que el imperio colonial alemán ha desaparecido; y los esfuerzos hechos por las colonias francesas y el auxilio que las colonias francesas han prestado a la madre patria, han sido maravillosos, y merecerian estudiarse por si sólos.

Pero primero debemos dar un vistazo al cuadro que presentan las colonias alemanas.

En 1914, Alemania poseía un imperio colonial de dos millones de kilómetros cuadrados, que representaban en su totalidad cuatro veces la

superficie del Imperio alemán, antes de la guerra exportaba cerca de cien millones de marcos (25 millones de dólares) de mercancías. Existia la colonia alemana del Suroeste en Africa con sus 35,000 kilómetros cuadrados, con sus 1,750 kilómetros de ferrocarriles, con sus minas de diamantes y de cobre, con sus metales que en 1911 habían constituido un comercio de 37 millones de marcos; existía una colonia alemana del Este en Africa, que tenía una extensión como doble de la superficie del Imperio alemán, con sus 1,225 kilómetros de ferrocarriles, con sus puertos a donde habían llegado 933 buques mercantes en 1911; existía la Nueva Guayana alemana, que tenía de extensión como las dos terceras partes de Prusia, con sus ricos depósitos de oro y carbón, con su movimiento marítimo de 240,000 toneladas; existían las Islas Samoa, en uno de cuyos puertos, el de Apia, habían llegado 110 vapores; existía Tsing-tao que en 1911 había exportado 32,500,000 marcos de mercancías, y cuyo movimiento marítimo estaba representado por 590 vapores, cuyo tonelaje ascendió a un millón de toneladas.

Todo eso ha desaparecido para Alemania, todo eso está en la actualidad en manos de los Aliados.

Esa conquista fué terrible y difícil; y no terminó sino hasta 1916. La orden del dia expedida por el general Aymerich, que estaba al mando de las tropas que tomaron parte en la conquista de Cameroun, con una elocuencia breve nos demuestra las dificultades que hubo que vencer:

Oficiales, subalternos, soldados, europeos e indígenas de Africa y del Congo belga,

Acebaís de quitar de manos de los alemanes la más bella y rica de sus colonias en virtud de grandisimos gastos y fatigas.

Perseguido sin un momento de descanso, de posesión en posesión, el enemigo se ha visto obligado a abandonar el último palmo de terreno en Cameroun. Durante más de diez y ocho meses habeís experimentado jornadas torridas y la fria humedad de noches que pasabais sin abrigo; habeís sufrido las lluvias torrenciales del Ecuador; habeís cruzado los bosques impenetrables y los pántanos fétidos; habeís tomado sin descanso uno trás de otro los fuertes del enemigo en que han perecido numerosos de vuestros

compañeros. Careciendo de víveres, y aun a veces de municiones, con los uniformes destrozados, habeís seguido vuestra marcha gloriosa, sin una queja, sin un murmullo, hasta que habeis llegado al fin que se os había propuesto.

En esta conquista Francia tomó parte activa y notable como lo hizo también en lo conquista de Togo, con sus tiradores senegaleses, esos famososo tiradores senegalases, que fueron tan criticados y discutidos antes de la guerra, y que debían llamar la admiración de los jefes ingleses bajo cuyas ordenes ellos combatieron.

Aquí debemos citar una vez más la orden del dia del jefe superior de las tropas, porque nos de a conocer un espisodio emocionante en esas luchas coloniales, de que poco se ha hablado:

Un destacamento inglés al mando del teniente Thomson había sufrido fuertes pérdidas al atacar el fuerte de Kamina, pero fué reforzado por un grupo de tiradores sensegaleses que se componía de un sargento francés, de dos cabos y de catorce negros. Desde el principio del combate a eso de las once, esa sección mixta que asi se había formado, estaba

sufriendo el tiroteo muy vivo dirigido desde trincheras bien establecidas y apoyadas por ametralladoras pero no por eso desfalleció el ánimo de ninguno de ellos. Después de combatir quince horas y treinta minutos bajo el fuego de la artillería, considerando el teniente Thomson que ya estaba todo bien preparado, dirigió su ataque yendo a la cabeza de esos soldados; pero esa valerosa iniciativa tuvo que fracazar debido al fuerte tiroteo que le dirigieron a unos cincuenta metros de distancia desde las trincheras alemanas. Cayó herido a muerte el teniente Thomson, pero a pesar de eso los tiradores senegaleses, fieles a una tradición que ya ha formado parte con tan brillantes hechos de nuestra epopeya colonial, se negaron a abandonar el cuerpo del jefe desconocido que los capitaneaba y siguieron resistiendo con valor. Al fin terminó el combate, y el enemigo fué derrotado, y sobre el campo de batalla se encontraron tirados por tierra cerca del oficial y del subalterno indígena inglés, al sargento, los dos cabos, nueve tiradores muertos y cuatro heridos, tres de los cuales eran de gravedad. En el mismo lugar en donde fueron encontrados se erigieron sus tumbas cerca de la del teniente Thomson. Unidos por la muerte, parece como que todavia cuidan del oficial extranjero que ellos no conocian, pero para el cual

hicieron el sacrificio de sus vidas, porque asi se los habia ordenado su jefe.

Asi pues, que de todo el imperio colonial alemán, que tenía una superficie cuatro veces tan grande como la del mismo Imperio, no queda hoy en dia ni un palmo de terreno que no esté en manos de las Aliados: de Inglaterra en su mayor parte, del Japón en Tsing-Taoy de Francia en cuanto a la parte más considerable de las posesiones africanas.

Y ahora contemplemos el cuadro que presentan las colonias francesas.

En 1914, solamente en el norte de Africa, Francia dominaba en Argel con sus cinco millones y medio de indígenas; en Tunes con sus dos millones y en Marruecos con sus cuatro millones. Cuando la guerra estalló no había ni un sólo alemán en Marruecos que no asegurase que los indígenas se sublevarian contra los franceses.

"Ni un solo francés," escribía en tiempo de paz el corresponsal de la *Gaceta de Colonia* en Marruecos, "podrá escaparse salvando su vida." El gobierno alemán estaba muy convencido de

ésto: la revolución y el asesinato de los franceses, deberían tener lugar despues de que hubiera un llamamiento por parte de los marroquies para que interviniera el Kaiser. Pero nada de eso sucedió: en Argel; el orden más perfecto ha continuado por doquiera; en Tunes hubo una asonada que muy pronto terminó; en Marruecos hubo un hombre, que era al mismo tiempo soldado y diplomático, que con mano firme y suple a la vez, supo mantener a Marruecos en paz y conservarlo para Francia: era el general Liautey.

Desde los primeros dias de agosto de 1914 había surgido una cuestión sobre si deberianse evacuar los puntos de avanzada en el interior de Marruecos y replegarse hacia las poblaciones de la costa. El general Liautey declaró que él no abandonaría nada, y así se lo comunicó al gobierno francés. Envió sus tropas, los famosos regimientos marroquíes, las tropas mejores de combate que jamás se hayan visto en 1914, a los campos de batalla de Flandes y en cambio recibió divisiones territoriales que en su mayor parte se habían organizado en el sur de Francia. A

pesar de eso con sus simples divisiones territoriales, el general Liautey conservó la seguridad pública en todo el territorio cuyo mando se le había confiado, y aun terminó algunas operaciones que se habían iniciado. Mantuvo el prestigio de Francia y pocos meses después llevó a cabo el proyecto de establecer en Casablanca una exposición marroqui en que se demostraba la labor sorprendente que se había llevado a efecto en aquel territorio, que sólo había pertenecido a Francia desde hacia unos cuantos años.

Las colonias francesas no sólo permanecieron tranquilas y quietas, sino también hicieron un sorprendente esfuerzo, tanto en cuanto a lo que se refiere a su fuerza militar como bajo el punto de vista comercial, para ir en auxilio de la madre patria.

M. Ernest Roume, Gobernador General de las colonias, que al principio de la guerra tuvo a su cargo la administración general de Indo-China, envió en diez y ocho meses más de 60,000 soldados y trabajadores militares indígenas, que se habían reclutado en las posesiones asiaticas de Francia.

En el Senegal, en el Sudán, en Marruecos, se presentaron centenares de miles de voluntarios: marroquíes, kabilas y negros, que fueron a combatir al lado de las tropas francesas en el frente de Champaña y Lorena.

Además las colonias del Norte de Africa pudieron enviar víveres suficientes para hacer frente en parte a las necesidades de Francia.

La cosecha de cereales en Argel, y sobre todo en Tunes, había sido notablemente deficiente en 1914, pero a pesar de eso Argel no tuvo el menor reparo de enviar a la metrópoli todos los granos que solicitó: 850,000 quintales de trigo y 500,000 quintales de cebada y de avena, fueron enviados a la Francia continental, y a esa cantidad después tambien se agregaron 48,000 quintales de trigo para Córcega y 130,000 para París. Todavia el resultado fué mejor en 1915, pues Argel suministró a Francia 1,625,000 quintales de trigo, 918,000 quintales de cebada y 877,000 quintales de avena. En 1916 aumentaron estas cifras y los envios totales subieron por más de 4 millones de quintales de granos. En cuanto a lo que se

refiere a Marruecos diremos que en 1914 remitió 90 mil quintales de trigo y 130 mil quintales de cebada; en 1915 remitió 200,000 quintales de trigo y un millón quintales de avena; en 1916 envió más de dos millones de quintales de granos. Y se deben agrega a eso las 900,000 ovejas que Argel por si sóla remitió en 1915 a la Intendencia francesa, además de las 40,000 ovejas suministrados a la Intendencia inglesa para alimentar a las tropas de la India, que estaban acantonadas en Marsella. Agreguemos los bueyes que fueron enviados por millares de Argel y de Marruecos, y agregad también por parte de Argel los vinos y las legumbres y por parte de Tunes su aceite. En 1916 la Confederación Vitícola de Argel hizo un donativo a los soldados franceses de 50,000 hectolitros de vino.

En todas partes de las colonias continuaban las labores, tanto las agrícolas como las públicas. Argel inaguró en plena guerra algunas líneas de ferrocarril, Tunes abrió al tráfico público la línea de Sfax a Gabes; Marruecos las líneas de Casablanca a Fez y de la frontera de Argel a Taza.

"En Marruecos," dijo el general Liautey, "una fábrica equivale a un batallón."

Se abrieron fábricas por todas partes, y jamás se trabajó tanto, jamás se produjo tanto, y jamás el imperio colonial se vió más próspero, más activo y más glorioso.

Una nación que está agotada y desangrada se encuentra de modo que le es imposible ayudar a las demás. Ya en su agonia mortal no tiene más que la fuerza suficiente para poder sobrevivir unas cuantas horas. Pero Francia ha podido prestar su contingente y ayuda a los demás Aliados. Los ha ayudado con brazo vigoroso, ha podido librarlos de que fueran destruidos por completo. Las tropas francesas han combatido y siguien combatiendo en todos los frentes de la guerra; en Italia, en los Balkanes, en Palestina y en la Africa Central. Casi puede decirse que Francia por si sóla logró salvar al resto del ejército serbio. Y esto debe referirse con todos sus detalles.

Recordemos lo que aconteció en septiembre de 1915. En aquella época cuando se trató de llevar

a efecto un ataque ofensivo de los dos frentes en Artois y en la Champaña, los ejércitos alemanes invadieron Polonia, Volynia, Lithuania y Courlanda, libertaron a la Galicia austriaca y principiaron a cubrir Serbia por completo con sus inumerables legiones. Como había sido invadida por tres ejércitos; el alemán, el austriaco y el búlgaro, los cuales tenían amplio acopio de artillería de grueso calibre y de gas asfixiante, el pequeño reino de Serbia tenía indefectiblemente que sucumbir. Pero con suma tenacidad sus heróicos defensores prefirieron abandonar su país antes que someterse a un yugo obioso. Paso a paso los serbios, siempre enfrentándose con el enemigo, se retiraban hacia la orilla del mar. Fué ésta una tragedia terrible. Esa retirada será considerada como legendaria y parecida a la que verificaron los Diez Mil bajo el mando de Jenefonte. Según se retiraban, los serbios desesperados clamaban el auxilio de los Aliados.

¿Quién se prestó a auxiliar a los serbios? No fué Rusia, cuyos ejércitos ya estaban-casi agotados, Tampoco fué Inglaterra que temia la ata-

caran en Egipto y que todavía estaba combatiendo en los Dardanelos. No fué Italia, cuyos esfuerzos especiales se dirigían a impedir que se uniera Austria con Grecia y que consideraba como suficiente el establecerse en Valona y asi meter digamos una cuña entre sus dos rivales en la costa del Adriático.

Pero Francia, Francia que se consideraba como agotada y desangrada, escuchó el llamamiento de auxilio hecho por Serbia y resolvió socorrerla.

Desde luego se desembarcaron víveres en San Giovanni di Medua y Antivari que fueron llevados en pequeños buques franceses. Pero muy pronto se comprendió que esos víveres no serian suficientes, y que los serbios no podrían aun con los auxilios de los buques de guerra francesas, sostenerse en los puertos de la costa del Adriático. Asi es que se tenía que preparar la evacuación total de todo un ejército disperso; se tenía que trasportarlo más allá de los mares a otro país, y eso se tenía que llevar a efecto con respecto a toda Serbia. ¿Pero a donde se les debia llevar? ¿A donde se debian transportar esos miles de

soldados exhaustos, esos enfermos, esos heridos? Nuevamente Francia fué la que acometió esta empresa. Francia tenía Tunes, Francia tenía Bizerta, y Tunes y Bizerta recibieron provisionalmente a los refugiados de Serbia. Desde fines de noviembre de 1915 se veian buques pequeños francesas, torpederos, remolcadores y barcos de carga que se dirigían hacia Durazzo y hacia San Giovanni di Medua para embarcar el ejército serbio. A ellos siguieron grandes vapores como el "*Natal*" el "*Sinai,*" el "*Armenia*" y toda una flota de cruceros acorazados, y asi fueron transportados unos trece mil hombres.

Pero la situación se agravó, y los serbios que estaban a lo largo de las costas fueron atacados con más insistencia por los austriacos y por las bandas albaniensas. Además de eso tenía que hacerse el transporte hacia Tunes muy despacio, si se toma en consideración el movimiento progresivo del enemigo. Como remate de todo eso se presentó el tifo y el cólera para hacer más dificil el transporte de esas tropas disgraciadas a una gran distancia. Entonces fué que se ideó

un nuevo plan, y éste era el transportar a los serbios que quedaban, ya no a Tunes que estaba demasiado lejos, sino a un lugar lo más cercano que fuera posible al teatro del desastre. Allí estaba Corfú; Corfú que se halla sólo a unas sesenta millas de distancia del punto más lejano de embarque; Corfú, cuyo clima era admirablemente adecuado para que los enfermos recuperasen su salud; Corfú que tenía un puerto muy seguro. Quedó resuelto que se ocuparia a Corfú, se prepararía la isla y se transportaria a ella todo el ejército serbio, para lograr que se verificase la reconstitución de ese ejército. Y es a Francia que le tocó nuevamente el llevar a efecto este plan.

Desde el 7 de enero de 1916, una primera escuadrilla francesa de diez barcos salió de Malta para hacer un reconocimiento previo alrededor de Corfú, dragar la minas y hacer que desaparecieran los submarinos. A las cuarenta y ocho horas después salió una segunda expedición. El 8 de enero los cruceros acorazados "*Edgar Quinet,*" "*Waldeck-Rousseau,*" "*Ernest Renan,*" "*Jules Ferry*" y cinco torpederos que se habían

reunido en Bizerta recibieron órdenes para llevar a su bordo un batallón de cazadores alpinos con armas, equipos y mulas y para situarse de modo que pudieran dar cumplimiento a cualquier orden que se les diera.

Durante la noche del 10 al 11, el Cónsul de Francia en Corfú despertó al Prefecto griego, para anunciarle la próxima llegada de nuestra escuadra y poner en su conocimiento lo que ella iba a hacer en la isla. Después de haber recibido la protesta formal de ese funcionario, se dirigió hacia el puerto en donde ya nadie ponia en duda lo que iba a ocurrir. Con él iban los guias y automobiles necesarios para arreglar todo rápidamente antes de que los alemanes pudieran oponerse a lo que iba a verificarse, y pocos momentos después, los cruceros franceses, llegando a la hora exacta que se había convenido, echaron ancla e inmediatamente desembarcaron su contingente de cazadores alpinos. Antes de amanecer las calles principales de la ciudad y los puntos más importantes de la isla ya estaban ocupados. Los individuos sospechosos fueron aprehendidos mien-

tras que dormian, y también se tomó un puesto suspechoso de T. S. F. Corfú, que se había dormido medio alemán, se despertó completamente francés, oyendo la música militar que estaba encargada de poner en conocimiento de los habitantes el ligero cambio que se había efectuado durante la noche.

Todavía faltaba resolver la cuestión del Achilleion, propiedad de Guillermo II, que se encuentra a unas nueve millas de distancia de la ciudad. Ah! si Achilleion hubiese sido una propiedad francesa y los soldados alemanes hubiesen sido los que la visitaran, cuanto robo, cuantas orgias y cuanta destrucción no se hubieran visto.

Pero Achilleion era propiedad alemana y los franceses tienen un modo especial de porceder en casos parecidos. Aqui damos a continuación un relato de lo que occurrió, dado por un joven oficial de marina que estuvo allá:

A las 4 de la mañana un automóvil salió del muelle, llevando un destacamento de doce marinos bajo el mando de uno de los tenientes de abordo, y media hora después este oficial se presentó en la puerta del

palacio y pidió que se le permitiera entrar. Nadie le contestó, pero él insistió en su demanda y al fin una voz que parecía proceder de una persona muy enojada exclamó en la obscuridad: "Esta no es hora para recibir visitas." Pues el dueño, que parecia considerar que toda renta aunque fuera pequeña debia aceptarse, permitía que se visitara el lugar a razón de dos francos por persona. Muy sorprendido el intendente del palacio franqueó la puerta y nuestro destacamento entró en Achilleion, y reunió a los que estaban allí, esto es al intendente y dos recamareras de pelo rojo, medio desnudas, un mecánico y un entomólogo que llevaba espejuelos. Este muy pálido y temeroso se echó de rodillas delante del oficial y dijo: "Si debo morir, pido que me maten aqui." No se le hizo nada. Una compañia de cazadores llegó y los marinos linterna en mano regresaron a los buques. El pabellón tricolor ondeó sobre la casa campestre del Kaiser, que iba a convertirse en hospital para los serbios.

A la once de la mañana todo había terminado y los cruceros franceses se echaron a la mar en su viaje de regreso a Bizerta.

Lo que se había hecho era en realidad lo más facil; iba a darse principio a lo más dificil. No

ero sólo necesario ocupar a Corfú, se debia preparar la isla para recibir a un ejército, y sobre todo a un ejército agotado, decimado. Este era trabajo difícil, trabajo que a muchos les hubiera parecido imposible, porque no se tenía nada para hacerlo y porque todo faltaba.

Un escritor sobre asuntos relacionados con la marina, y que ha sido el historiador brilliante de la marina francesa en esta guerra, M. Emile Vedel, ha presentado en "L'Illustration" un cuadro único y sin precedente sobre la manera como se hicieron tales preparativos en Corfú:

Nada menos se trataba de alistar todos los medios necesarios para el desembarque, las escalas, los caminos directos y de desvio y los transversales por toda la isla a los puntos en donde se iban a concentrar las tropas cuya llegada se esperaba; para reunir y arreglar tantos barcos, grandes y pequeños, de los cuales diez y ocho eran remolcadores (entre ellos el *Marsouin,* el *Rove,* el *Iskeul,* el *Marsellas 14,* el *Audacieux* y el *Requin*), veinte y siete buques más pequeños, nueve chalupas 50 *surf-boats* y doce embarcaciones grandes y otras pequeñas de diferentes tamaños, sin tomar en cuenta los buques con víveres,

los tanques flotantes, las gruas para la descarga, etc. —todo lo cual era necesario para desembarcar y alimentar a los que debían llegar; para aislar a los enfermos que estuviesen infectados de tifo y cólera; en fin para organizar las diferentes oficinas que constituyen el servicio de un puerto, y todos esos arreglos administrativos tenían que crearse. Al mismo tiempo era necesario mantener y reparar los diques del puerto, dragar los canales, hacer arreglos acerca de los pilotos, el anclaje y el abastecimiento de agua, para los víveres y carbón que debian usar los transportes que llegaban con gran premura, y para que se descargaran y salieran a todas las horas del dia y de la noche; para dragar y limpiar todas las aguas cerca de la isla; para establecer puntos de observación a su alrededor, emplazar baterias en posiciones adecuadas, y en fin para proteger las vías que se encuentran alrededor de Corfú y de la costa de Albania. En este último trabajo los ingleses nos auxiliaron muy eficazmente enviando unos cien "drifters" (una clase de barco pescador que nosotros llamamos "cordiers" en Bolonia), que se mantenian sobre el mar tranquilamente a pesar del viento y estando a toda vela, y que llevan una red de mil metros para apresar a los submarinos. Debido a un par de diques flotantes, que se colocaron entre la

parte extrema de Corfú y la costa vecina, esto es a una distancia de unos dos o tres kilómetros, nuestros barcos pudieron alinearse por una distancia de treinta millas de extensión de modo que pudieran ejecutar todas las maniobras necesarias para el desembarque de los serbios, y también para hacer ejercicios de artilleria, lanzar torpedos y dirigir aeroplanos y llevar a efecto todas las demás maniobras que fueran indispensables.

Además se tuvo que acopiar el agua potable en cantidad suficiente, puesto que si es verdad que los manantiales de la isla podían abastecer a ochenta mil habitantes, ahora tenía que triplicarse esa cantidad y dar mayor acopio para que fuera suficiente para lo que exigian ciento cincuenta mil bocas más. Se tuvo que traer de fuera toda la harina que se necesitaba, y eso se hizo trayéndola de Italia, Francia e Inglaterra, pues Corfú tiene pocos recursos y no queriamos dar lugar a que se iniciara la hostilidad de una población a la cual tendriamos que mostrar suma firmeza en más de una ocasión. Los que más oposición demostraron a acatar esas medidas tuvieron que darles cumplimiento, sin que por eso dejaran de robarnos en las transacciones que tuvimos que verificar con ellos. Subió el precio de las naranjas hasta diez francos por docena y los tenderos en pequeña

escala hicieron pingües ganancias y los limpia botas se ganaron mucho dinero convirtiendose en cambistas, dándole al dinero precios fantásticos.

Y todo esto todavia no da más que una idea muy incompleta de las tareas innumerables que tenían que llevarse a efecto en esa especie de hormiguero acuático, industrial y guerrero que constituye una base naval.

Hacia el 9 de enero de 1916 la situación del ejército serbio era exactamente la siguiente: En la región de San Giovanni de Medua, había 1200 oficiales, 26,000 soldados, 7,000 caballos y 2,000 bueyes; en Durazzo 3,600 oficiales, 69,000 soldados, 20,000 caballos, y 4,000 bueyes; por los caminos que se dirigían hacia Valona unos 50,000 hombres, inclusos los oficiales, 2,000 caballos y 300 bueyes. Estaban repartidos entre eses tres primeros grupos 41 cañones de campaña, que eran los restos gloriosos de la artillería serbia.

Agréguese a todo lo anterior, 22,000 prisioneros austriacos que los serbios llevaban consigo en su viaje hacia la costa, y agréguese a todo eso además el grupo lastimoso de refugiados, de en-

fermos, de viejos, de mujeres y de niños que deseaban a todo trance salvarse del asesinato y de la esclavitud, y que iban siguiendo a las tropas en su retirada.

La evacuación de este pueblo indomable se verificó en San Giovanni di Medua: a los soldados se les llevó hacia Corfú, a los civiles se les envió hacia Argel y Tunes y los prisioneros austriacos fueron enviados a Cerdeña. ¿Pero a donde se debería transportar a los enfermos de tifo y de cólera? Nadie queria recibirlos: y en este grandísimo grupo de desvandados, entre tanta miseria y sufrimientos, el cólera y el tifo habían aparecido y se habían propagado con una rapidez musitada. Algunos de los que habían sido atacados del cólera fueron llevados a Brindisi, y como es de suponerse nadie queria recibirlos.

Cuando eso se notó, una embarcación francesa el "*Verdun*" que estaba al mando del teniente de navio d'Aubarede, se prestó generosamente a llevar a esos desgraciados a Corfú. Y, como lo ha escrito M. Emile Vedel, éste puede ser considerado como uno de los más bellos episodios de

la labor activa de nuestra marina, porque hay pocos peligros más terribles que aquel a que se exponian al llevar en sus brazos a esos pobres seres que estaban atacados de un mal esencialmente contagioso, y sobre todo estando estos tan llenos de suciedad y cubiertos de bichos nocivos que causaban verdadero horror. Con las precauciones y los miramientos que puede ser que no tuvieran con respecto a sus propios hermanos, fueron llevados estos medio cadáveres hasta Corfú, y alli los doctores y enfermeros de la marina francesa salvaron a algunos de ellos y dulcificaron el fin de los demás.

Casi toda la tarea quedó terminada en unos viente y dos días; toda la gante y sus efectos personales habían sido llevados de San Giovanni di Medua, asi como lo que había en Durazzo y en Valona; se habían llevado a los prisioneros austriacos y aun se había transportado todo el tesoro serbio—casi de 800 millones—a Marsella en el crucero "*Ernest Renan.*"

A pesar de eso, todavía quedaban el 20 de enero en San Giovanni di Medua unos dos mil hombres

y cierto número de cañones. ¿Que se abandonaria esto después de haber podido salvar a tantos hombres y llevarse tantos cañones? . . . No todo se salvaria, todo hasta el último hombre, todo hasta el ultimo cañón, sin que importara el riesgo que se corriera ni las fatigas ni el cansancio que ocasionaran.

Por la mañana del 20 de enero el capitán de navío de Cacqueray, que estaba al mando de las tropas francesas, hizo llamar a bordo de su buque el "*Marceau*" a dos jóvenes oficiales de la marina francesa, el subteniente de navío Couillaud y el subteniente de marina Augé, que tenían el mando de dos pequeños remolcadores, el "*Petrel*" y el "*Marie-Rose*" y les dió órdenes para que regresaran nuevamente a San Giovanni di Medua y se trajeran todo lo que pudieran recoger.

"Es necesario que tengan éxito, y lo tendrán," sencillamente dijo el capitán de Cacqueray.

Pocos minutos después los dos remolcadores se dirigían nuevamente por las aguas del Adriático hacia San Giovanni. Aqui debemos dejar hablar al subteniente Augé, que tenía a su mando el

"*Marie-Rose*," contentándonos con citar el diario de abordo de ese oficial con su laconismo elocuente:

Dejamos los muelles quietos de Brindisi y nos fuimos por el torcido canal de las afueras del puerto pasando por entre boyas luminosas; en seguida atravesamos por entre disversas minas hasta quedar envueltos en una noche obscura y negra. Según nos íbamos acercando a la costa albanense, aumentaba la brisa hasta que al fin nos encontramos con una verdadera tempestad de viento, con granizo y lluvia glacial antes de entrar en el golfo de Drin y navegar en sus aguas tan fangosas. Habiamos tomado nuestras precauciones para averiguar si se encontraban algunos submarinos en las cercanías. Al fin llegamos a Medua, que estaba casi rodeada de bancos de arena y también obstruida por una docena de barcos pequeños que los austriacos habían echado a pique en ese lugar. Parecía imposible que pudieramos pasar por entre ese grupo de barcos destruidos y a flote, por entre tantos mástiles y palos que apuntaban en todas direcciones. Después de haber recorrido a lo largo de la linea de las minas y cerca del *Brindisi* (buque italiano que pocos días antes había sido echado a pique por una mina) arribamos al

puerto. Ese puerto, Medua, comprende unas diez casas y un muelle miserable construido sobre pilotes medio carcomidos y se encuentra en el fondo de una especie de túnel rodeado de colinas erizadas con rocas peligrosas.

En esos momentos un velero se encontraba anclado junto al extremo del muelle y esta circumstancia iba a facilitar nuestras operaciones. El *"Petrel,"* que cala menos que nuestro barco, pudo colocarse junto a ese velero, y después de esforzarme mucho yo pude colocarme cerca de éste. Veiamos que había soldados con trajes lodosos y caballos como esqueletos que nos esperaban en tierra. Muy pronto nuestros buques y el velero fueron invadidos por un grandísimo grupo de gente helada, extenuada y cansada que quería embarcarse a todo trance y a quienes nadie podia impedir que asi lo hicieran. Era imposible encontrar alguna autoridad y aun mucho menos dictar órdenes que pudieran ser obedecidas, pues cada uno nada más pensaba en salirse de ese infierno. Al fin algunos oficiales serbios consiguieron calmar un poco a los más impacientes, y nos trajeron un pequeño cañón que a fuerza de trabajo material lo hicimos rodar por los maderos del muelle. Con gran dificultad se coloca ese cañón abordo del *"Petrel,"* situando el armón y las ruedas sobre el *"Marie-Rose"*

que tenía un puente más grande. La tarea fué muy lenta al principio, pero después de colocar el segundo cañón el embarque se llevó a cabo satisfactoriamente.

El tiempo no mejoraba, y todos tenían que trabajar en el lodo, y asi junto con los uniformes serbios enteramente destrozados se veían los colores brillantes de la guardia montenegrina. El Rey Nicolás soportaba estoícamente la lluvia sentado sobre una piedra, esperando la llegada del torpedero italiano que debia ponerse a sus ordenes. Los soldados de la misión francesa llegan y hacen las veces de policia, y los radiotelegrafistas de la oficina italiana embarcan sus equipajes. Alli se ve el estado mayor del ejército serbio con todos sus archivos. Se nos viene encima un gentío que se agolpa constantemente a pesar de los esfuerzos de los marineros que tienen orden de contener su avance. Venciendo los obstáculos debidos a esa aglomeración de gente, hemos conseguido embarcar diez y ocho piezas de a 75 y tres obuses de a 100, como también unas cien cajas de proyectiles. El tiempo es de lo peor que pudiera haber, y sigue cayendo en torrentes una lluvia glacial. Sería necesario emplear la fuerza bruta para impedir que se meta ese gentío testarudo, pues ni los gritos, ni las órdenes dadas contrarrestaban su avance. Por fin dejamos que se embarcara

el mayor número de ellos, como cien en el *"Petrel"* y el doble de esos en nuestro barco; eran serbios, mentenegrinos, aliados de todas clases y estados, y fué contra nuestra voluntad que tuvimos que retirarnos del muelle para poner fin a el embarque. Nosotros eramos la única esperanza que tenían esos infelices (todavía quedan como unos mil quinientos) a los que ya no les quedaria más recurso que tratar de atravesar los terribles caminos, los pantanos y los rios debordados que los separa de Durazzo.

Ya va a entrar la noche y tenemos que irnos. Luego se abren las latas y suministramos todo el pan y las galletas que tenemos, y al mismo tiempo damos tazas de te caliente a los que son ahora nuestros huéspedes. De repente al salir de la bahía la mar gruesa y las oleadas contribuyeron a aumentar el desorden que reinaba abordo. Seguimos nuestro viaje con un tiempo muy tempestuoso hasta Brindisi, a donde llegamos el 22 a las siete de la mañana. Al contemplar la costa italiana el cansancio y el desaliento desaparecieron como por encanto. Hubo apretones de manos, vivas a Francia, promesas de victoria y de venganza y alguna confusión para desembarcar todo al mismo tiempo, pasajeros y material. (Diario del subteniente de navio Augé, que tenía a su mando el *"Marie-Rose."*)

¿Y que esto fué todo? No, no fué todo, porque si el esfuerzo de esos franceses fué ilimitado, el tonelaje de los remolcadores si lo era. Y a pesar de todo en ese último viaje no se había podido embarcar a toda la gente. Allá entre el lodo de la costa de Medua, todavia quedaban algunos serbios que esperaban y que clavaban su vista ansiosa hacia la mar para ver si nuevamente reapareceria el pabellón tricolor por el horrizonte. . . . Pues bien si volverá a aparecer, porque Francia nunca abandona la lucha, porque Francia, aqui como en otras partes, tiene por divisa "*hasta el fin.*" El 24 de enero el "*Petrel*" y el "*Marie-Rose*" emprendieron su último viaje. ¿Llegarán a tiempo? Es de temerse que esto no suceda, pues en los montes que domina San Giovanni se oyen tiros de fusil y descargas de ametralladoras; el camino que va a Alessio está desierto; la playa parece vacía; el puerto de Medua está cubierto de destrozos de embarcaciones que parecen imposibilitar su navegación. A pesar de eso los pequeños remolcadores entran en el puerto y se acercan a la playa y al fin ven

a algunos serbios que están allí. Las noticias que se reciben son muy desconsoladoras, pues parece que los austriacos están a unos cuantos kilometros, y que se libran combates en las cercanías. Los últimos serbios útiles para la pelea están tiroteándo, e impiden que la vanguardia austriaca se aproxime demasiado, asi es que no se debe perder ni un minuto, si se quiere llevar a efecto con éxito la tarea de salvamento.

Después de una breve consulta, los dos jóvenes jefes resuleven embarcar a todos en sus pequeños buques, con la ayuda de un gran remolcador que se encuentra en el puerto y que ellos llevan consigo. Esta es una gran responsabilidad, sobre todo si el tiempo se empeora; pero el que nada arriesga, nada gana. . . .

Se principian los trabajos con gran precipitación, sobre todo ya que la promesa de no dejar a esa gente abandonada alienta sobre manera aun a los más débiles. Casi se termina la tarea a eso de las tres de la tarde, después de haber colocado en los remolcadores cuatro piezas de a 75, 10 armones de artillería, 2 aparatos completos

de aerotelegrafía, 1000 fusiles nuevos, centenares de cajas de granadas, cartuchos, balas y también grandes cantidades de arneses, y de haber logrado embarcar en botes a todos los hombres sin excepción alguna que se encontraban en la playa, o en la poblacíon, o en sus cercanias. No quedó ni uno, ni uno sólo en tierra. Esta vez sí con excepción de los últimos tiradores que estaban en las montañas lejanas, todos han sido salvados.

"A las 4.50 de la tarde," escribe nuevamente el subteniente de navio Augé en su diario, "nuestros pequeños buques salieron por última vez del puerto y navegaron en alta mar. De repente vimos venir hacia nosotros una ola blanca con una prontitud inusitada que había surgido a nuos 300 o 400 metros hacia nuestra derecha. Hubo una especie de relámpageo y apenas lo notamos el torpedo cruzó en nuestra dirección, pero afortunadamente sin tocarnos: nos lo había dirigido un submarino, pero a Dios gracias no pudo dar contra nuestro barco. Describimos un gran círculo para envitar un segundo ataque, y afortunadamente la obscuridad de la noche puso término a la persecusión del submarino, y muy de prisa nos dirigimos hacia la costa italiana. Aunque

la mar estaba muy en calma, la tercera goleta iba bamboleándose mucho y hacia la media noche oí terribles gritos que procedian de ella. Estaba la noche tan obscura como boca de lobo y casi era imposible percibir lo que ocurría. Continuaron los gritos y vimos surgir, algunas chispas y después parece que tiraron algo al mar, pero nos era imposible saber lo que estaba ocurriendo. Eso no importa, pues lo peor seria demorar nuestro viaje y asi es que debemos continuar

Y se continuó el viaje y a la mañana siguiente se llegó a las costas italianas. El incidente de la noche anterior no había sido gran cosa: fué un pánico que surgió a bordo de la goleta. Poco a poco se empezaron a ver en lontananza los techos y los campanarios de Brindisi; toda la escuadra de los navios Aliados estaba allí, formada en linea de batalla, y cuando vió aparecer a los dos pequeños barcos que traian a los últimos serbios con sus últimos cañones, les rindió en conjunto los honores militares a esos heroícos salvadores y toda la marineria prorrumpió en vivas e izó los pabellones. ¡Honor supremo y sin pre-

cedente que se rindió a dos naciones: a Francia y a Serbia!

Durante el mes de enero de 1918, M. Vesnitch, Ministro de Serbia en París, en misión en los Estados Unidos, se levantó hacia el fin de un banquete y con voz en que se notaba una emoción mal contenida, y con vista nublada que obscurecia sus ojos tan azules, hizo un relato de algunos de los incidentes que acabo de referir y agregó:

"A todos les debemos nuestro agradecimiento, pero el corazón de Serbia siempre permanecerá ligado a Francia eternamente y por todos los siglos."

Sólo reproduzco estas frases, que son la más dulce recompensa de Francia, porque demuestran ante la historia como Francia, la nación "agotada y desangrada" ha podido socorrer y auxiliar a su pequeño aliado.

Y termino diciendo que mucho se equivocan aquellos que creen que Francia está sin fuerzas y sin recursos. Bajo esos trajes destrozados, en pedazos, bajo esa carne que sufre y que está

martirizada, siempre existe un corazón varonil que continua latiendo y que sabe combatir, y además existe esa sangre roja que sigue corriendo, joven, ardiente, incomparable, y siempre lista para ser derramada en pro de los principios inmortales de la libertad, de la justicia y de la humanidad.

IV

LOS PROPÓSITOS GUERREROS DE FRANCIA

Un estadista francés, M. Louis Barthou ha sintetizado los propósitos guerreros de Francia en estas tres palabras: "Restitución, reparación, garantías."

Restitución quiere decir la entrega de todos los territorios ocupados, de los territorios ocupados por medio de la fuerza durante veinte y siete meses, como también de todos los territorios ocupados por la fuerza durante cuarenta y siete años. No se puede hacer ninguna distinción entre los cinco departamentos que constituyen Flandes-Argonne y los cinco departamentos que constituyen Alsacia-Lorena. Francia quiere que se le devuelva a Metz por las mismas razones que

quiere que se le devuelva a Lila. Si Alemania debe guardar Metz, igualmente debería guardar Lila Sus derechos sobre Estrasburgo no son mejores que sus derechos sobre Cambrai.

Y esto es algo que, "el hombre en la calle," a veces no llega a comprender. El dice: "Si nosotros comprendemos que le quitaron a Francia Alsacia-Lorena hace unos cuarenta y siete años por medio de la fuerza, y sin consultar al pueblo de los territorios que asi se ocuparon. ¿Pero cómo adquirió Francia la Alsacia-Lorena en épocas anteriores? ¿Que no fué por medio de la fuerza después de guerras en que truinfó? ¿Qué no es cierto que Alsacia-Lorena en épocas pasadas perteneció a Alemania, y que bajo el criterio histórico Alsacia es territorio aleman?"

No, esa no es la verdad; es enteramente opuesto a la verdad y a los hechos. Y esto debe aclararse una vez para siempre.

Cuando Francia pide que se le devuelva a Alsacia-Lorena, ella no hace eso porque desea tener más departamentos que agregar a su configuración geógráfica, pero porque ese territorio

perteneció a Francia durante siglos y siglos, porque se lo quitaron a Francia por la fuerza, porque se lo quitaron a Francia hace cuarenta y siete años, porque jamás se consultaron a los pueblos de ese territorio y aun ellos mismos protestaron contra el dominio prusiano—porque en una palabra ésta es una cuestión de derecho.

En un discurso que el Conde von Hertling, Canciller Imperial alemán, pronunció el 24 de enero de 1918 ante el Reichstag, se expresó de la siguiente manera:

Alsacia-Lorena comprende, como se sabe, en su mayor parte regiones alemanas que después de un siglo de violencia e ilegalidad fueron arrancadas al Imperio alemán, hasta que al fin en 1779 la Revolución Francesa devoró lo que quedaba, y entonces Alsacia-Lorena se convirtieron en provincias francesas. Cuando durante la guerra de 1870, pedimos que se nos restituyera el territorio de que se nos había despojado criminalmente por la fuerza, esa no fué conquista de territorio extranjero, sino lo que en realidad y verdaderamente hablando, debe denominarse hoy en dia como disanexión.

Es muy dudoso que el Conde von Hertling quede designado por la historia como un gran Canciller; pero si eso fuera asi, indudablemente lo será en la historia de la Ignorancia y Falsedad. Jamás un estadista ha expresado frases tan imprudentes y que contengan tantas mentiras.

Si se discute la cuestión de Alsacia-Lorena bajo el punto de vista histórico, debe harcerse en tres partes: primero la Lorena, segundo la Alsacia y tercero la parte sur de Alsacia que incluye la ciudad de Mulhouse.

Con respecto a la ciudad de Mulhouse, el punto en disputa es muy sencillo y claro, pues esta ciudad nunca ni jamás perteneció a Alemania o a los alemanes. Perteneció a Suiza y hacia el fin del siglo XVIII durante la Revolución Francesa, esa población después de un plebiscito, resolvió hacerse francesa. Se envió una comisión a París, al Parlamento Francés, que entonces se llamaba el Consejo de los Quinientos, y esa comision expresó pública y oficialmente el deseo de Mulhouse de formar parte del terri-

torio francés. Esto se puso a debate y el Consejo de los Quinientos unánimamente aprobó la moción que fué propuesta en las siguientes palabras:

"*La Répubiica francesa acepta la proposición hecha por los ciudadanos de Mulhouse.*"

Pocas semanas después las autoridades francesas, con un entusiasmo inusitado, hicieron su entrada en la población, y la bandera de Mulhouse fué colocada en una caja tricolor que llevaba esta inscripción: "La República de Mulhouse queda en el seno de la República francesa."

Alsacia—el resto de Alsacia—se hizo francés en 1648, más de dos siglos antes de la guerra de 1870. Se convirtió en territorio francés de conformidad con un tratado, tratado que fué firmado por el Emperador de Austria, porque entonces Alsacia pertenecía a la familia Imperial de Austria. Y es de interés y no por demás citar un artículo (artículo 75), del tratado:

El Emperador cede al Rey de Francia para siempre, *in perpetuum,* sin reserva de ninguna clase, y con toda su jurisdicción y soberanía, todo el terri-

torio de Alsacia. El Emperador de Austria lo cede al Rey de Francia de tal modo que ningún otro Emperador en lo futuro pueda jamás tener la facultad en ningún tiempo de afirmar algún derecho en esos territorios.

Al leer ese tratado hoy en dia, abriga uno la idea de que hace más de dos siglos el Emperador de Austria ya abrigaba el temor de que en alguna época futura otro Emperador se inmiscuiría en este asunto, y daria lugar a serias dificultades.

Cincuenta y tres años después de ese tratado, los prusianos, a quienes no les gusta ver nada en poder de otra gente, trataron de recobrar Alsacia. Su propio embajador trató de disuadirlos, puesto que el Conde Schmettau, Embajador de Prusia en París escribió al Rey en 1701 lo siguiente:

"*Nosotros no podemos tomar Alsacia, porque es bien sabido que sus habitantes son más franceses que los mismos parisienses. . . .*"

En donde se puede encontrar una contestación mejor que "los alsacianos quieren ser alemanas."

Lorena se hizo francesa en 1552, más de tres

siglos antes de la guerra de 1870. Lorena se hizo francesa, no después de una guerra y como resultado de una conquista, pero en virtud de un tratado firmado por todos los príncipes protestantes de Alemania, en que se encuentra la siguiente frase, que es muy digna de ser tomada en consideración: "*Consideramos justo que el Rey de Francia tome posesión, tan pronto como sea posible, de las ciudades de Toul, Metz y Verdun, en donde jamás se ha empleado el idioma alemán.*" De modo que los mismos alemanes colocaron al igual las ciudades de Metz, Toul y Verdún y reconocieron que la ciudad de Metz no era alemana.

Todo esto es muy sencillo y claro. Lo que sucedió varios siglos después es igualmente claro.

Cuando el 16 de febrero de 1871 los diputados de Alsacia-Lorena tuvieron conocimiento de que se habían cedido sus provincias a Alemania se reunieron, y en un documento histórico que fué firmado por todos ellos—eran treinta y seis—protestaron en los términos siguientes:

Alsacia y Lorena no pueden ser cedidas. Hoy ante todo el mundo, manifiestan abiertamente que quieren permanecer francesas. Europa no puede permitir a ratificar la anexión de Alsacia y Lorena. Europa no puede permitir que se apoderen de un pueblo como si fuera un rebaño de ovejas. Europa no puede permanecer sorda al oir la protesta de todo un pueblo. Por lo tanto declaramos en nombre de nuestro pueblo, en nombre de nuestros hijos y de nuestros descendientes, que consideramos nulo y sin efecto cualquier tratado en virtud del cual se nos ceda a un poder extranjero y revindicaremos eternamente el derecho de disponer de nosotros y de que permanezcamos franceses.

Y tres años después en enero de 1874, cuando se verificaron por primera vez las elecciones de diputados, reiteraron la misma protesta. Eligieron quince nuevos diputados; algunos eran protestantes, otros católicos y uno de ellos era el Obispo de Estrasburgo, pero todos unánimamente firmaron una declaración que se leyó en la tribuna del Reichstag alemán. Esa declaración era la siguiente:

En nombre de todo el pueblo de Alsacia-Lorena,

protestamos contra el abuso de que nuestro país es víctima y que se ha cometido por medio de la fuerza. . . . Los ciudadanos que tienen alma e inteligencia no son meras mercancías que se pueden vender, o con los cuales uno puede traficar.

El contrato en virtud del cual se verificó la anexión alemana es nulo y sin efecto. Un contrato es solamente válido cuando las dos partes contratantes tienen plena libertad para firmarlo. Francia no era libre cuando firmó ese contrato. Por lo tanto nuestros electores quieren que digamos que nosotros no nos consideramos obligados por tal tratado y desean que nuevamente afirmemos el derecho que tenemos de disponer de nuestras propias personas."

Deseo llamar la atención del lector hacia dos frases de estas protestas:

"Europa no puede permitir que se apoderen de un pueblo como si fuera un rebaño de ovejas," escribieron los diputados de 1871. "El pueblo no es mera mercancia para que pueda ser vendido o con el cual se pueda traficar," proclamaron los diputados de 1874. Pues bien se verá que casi palabra por palabra, la misma idea se expresa en el mensaje del Presidente Wilson

al Congreso cuando escribió: "No existe en ninguna parte el derecho de trasferir a los pueblos de soberanía a soberanía, somo si fueran mera propiedad."

Ese derecho no existe y es porque ese derecho fué violado de terrible manera en 1871 que Francia desea que se le restituya Alsacia-Lorena. Es debido a que en 1871 el derecho fué violado que actualmente se quiere que ese derecho quede restablecido.

Hay algunas personas que hablan de un plebiscito. ¿Para que un plebiscito? ¿Qué hubo un plebiscito en 1871? ¿Y cómo podría llevarse a efecto tal plebiscito? ¿Como podría incluirse en ese plebiscito los centenares de miles de alsacianos que han huido para no soportar el dominio aleman? ¿Como se podría excluir de ese plebiscito a los centenares de miles de alemanes que se han establecido en Alsacia?

Mulhouse si dió su plebiscito en 1798. ¿Y qué se obligará a esa ciudad a que haga una nueva votación? ¿Y cuantas veces se le obligará a emitir su voto en favor de Francia? El plebiscito

se llevó a efecto en toda la Alsacia-Lorena en 1871 y 1874 por medio de sus diputados electos, cuando protestaron unánimamente contra la anexión con Alemania.

Se emitió hace unos veinte años por medio del censo que los mismos alemanes llevaron a efecto en Alsacia. Según ese censo que se verificó en 1895, y a pesar de la prohibición que existía contra la enseñanza del francés en las escuelas públicas, había 160,000 personas en Alsacia que hablaban francés. Y cinco años después en 1900, según otro censo, había 200,000 personas en Alsacia que hablaban el francés; y de esas 200,-000, más de 52,000 eran niños.

Verificóse también tal plebiscito por los alsacianos que, antes de la guerra, ingresaron en el ejército francés y obtuvieron grados de oficiales. Según la estadistica oficial del Departamento de Guerra de Francia, había en 1914 en el ejército francés 20 generales, 145 oficiales de alta graduación y 400 meros oficiales de origen alsaciano; mientras que en el ejército alemán en 1914 no había más que 4 oficiales de origen alsaciano.

Y finalmente se verificó ese plebiscito solamente un año antes de la guerra actual en 1913, cuando Herr von Jagow, que era entonces Perfecto de Policía en Berlín, hizo la siguiente extraordinaria declaración: "Nosotros los alemanes nos vemos obligados a conducirnos en Alsacia como si estuvieramos en un país enemigo. . . ." ¿Qué mejor plebiscito desearía uno que éste confesión hecha por un estadista alemán?

Además, la cuestión de Alsacia-Lorena no es sólo cuestión francesa, sino también cuestión internacional. No es sólo Francia que ha jurado solemnemente que tiene que recobrar a Alsacia-Lorena, sino también todos los Aliados han jurado con igual solemnidad a Francia que ella debe recobrarla.

"Tenemos la intención de apoyar a la democracia francesa hasta la muerte," declaró solemnemente Mr. Lloyd-George el 5 de enero de 1918, "Con respecto a su demanda de que se debe reparar el gran agravio cometido en 1871, cuando, sin tomar en consideración los deseos del pueblo, dos provincias francesas fueron arrancadas del

lado de Francia e incorporadas al Imperio alemán."

Y, tres días después, casi empleando las mismas frases, el Presidente Wilson en su luminoso mensaje al Congreso dijo: "*El agravio hecho a Francia por Prusia en* 1871, *con respecto a Alsacia-Lorena, que ha perturbado la paz del mundo durante cerca de cincuenta años debe repararse, a fin de que pueda nuevamente imperar la paz y estar asegurada para los intereses de todos.*"

Todos los estadistas que han hablado desde el principio de la guerra en nombre de las Potencias Aliadas, han declarado que esta guerra no es una lucha solamente en pro de la libertad de las naciones y para que se respeten debidamente las nacionalidades, sino también como un esfuerzo para conseguir una paz permanente. Sus palabras fueron muy adecuadas y dieron lugar al entusiasmo de los que las escucharon, y sirvieron para fortalecer sus deseos de sacrificarse, porque eran la expresión verdadera de sus sentimientos y oraciones. Si los que las dijeron las han olvi-

dado, los que las oyeron las recordarán y mantendrán incólumes en su memoria.

Winston Churchill dijo en septiembre de 1914: "Deseamos que por medio de esta guerra se reconstruya el mapa de Europa, según el principio de las nacionalidades y de los verdaderos deseos de los pueblos que viven en los territorios disputados. Después del derramamiento de tanta sangre deseamos obtener una paz que liberte las razas y restablezca la integridad de las naciones. . . . Pongamos punto final a las armamentos, al temor de la tensión, de las intrigas y de la amenaza perpetua de la terrible crisis actual. Debemos reglamentar los conflictos europeos de modo que sean justos e equitativos." La Républica Francesa, de entero acuerdo con los Aliados, proclamó por medio de sus representantes debidamente autorizados, que esta guerra es una guerra de rescate ó liberación. "Francia," dijo M. Stephen Pichon, Ministro de Relaciones Exteriores, "no depondrá las armas antes de que haya desecho al militarismo prusiano, para poder después reconstruir una Europa regenerada bajo

la base de la justicia." Y M. Paul Deschanel, Presidente de la Cámara, dijo también: "Los franceses no sólo están defendiendo su territorio, sus hogares, las tumbas de sus antepasados, sus memorias sagradas, sus primorosas obras del arte y de la fe y todo lo bello, juto y hermoso que su genio ha creado; están también defendiendo el respeto de los tratados, la independencia de Europa y la libertad humana. Queremos saber si todos los esfuerzos de la conciencia humana durante tantos siglos sólo nos van a llevar hacia la esclavitud, si se pueden tomar, trasladar y guardar como rebaño del otro lado de una frontera a un millón de hombres, a quienes se les condena a combatir en favor de sus conquistadores y dueños en contra de su propio país, de sus familias y de sus hermanos. . . . Quiere el mundo gozar al fin de nueva vida, Europa quiere respirar y las naciones tienen la intención de disponer de si mismas según su libre albedrio."

Estas promesas se deben cumplir. Pero sólo se cumplirán cuando Alsacia-Lorena la Bélgica de 1871, como la denomina el rabino Stephen

Wise—haya sido devuelta a Francia. Entonces, y sólo entonces, tendremos una paz verdadera. Entonces y sólo entonces, el "Testamento" de Paul Derouléde se habrá cumplido:

"Cuando nuestra guerra victoriosa haya terminado,
Y nuestro país haya restablecido su rango,
Entonces con los males que la guerra trae trás de ella
Desaparecerá el odio que acompaña al conquistador.

"Entonces nuestra gran Francia, llena de cariño y sin venganza,
Sembrará fructífero grano bajo sus nuevos laureles,
Recibirá al Trabajo, padre de la Fortuna,
Y elevará sus cánticos a la Paz, madre de grandes hechos.

"Y esa misma Paz serena, quieta y terrible,
Destruirá las armas, y elevará al intelecto;
Porque nosotros nos presentaremos como conquistadores justos,
Que sólo tomamos aquello de que fuimos robados.

"Y nuestra nación ya cansada de duelos,
Consolará a los vivientes y ensalzará a los muertos,
Y para siempre ya no oiremos la palabra batalla,
Y nuestros hijos aprenderán a olvidar el odio."

Asi como Francia no aceptará la paz sin que haya una debida restitución, ella tampoco aceptará la paz sin que haya una reparación adecuada.

Alemania nunca podrá reparar toda la ruina, toda la destrucción, todo el sacrilegio que ella ha llevado a efecto. No puede haber reparación de la Catedral de Reims, de la Casa Municipal de Arras, de la muerte de miles de seres inocentes, del asesinato de mujeres y niños.

Pero se pueden reparar las fábricas cuya maquinaria se ha destruído. Se pueden devolver los tesoros de arte que, contra toda ley y contra todo derecho, se han llevado a su país. Y se podrá devolver el dinero indebidamente robado de las cajas de las municipalidades, de los bancos, de las sociedades públicas. También se pueden pagar los recibos que ellos mismos han firmado a cambio de efectos que obligaron a los particulares les fueran entregados.

Todos los castillos del norte de Francia, como el del príncipe de Monaco, el de M. de Balny d'Avricourt, el de Coucy, han sido deteriorados y arruinados: muebles antiguos, notables cuadros,

esculturas de mármol, tapices históricos, todo eso se han llevado a Alemania: esos tapices, esas esculturas, esos cuadros, esos muebles deben regresar de Alemania. Se llevaron las colecciones de arte y de ciencia de los museos de San Quintin y de Lila, y esas colecciones deben ser devueltas. Extrajeron las bombas, los últiles y los carros de algunas fábricas: deben reemplazarse con otros carros, con otras bombas, con otros útiles. Si esto no se hiciera, no se podría impedir que en lo futuro otras expediciones fueran a robar en otros países. Un golpe de mano atrevido que se verificara en Venecia podría permitir a aleves manos que se llevaran las más bellos ejemplares de las artes de la humanidad, y un desembarco oportuno en las costas de Long Island o New Jersey podría resultar en el robo del museo Metropolitano.

En Ham, cerca del Somme, por una mañana en 1914, el Gran Duque de Hesse, hermano de la ex-Emperatriz de Rusia se presentó en el despacho de un anticuario y escogió una colección de jarros y curiosidades antiguas, y dió órdenes

para que fuera llavada inmediatamente a su casa. El dueño creyó deber indicar el precio de todo aquello:

"El precio," exclamó el Gran Duque, "yo no tengo nada que pagar, pues todo esto me pertenece."

Al protestar el comerciante, alegaba su derecho de propiedad:

"Vaya," dijo el Gran Duque, "tenga usted su paga."

Y le dió su tarjeta con las palabras: "*Vale por tantos francos*" y su firma.

Esos francos anotados en la tarjeta del Gran Duque de Hesse deben ser pagados después de la guerra, como también deben ser pagados las milas órdenes de entrega de distintos artículos firmadas por personajes de menos gran importancia, por gobernadores, generales, coroneles, comandantes, que han podido robar con impunidad en toda Bélgica y el norte de Francia, a cambio de algunos pedazos de papel.

Se impusieron contribuciones de guerra exhorbitantes que ascendían a billones de francos,

a las grandes ciudades de Lila, Roubaix, Tourcoing, Laón, Mezieres, en directa oposición al derecho internacional y violando la Convención de La Haya. Ese dinero que fué indebidamente cobrado, deberá ser devuelto. No debe haber indemnizaciones: eso bien se comprende, eso es enteramente justo. Y es por eso cabalmente, porque no debe haber indemnizaciones, que las indemnizaciones que ya se han percibido deben ser devueltas.

Y finalmente asi como con respecto a la Francia no puede haber paz sin restitución ni reparación, tampoco puede haber paz sin garantías.

Aquí llegamos a uno de los puntos más delicados y más complejos, porque nos enfrentamos con la famosa Sociedad de las Naciones. Uno de los espiritus más nobles y generosos de esta época, una de las más grandes figuras de esta guerra, el Presidente Wilson, es el que emitió si no la idea, al menos las palabras que la describen. . . . Y esas palabras han despertado en todos los corazones ya cansados de la carnicería y del asesinato, una grandísima esperanza, como

siempre despiertan todas las palabras de bondad, de libertad, de fraternidad, que evocan los propósitos supremos que abriga la humanidad. Esas palabras no solamente han hecho impresión en los corazones, ellas han hecho impresión en los pensamientos. Han hecho brillar en virtud de si mismas una luz de verdad que diariamente será mas y más intensa,—la idea de que el mundo civilizado no será un mundo civilizado sino hasta que se haya amoldado y tallado al igual de una nación civilizada. En una nación civilizada nadie tiene el derecho de matar, nadie tiene el derecho de hacerse justicia por la fuerza, nadie tiene el derecho de cometer atropellos en las calles, nadie tiene el derecho de tener a sus órdenes a cuadrillas de hombres armados que fusilen, cañoneen o asfíxien a otra gente, existen tribunales para resolver las disputas y poner fin a los conflictos; cada ciudadano se asocia a los otros ciudadanos en pro de una labor común de seguridad y de progreso. De la misma manera en un mundo civilizado ninguna nación debería tener el derecho de asesinar, ninguna nación deberia tener el

derecho de recurrir a la violencia para conseguir lo que crea le era debido; ninguna nación debería tener el derecho de atacar, destruir o atropellar a otra: deberían existir tribunales para resolver las dificultades existentes entre los pueblos como las hay para resolver las dificultades existentes entre los individuos. cada nación debería asociares con las demás naciones para asegurar el progreso de todo el globo terrestre.

Esta teoría no sólo es atrayente: es también irrefutable. Pero según la práctica que existe en esta tierra, las teorias más solidamente justas y verdaderas, las teorías que han quedado demostradas científicamente, tropiezan con obstáculos que son difíciles de vencer y que a veces son invencibles.

El Presidente Wilson que no solamente es un gran jurisconsulto y un noble idealista, pero que también tiene el genio adecuado para la realización de las cosas, lo que es el rasgo caracteristico de toda América, no ha dejado de comprender las dificultades con que tropezaria para su aplicación la Sociedad de las Naciones. Y aunque

en cada uno de sus mensajes, ha insistido con un vigor mayor cada día más y más el elocuente acerca de la necesidad de abordar este problema, no ha dado jamás una solución detallada de él. Pero ha hecho mucho más: pues ha descartado a algunos teóricos que hubieran hecho imposible la realización del plan. En su inmortal mensaje de la declaración de guerra de abril de 1917, declaró formalmente que: "No se puede fiar en la buena fe de un gobierno autócrata dentro de una sociedad de naciones o para el cumplimiento de sus compromisos. Debe ser una liga de honor, una sociedad de opinión, y la intriga carcomeria sus partes vitales; los complots de los círculos interiores que iniciarian sus proyectos, de los cuales nadie sería responsable, constituirian un verdadero veneno que paralizaria su corazón. Sólo los pueblos libres pueden dar cumplimiento a sus propósitos y honrosamente seguir su camíno hacia el fin común, y anteponer los intereses de la humanidad a cualquier interés mezquino que fuera suyo propio."

Estas frases admirables están plenas de verdad

y de profunda filosofía; son frases que mercerian grabarse en el granito. Asi pues no debe existir ninguna autocracia en la Sociedad de las Naciones, asi pues ni la Alemania militarista ni la Austria imperial pueden tomar parte en la Sociedad de las Naciones. Asi pues no debe existir una sociedad universal de las naciones, sino únicamente una sociedad limitada, una sociedad de democracias.

Algunos comentadores improvisados no han observado ni la misma prudencia ni la misma lógica que el Presidente Wilson. Se han apartado muy lejos, muy allá de la verdad. Han alterado el texto, como les sucede con frecuencia a todos los comentadores. Han deseado erigir de un golpe la Sociedad de las Naciones que sólo existe en embrión. Lo único que han conseguido es demostrar cuan difícil es erigirla y sólo han logrado formar un castillo de naipes que caerá bajo la primera ráfaga de viento.

Por ejemplo, veamos como uno de los más eminentes socialistas franceses, persona que ha dado pruebas de experiencia práctica y de ver-

dadero talento, M. Albert Thomas, que fué Ministro de Municiones, nos describe la Sociedad de las Naciones:

"Supongamos," escribía él el 25 de diciembre de 1917, "supongamos como dicen los matemáticos, que el problema ha quedado resuelto. Imaginémonos que la Sociedad de las Naciones, de todas las naciones, se hubiese creado por común acuerdo en 1910 o en 1912. ¿Que habría sucedido? Después del asesinato del Archiduque, el tribunal de la Haya, o puede ser el de Wáshington, habría iniciado una averiguación sobre los hechos referentes al asesinato. Se habrían dictado algunas medidas. Y si Austria, no satisfecha de eso, hubiera invadido a Serbia, por venganza o ambición, si Alemania se hubiera juntado con ella, entonces todas las demás naciones unidas, cumpliendo con sus deberes, se habrían ligado y tomado parte en la lucha contra los imperios centrales para obligarlos a respetar la libertad y la integridad de la pequeña Serbia. Porque no puede existir ninguna regla sin sanción. Jamás podrá ser posible que exista el

derecho internacional si no existe también, para apoyar a ese derecho "la fuerza organizada, superior a la fuerza de cualquier nación o de toda alianza de cualesquiera naciones" de que habla el Presidente Wilson.

"Si la Sociedad de las Naciones hubiese existido en 1914 y si Alemania hubiese infringido sus reglamentos, todo el mundo hubiera apelado a la *sanción militar*, por medio de la guerra y a la *sanción económica*, por medio del bloqueo, privándola de las materias primas. Todo el mundo hubiera combatido contra ella y contra sus aliados. Y para que la Sociedad de las Naciones continuara su existencia, para que el régimen del derecho que apenas se ha iniciado pudiese subsistir, se hubiera necesitado, como ahora, obtener la victoria por parte de los Aliados. Mr. Lloyd-George, y el Presidente Wilson, dirian como hoy dicen: 'No puede haber Sociedad de las Naciones sin que se obtenga la victoria.'

"La diferencia habria sido, si es que existiese, es que en 1914 al darse un fallo en virtud de los hechos presentados ante el tribunal común de las

naciones, ese fallo no permitiria y haria imposible la discusión sobre si Alemania había cometido una violación del derecho, o sobre la responsabilidad de la guerra.

"La diferencia es que en lugar de verse a los neutrales dudosos e intimidados por la fuerza alemana, inquietos debido a las mentiras alemanas y uniendo sus fuerzas a los Aliados uno por uno, sólo cuando llegaron a comprender verdaderamente de qué lado estaba el derecho, se les habria visto a todos desde el primer día tomar parte en la lucha, para dar cumplimiento a los compromisos contraidos y no solamente en virtud de un deber moral o de sus propios intereses.

"En fin la diferencia es que habiéndose definido con claridad los derechos de los pueblos, ya nunca existiria en ningún momento la incertidumbre ni la discusión sobre los propósitos de la guerra.

"Y no es de dudarse que la actual situación de la guerra habria sido en tal virtud muy diferente de lo que es en la actualidad."

He hecho esta cita íntegra para que se conozcan los argumentos del autor en toda su extensión.

Pero, Díos mio, ¿qué no se nota la falsedad de los argumentos, qué no se percibe que este rascacielos hecho de cemento armado es en realidad una columna de cartón que puede caer en virtud de la primera ráfaga de viento?

Desde luego, al leer las primeras líneas, notamos que el constructor de la Sociedad de las Naciones admite la hipótesis de que se inicie una guerra y supone que todas las naciones asociadas tomarian parte en esa guerra contra otra nación. Por lo tanto siempre habrá guerras a pesar de la Sociedad de las Naciones, y no habrá garantías de paz absoluta aunque existiera la Sociedad de las Naciones.

En seguida se nos da a entender que en caso de un conflicto, todas las naciones asociadas tomarían parte en la guerra desde luego, sin titubear, sin tardanza, sin discusión, contra el pueblo que perturbara la paz del mundo. ¿Qué estamos seguros de que surgiría tal unanimidad? ¿Qué estamos seguros de que no habría alguna lentitud, alguna falta de energía? ¿Y aun admitiendo que no lo hubiera, qué estamos seguros de que se

pudieran impedir algunas catástrofes irremediables? Para seguir discutiendo el ejemplo presentado por M. Albert Thomas, con referencia a la guerra de 1914, supongamos que para entonces ya se hubiese establecido una Sociedad de las Naciones, y que Inglaterra hubiese tenido un ejército, y que los Estados Unidos también hubiesem tenido un ejército, y que los ejércitos anglo-americanos no hubiesen perdido ni un sólo día ni una sola hora, ¿qué puede asegurarse que habrian impedido a los alemanes estar el 7 de agosto bajo los muros de Lieja, el 19 de agosto en Bruselas y el 2 de septiembre cerca de París? ¿Y si actualmente Francia, Inglaterra, los Estados Unidos, Italia, el Japón y las cuatro quintas partes del mundo a pesar de los tesoros de heroismo y esfuerzos, no han podedo lograrlo, que puede ser posible que la simple unión de Holanda, de Suiza y aun de España lo hubiera podido conseguir?

"La diferencia," nos dice todavía M. Albert Thomas, "es que ya no sería posible que surgiera una discusión respecto de la violación de derecho

cometida por Alemania y sobre la responsabilidad de la guerra. ¿Estamos bien seguros de eso? ¿Cómo es que en 1914 pudo surgir la discusión sobre la violación de derecho cometido por Alemania con respecto a Bélgica? ¿Qué no se sabe bien que el 4 de agosto de 1914, la misma Alemania, ante el mundo entero confesó tal violación cuando con Bethmann-Hollweg desde la tribuna del Reichstag, cínícamente declaró: "*Acabamos de invadir a Bélgica. . . . Si sabemos que esto es en oposición al derecho internacional; pero tuvimos que hacerlo impulsados a ello por la necesidad; y la necesidad no reconoce ninguna ley.*" ¿Que fallo del tribunal internacional podria tener tanto peso como esta confesión que surgió de los labios del culpable? Y sin embargo el mundo no se movió, el mundo no se ha alterado, el mundo no se ha levantado en masa. ¿Y quien puede garantizar que otra vez cuando el caso sea menos flagrante, cuando el crimen sea puede ser menos claro, cuando el agresor pueda ser menos cínico, que el mundo temblará y se levantara en masa?

¿Y está uno seguro de poder determinar siempre el origen de una guerra y sus responsabilidades? ¿Está uno seguro de esclarecer pronto los hechos y de hacer desde luego brillar la verdad ante un tribunal de arbitraje internacional? ¿Puede uno estar seguro de que cada vez habrá una unanimidad entre los jueces? . . . Vamos a tomar por ejemplo la última guerra balkánica, la de 1912. ¿Es posible ahora, después de unos seis años, establecer con certeza su origen y resolver sin titubear quienes fueron responsables de ella? ¿Es posible asegurar que un aerópago, compuesto de jurisconsultos americanos, europeos y asiáticos, emitiría un voto unánime condenando a Turquía y absolviendo a Bulgaria? ¿Y mañana, si repentinamente Ukraina se echara sobre la Républica del Don, o si la Finlandia invadiera a Rusia, podría uno verdaderamente estar en posición de dar, por medio de nuestra corte internacional un fallo dentro de unos cinco dias, y si Suecia toma parte en favor de Finlandia y Alemania en favor de Rusia, como podria uno garantizar que la Républica Argentina, el Japón,

Australia, y en aun la misma Francia consintiesen en mobilizar sus fuerzas de mar y tierra para arreglar una disputa de fronteras sobre el Neva? ¿Cómo podría uno garantizar que cada guerra de cada una de las républicas eslavas daria por resueltado preciso la mobilización del mundo entero? . . .

¿Y cómo puede uno estar seguro de que la idea de la Sociedad de las Naciones sea un plan enteramente nuevo? ¿Puede uno estar seguro de que antes de la guerra actual no hubiese existido una Sociedad de las Naciones? ¿Qué no ha oido uno decir que el 15 de junio de 1907 en La Haya, cuarenta y cuatro naciones del mundo civilizado (y Alemania entre ellas), se reunieron para formar tal sociedad? ¿Qué no ha oido uno hablar de un contrato social que entonces se firmó y que, según el mismo texto, que estaba en el encabezado del contrato, tenía por objeto el "fijar las leyes y costumbres de la guerra terrestre"? ¿Qué no ha leido uno jamás ese contrato y recorrido los sesenta y tantos artículos, que en la actualidad, en vista de los horrores sin nombre

que estamos presenciando, tienen un interés prodigioso de actualidad?

Vamos a examinar en su conjunto esos artículo y veamos también cual es la aplicación que se les ha dado:

El artículo 4 prescribe que *"los prisioneros de guerra deben ser tratados humanamente. Todos sus bienes personales, excepto las armas, los caballos y los documentos militares, quedarán como propiedad suya."* Pues bien, todos los prisioneros que ha hecho Alemania, sin ninguna excepción, han sido privados de su dinero, de sus carteras, de sus sortijas, de sus joyas, de sus espejuelos.

El artículo 6 dice que *"el Estado puede emplear como trabajadores a los prisioneros de guerra,"* pero tiene el cuidado de estipular *"que el trabajo no debe ser excesivo y que no debe relacionarse de ninguna manera con las operaciones de la guerra."*

El artículo 7 dice que *"los prisioneros de guerra deberán ser tratados en cuanto a lo que refiere a su alimentación, alojamiento y ropa de la misma manera que las tropas del gobierno que los ha capturado."* Los alemanes han violado cada uno de estos artículos desde el principio de la guerra. Después de la batalla del Marne, cuando las tropas francesas de

Joffre avanzaron y llegaron a Aisne, encontraron a ciudadanos franceses de la clase civil que habían sido hechos prisioneros por los alemanes y obligados por ellos a trabajar en las trincheras. Además en un informe oficial que emitió M. Gustave Ador, Presidente de la Cruz Roja Internacional, y que en la actualidad es miembro del Consejo Federal de Suiza, llamó la atención de los beligerantes desde octubre de 1914, hacia el mal trato que sufrían los prisioneros franceses en Alemania. A cada oficial francés que estaba preso se le daba un sueldo de cien marcos por mes, lo que no era más que la mitad del sueldo de un oficial inferior.

Los artículos 23, 25, 27 y 28 son tan interesantes que se deben citar en su totalidad:

Artículo 23. *Además de las prohibiciones que están incluidas en convenciones especiales, queda prohibido especialmente:*

(a) *Emplear veneno o armas venenosas.*

(c) *Matar o herir a un enemigo que haya depuesto sus armas, o que ya no tenga medios de defenderse y se haya rendido a discreción.*

(d) *Declarar que no se dará cuartel.*

(e) *Emplear armas, proyectiles o material que puedan ocasionar sufrimientos innecesarios.*

(f) *Hacer uso impropio de una bandera de*

suspensión de hostilidades, del pabellón nacional o de las insignas militares y uniformes del enemigo, como también de las divisas y distintivos de la Convención de Ginebra.

(g) *Destruir o secuestrar propiedad del enemigo, a menos que esa destrucción o ese secuestro sean imperiosamente necesarios o indispensables para la guerra.*

(h) *También se le prohibe a un beligerante que obligue a los nacionales del partido opuesto a que tomen parte en las operaciones de la guerra que se lleven a efecto contra su propio país, aun en caso de que estuvieran en servicio del beligerante antes del principio de la guerra.*

Artículo 25. *El ataque o el bombardeo, verificados de cualquier manera, de las ciudades, poblaciones, casas o edificios que no están defendidos quedan prohibidos.*

Artículo 27. *En los sitios y bombardeos se tomarán todas las medidas necesarias para que no sufran, en cuanto sea posible, los edificios dedicados a la religión, a las ciencias y artes, para fines caritativos, los monumentos históricos, los hospitales y los lugares en donde estén refugiados los enfermos y los heridos, con tal de que no estén empleados en esos momentos para fines militares.*

Artículo 28. *Se prohibe el saqueo de una población o lugar, aunque fueran tomados por asalto.*

Parece que los delegados de La Haya, cuando escribieron esos artículos, tenían el presentimiento de las barbaridades que en lo futuro se cometerían en la guerra y que trataban de impedirlas. Vamos a ver cual fué el éxito de sus disposiciones.

Se prohibió que se empleara el veneno o las armas envenenadas. Hace poco durante la primavera pasada cuando los alemanes evacuaron algunos lugares en el norte de Francia, se encontraron en los bolsillos de algunos prisioneros alemanes o de los muertos, unas instrucciones que provenían del Cuartel General alemán, y esas instrucciones indicaban que se debían envenenar las aguas de los pozos: "Tal y tal soldado," decían las instrucciones, "tendrán a su cargo los pozos y echarán en ellos una cantidad suficiente de veneno o creosote, o a falta de esto, toda la inmundicia de que puedan echar mano." Estaba prohibido el que se declarara que no se daría

cuartel. Y a pesar de eso en la orden del dia, expedida el 25 de agosto de 1914 por el general Stenger, que tenía a su mando la brigada alemana del Cincuenta y ocho, y que dirigió a sus tropas, decía: "Después de esta fecha no se tomaran más prisioneros Debe matarse a todos los prisioneros. Todos deben ser muertos, aunque estén heridos o sin armas. Deben ser matados aun los prisioneros que actualmente van en grupos que son llevado a la carcel. No debe dejarse ni un sólo enemigo viviente a retaguardia de nosotros."

Se prohibia que se saquease una población o lugar, aunque fueran tomados por asalto. Y en el cadáver del soldado raso alemán Handschumacher (del Onceno Batallón de Jagers de la Reserva) en los primeros días de la guerra, se encontró la siguiente anotación en su diario: "Agosto 8 de 1914. Gouvy (Bélgica). Allí, como los belgas habían tirado sobre los soldados alemanes, desde luego saqueamos la estación. Nos llevamos algunas cajas, huevos, camisas y todos los comestibles, Volamos la caja de hierro

y se dividió el dinero entre los soldados y se rompieron todos los documentos mercantiles."

En verdad, el saqueo y los robos se verificaron en tan grande escala durante los primeros meses de la guerra, que se enviaban cantidades fuertes de dinero de Francia y Bélgica a Alemania. Un periódico alemán el *Berlin Tageblatt*, de 26 de noviembre de 1914, lo confesó indirectamente, pues en un artículo técnico sobre la tesorería militar ("*Der Zahlmeister im Felde*") dice: "Es curioso notar que más libramientos de pago se envían del teatro de operaciones al interior del país que *vice versa*."

El artículo 50 de esta Convención de La Haya, prescribe que "*no se impondrá ninguna pena pecunaria o de otra clase, a la población a causa de los actos de individuos por los cuales no pueden ser considerados responsables por separado y de conjunto.*" Se debe colocar al lado de este artículo un extracto que reproducimos de la proclama del general von Bülow, que se fijó en Lieja el 22 de agosto de 1914: "Los habitantes de la población de Andenne, después de haber pro-

testado sus intenciones pacíficas, sorprendieron nuestras tropas a traición. Con pleno consentimiento mío el general que tenía el mando de ese lugar lo hizo quemar todo y fusiló a unos cien individuos." Además aqui insertamos un extracto de la proclama del jefe militar Dieckmann, que se fijó en Grievgnee el 8 de septiembre de 1914: "Cualquiera que no obedezca la voz de mando dada de 'levanten las manos,' sera culpable y castigado con la pena de muerte." Y finalmente insertaremos aquí un extracto de una proclama del Mariscal Barón von der Goltz que se fijó en Bruselas el 5 de octubre de 1914: "De aquí en adelante todos los lugares cerca de aquel en que se hayan verificado tales actos (destrucción de vías ferrias o alambres de telégrafos)—ya sean o no culpables—serán castigados sin misericordia. Con tal objeto ya se han traido los rehenes de los lugares de las vías ferreas que están expuestas a tales ataques, y desde luego que se trate de destruir las vías ferreas o los alambres de telégrafo o de teléfono, serán fusilados en el acto."

El artículo 56 de la Convención de La Haya prescribe que *"la propiedad de las municipalidades, la de los establecimientos dedicados a la religión, caridad y educacion, a las artes y ciencias, serán tratados como si fueran propiedad particular. Todo secuestro, destrucción o deterioro intencional hechos a establecimientos de esa clase, a los monumentos históricos, a las obras de artes y ciencias quedan prohibidos y podrá averiguarse por medio de procedimientos legales."*

Cuatro nombres, que se recordáran eternamente, son suficiente contestación a ésto: son Reims y su catedral, Louvain y su biblioteca, Arras y su casa municipal, Ipres y su campanario.

Durante el curso de esta guerra Alemania ha repudiado su propia firma en más de cien ocasiones, y también ha faltado a su palabra siempre que la ha dado. No es sólo que Alemania se haya demostrado perjura con respecto a los beligerantes, sino también con respecto a las cuarenta y cuatro naciones que firmaron la Convención de La Haya. Y a pesar de eso nunca hemos oido decir que una sola de esas naciones haya pro-

testado. Ese acto social ha sido despedazado y ninguno de los que se adherieron a él han hecho la más ligera observación.

¿Qué la próxima Sociedad de Naciones va a establecerse bajo esos mismos principios? ¿Qué la próxima Sociedad de Naciones formulará artículos parecidos a los de la sociedad de La Haya? ¿Será posible que la futura Sociedad de las Naciones acepte entre sus miembros a ese mismo imperio alemán que en 1914 la nulificó? ¿Es posible que el futuro pacto de la próxima Sociedad de las Naciones sea sólo un mero pedazo de papel, como lo fué el convenio de 1907?

Aqui termino mi interrogatorio. En ciertos casos es suficiente formular ciertas preguntas para recibir ciertas respuestas. Basta presentar muy de cerca ciertos problemas para comprender desde luego la dificultad de su resolución.

Indudablemente la Sociedad de las Naciones llegará a existir alguno de estos dias. Es de esperarse que asi sea para honra de la humanidad. Pero no será ni en un día, ni con un discurso, ni con un artículo que se llegará a establecer.

Según la bella frase de M. Clemenceau, no se puede erigir el Derecho mientras que todo el mundo esté regido por la violencia. Para que el Derecho llegue a reinar, es indispensable ante todo que la violencia sea derrocada y destruida.

No se podrá destruir la violencia alemana por acuerdos internacionales en que Alemania tome parte. Pues uno debe recordar desde luego el tratado firmado por Alemania que garantizaba la neutralidad de Bélgica. Uno debe recordar los tratados de La Haya firmados por la misma Alemania. ¡Desdichados aquellos que no quieran recordarlos! ¡Verdaderamente locos son los que no quieren aprovecharse de la experiencia de los hechos! La violencia alemana no quedará destruida sino por acuerdos internacionales en que Alemania no tome parte y que pondrán ápice a la violencia alemana, impidiéndole que pueda servirse de ella.

De esta manera no erigiriamos algo sobre la arena, pero más bien sobre un suelo tan sólido como el granito.

Alemania necesita para vivir de dos cosas: com-

prar en el exterior ciertos productos de primera necesidad, tales como la lana, de la cual en 1913 para hacer funcionar sus 116,000 fábricas de lana se vió obligada Alemania a importar 1,888,-481 quintales métricos, y como el cobre, del cual Alemania se vió obligada en 1913 a importar 250,000 toneladas, 200,000 toneladas de las cuales vinieron de América; y vender en el extranjero sus mercancias que como regla general tiene que venderlas en los países aliados. Si tomamos en consideración el conjunto del comercio exterior de Alemania en el periodo de 1903-1913 notaremos que sus exportaciones aumentaron de 6,400 millones de francos a 12,000 millones, o sea un aumento de más de cien por ciento.

Aquí tenemos, pues, la verdadera, la mejor, la única arma de los aliados para obligar a Alemania a que verifique el desarme. Nadie pide que la guerra económica continúe después de la guerra militar: pero se puede pedir a los Aliados que no depongan sus armas económicas hasta que Alemania deponga sus armas militares. Quiere decir que se puede pedir a los Aliados que no den

a Alemania lana, cobre y plata, si esta lana, este cobre y esta plata no van a utilizarse más que para alimentar la máquina de la guerra. Esta máquina de la guerra reportaba en la ley de presupuestos del Imperio de 1914 cerca de cuatro cientos millones de dólares. Supongamos que los Aliados dijeran a Alemania: "Mientras que tu tengas un presupuesto militar y naval de cuatrocientos millones de dólares, nosotros tendremos el sentimiento de no poder venderte ni cobre, ni lana ni te podremos comprar nada. Pero si tu reduces ese presupuesto en una mitad, nosotros estaremos listos para darte un millón de quintales métricos de lana y 125,000 toneladas de cobre e igualmente estaremos dispuestos a hacer compras en tu país por valor de un billón de dólares. Si tus presupuestos militar y naval se reducen a cero, aun haremos mucho más y estaremos listos para venderte y comprarte todo lo que desees y en cantidad ilimitada." Supongamos que los Aliados dijeran ésto a Alemania; supongamos que pusieran ésto en práctica, ¿qué eso no sería una

mejor garantía de paz que todas las convenciones y que todos los tribunales de arbitraje? . . .

Y entonces ninguno perturbará la paz del mundo, porque no podría hacerlo. Quedando por si sólo los pequeños estados balkánicos y eslavos no iniciarian grandes o largas guerras, puesto que el bandido aislado que se queda arrinconado en un bosque no puede poner en peligro por mucho tiempo la seguridad en las vías de comunicación de una provincia. Lo que se debe temer es el gran país bien preparado para la guerra, con maquinaria lista para hacerla, con todos sus planes bien ideados para llevarla a efecto, lo mismo que sucede y lo que es de temerse con respecto a la seguridad de una ciudad, cual es la asociación de malhechores que comprendan la mitad de los ciudadanos y dispongan de armas perfeccionadas. No puede haber paz duradera miestras quo no se haya destruido, pulverizado y reducido a la impotencia la máquina guerrera más terrible que jamás se haya conocido en el mundo. No será por medio del idealismo que se podrá romper esa máquina; eso se hará por

medios prácticos que se lleven a su realización. Pasteur no venció la rabia por medio de tratados y discursos: combatió el veneno con el veneno; inyectó el suero salvador en las venas del animal rabioso. Alemania es el animal rabioso, y es a Alemania a la que se debe inocular. Y después de eso ya será inoportuno dictar reglamentos de higiene para el mundo entero. Actualmente Alemania es el loco que debe ser curado o abatido, Alemania es el cáncer que se necesita extraer o que a no hacerlo, cundirá por todo el mundo.

Vivir o morir, he aquí de lo que se trata en pro de la Civilización y en pro de la Libertad. Las dos están a punto de perecer. Sujetas por la garganta se les ha oido el estertor de la agonía y se ha llegado a creer que ya no sobrevivirian. Actualmente se han levantado tan pálidas, tan lívidas y tan débiles que todavía puede uno temer por su existencia. Desgraciadas ellas, desgraciados nosotros si no llevamos a efecto medidas garantizadoras contra el monstruo que estuvo a punto de ahogarlas y de hacer retroceder al mundo hacia las tinieblas de la esclavitud.

APÉNDICES

Los siguientes documentos irrefutables, que se han seleccionado de entre miles de otros que la historia guardará en sus archivos, prueban mejor que cualquiera otra cosa como los alemanes entienden la guerra y la paz. Merecen incluirse en este volumen, porque demuestran porqué y contra que enemigo Francia está combatiendo.

APÉNDICE I

COMO LOS ALEMANES OBLIGARON A FRANCIA A COMBATIR

Cuando el Kaiser Guillermo II envió su contestación al Papa en septiembre de 1917, él declaró "que siempre había considerado como su principal y más sagrado deber el conservar los

beneficios de la paz para el pueblo alemán y para el mundo." Más recientemente, al cruzar por el campo de batalla de Cambrai, el Kaiser, según el corresponsal en la guerra del *Lokal-anzeiger* de Berlin, exclamó: "Dios sabe cuanto yo hecho para impedir esta guerra."

Un documento que dió a la publicidad M. Stephen Pichón, Ministro de Relaciones Exteriores de Francia, demuestra exactamente como en los últimos dias de julio de 1914, el Kaiser trató "de conservar los beneficios de la paz para el pueblo alemán y para el mundo" y lo que él hizo "para impedir esta guerra."

Hablando en la Sorbonne de Paris el primero de marzo de 1918, dijo M. Pichón:

"Estableceré por medio de documentos que el mismo día que los alemanes trataron con deliberación de que fuera inevitable la más terrible de las guerras quisieron deshonrarnos haciendonos cómplices cobardes en la red que tendieron a Europa. Comprobaré ésto dando a conocer un documento que el Canciller alemán, después de haberlo preparado, guardó cuidadosamente, y

ustedes verán porqué hizo eso con el más profundo misterio y dejándolo en los archivos más secretos.

"Sólo recientemente comprobamos su autenticidad y es imposible que se pueda negar su existencia. Lleva la firma de Bethmann-Hollweg (Canciller Imperial de Alemania al principio de la guerra) y la fecha de 31 de julio de 1914. En esa fecha von Schoen (Embajador alemán en Francia) recibió instrucciones por medio de un telegrama de su Canciller para que nos notificara del peligro que existía de que estallara la guerra con Rusia y para pedirnos que permanecieramos neutrales, dándonos un plazo de diez y ocho horas para enviar nuestra respuesta.

Lo que no se había sabido hasta hoy día era que el telegrama del canciller alemán que contenia estas instrucciones, terminaba con estas palabras:

Si el gobierno francés declara que permanecerá neutral, Vuestra Excelencia tendrá a bien declarar que exigiremos, como garantía de su neutralidad, que nos entregue las fortalezas de Toul y Verdún; las

que ocuparemos y se las devolveremos después de terminada la guerra con Rusia. La contestación a esta última pregunta debe llegar aquí antes de las cuatro de la tarde del sábado.

¡Asi es como Alemania deseaba la paz en el momento que ella declaraba la guerra! Asi demostraba su sinceridad al pretender que nosotros la obligamos a tomar las armas en su propia defensa. Ese es el precio que quieria obligarnos a pagar por nuestra bajeza, si hubiesemos tenido la infamia de repudiar nuestra firma, como Prusia repudió la suya al romper el tratado que garantizaba la neutralidad de Bélgica.

Se ha dicho que el anterior documento no había sido antes publicado y eso fué porque la clave no se había podido descifrar, y el Ministerio de Relaciones Exteriores de Francia sólo logró descifrar el documento hace pocos dias.

Además Herr von Bethmann-Hollweg confesó el 18 de marzo de 1918 que era exacta la cita de M. Pichon, y se contentó solamente con declarar que "sus instrucciones a von Schoen estaban justificadas."

APÉNDICE II

COMOS LOS ALEMANES TRATAN A UN EMBAJADOR

El siguiente documento se ha copiado del "Libro Amarillo de Francia" en su página 152:

De Copenhague

Libro Amarillo No. 155 de Francia

M. Bapst, Ministro francés en Copenhague a M. Doumergue, Ministro de Relaciones Exteriores:

Copenhague, Agosto 6 de 1914.

El Embajador francés en Berlín, M. Jules Cambón, me pide que comunique a Vuestra Excelencia el siguiente telegrama:

"He sido enviado a Dinamarca por el gobierno alemán. Acabo de llegar a Copenhague y vengo acompañado de todo el personal de la Embajada y

del Encargado de Negocios de Rusia en Darmstadt con su familia. La manera con que se nos ha tratado es de tal naturaleza que he considerado de mi deber dar a Vuestra Excelencia por telégrafo un relato completo de lo ocurrido.

"Por la mañana del lunes 3 de agosto, después de que yo había dirigido a Herr von Jagow, de acuerdo con las instrucciones de usted, una protesta en contra los actos de agresión cometidos en territorio francés por tropas alemanas, el Secretario de Estado vino a verme. Herr von Jagow vino a quejarse de algunos actos de agresión que él decía habían sido cometidos en Alemania, y sobre todo en Nuremberg y Coblentz por aviadores franceses, los que según él dijo 'habían venido de Bélgica.' Le contesté que yo no tenía los menores informes acerca de los hechos a los cuales él daba tanta importancia, y cuya improbabilidad me parecía enteramente óbvia; por mi parte le pregunté si había leido la nota que le había dirigido con respecto a la invasión de nuestro territorio por destacamentos del ejército alemán. Como el Secretario de Estado dijo que todavía no había leido esa nota, le expliqué su contenido, y le llamé la atención sobre el acto cometido por el oficial que estaba al mando de uno de los destacamentos que habían avanzado hasta el pueblo francés de Joncherey, a unos diez kilómetros dentro de nuestra frontera, y que había

matado a un soldado francés a quien él allí había encontrado. Después de dar mi opinión acerca de este acto, agregué:

"Debe usted estar de acuerdo de que bajo ningunas circunstancias puede haber comparación entre este acto y el vuelo de un aeroplano sobre territorio extranjero, que verifica un particular animado por ese espíritu de valor individual que tanto distingue a los aviadores.

"Un acto de agresión cometido en el territorio de un país vecino por destacamentos de tropas regulares bajo el mando de oficiales, tiene una importancia de diferente especie."

Herr von Jagow me explicó que no tenía ningún conocimiento de los hechos de que yo hablaba, y agregó que era difícil que no se verificasen acontecimientos de esta clase cuando dos ejércitos imbuidos de los sentimientos que animaban nuestras tropas se encontraban frente a frente en distintos lados de la frontera.

En estos momentos el gentío que se había agoplado en el Pariser Platz en frente de la Embajada y que podiamos ver desde la ventana de mi despacho, que estaba media abierta, lanzó gritos contra Francia. Le pregunté al Secretario de Estado que cuando se pondría término a esto.

"El gobierno todavía no ha tomado una determina-

ción definitiva" me contestó Herr von Jagow. "Es probable que Herr von Schoen reciba hoy mismo ordenes para pedir sus pasaportes y entonces usted recibirá los suyos." El Secretario de Estado me aseguró que no debía abrigar ninguna ansiedad con respecto a mi partida, y que se observarían todos los actos de cortesía reglamentarios con respecto a mi persona y al personal de mi misión. Como no nos íbamos a volver a ver nos despedimos, después de una entrevista que había sido cortés y que no podía hacerme preveer lo que iba a suceder.

Antes de que se fuera Herr von Jagow, le expresé el deseo de hacerle una visita en persona al Canciller, pues esa sería la última oportunidad de verlo.

Herr von Jagow me dijo que no me aconsejaba que llevara a efecto este propósito, pues la entrevista no daría ningún resultado y tendría que ser muy penosa.

A las seis de la tarde Herr von Langwerth me trajo mis pasaportes. En nombre de su gobierno se negó a acceder al deseo que le expresé de que se me permitiera viajar por Holanda o Bélgica. Sugirió que yo me fuera, ya sea por la vía de Copenhague, aunque no me podría asegurar libre pasaje por mar, o pasando por Suiza vía Constancia.

Acepté esta última vía; Herr von Langwerth me pidió que partiera lo más pronto que fuese posible

y debido a la necesidad que tenía de hacer mis arreglos con el Embajador español, que iba a encargarse de nuestros intereses, quedó convenido que verificase yo mi partida al dia siguiente, 4 de agosto, a las diez de la noche.

A las siete, o sea una hora después de que se había ido Herr von Langwerth, Herr von Lancken, que había sido Consejero de la Embajada en París, vino del Ministerio de Relaciones Exteriores para decirme que indicara al personal de la Embajada la conveniencia de que dejaran de comer en los restaurants. Esta orden era tan estricta, que el día siguiente, martes, tuve que apelar a la autoridad del Wilhelmstrasse para conseguir que el hotel Bristol nos enviara nuestra comida a la Embajada.

A las once de la misma noche, lunes, Herr von Langwerth regresó para decirme que su gobierno no permitiría que regresaramos por la vía de Suiza, pretestando que nos tomaría tres dias y tres noches para hacer el viaje por Constancia, y me notificó que nos enviarían por la vía de Viena. Sólo convine en este cambio bajo protesta, y durante la noche escribí la siguiente carta a Herr von Langwerth.

"Berlín, Agosto 3 de 1914.

"Señor Barón:

"He estado pensando acerca de la vía para mi

regreso a mi país, respecto de la cual vino usted a hablarme esta noche. Usted propone que yo me vaya por la vía de Viena. Correría el riesgo de quedarme detenido en esa ciudad, ya no sea por algún acto del gobierno austriaco, pero al menos debido a la mobilización de tropas que da lugar a graves dificultades parecidas a las que existen en Alemania en cuanto al tránsito de los trenes.

"En virtud de tales circunstancias, tengo que pedir al gobierno alemán de que me prometa bajo su honor, de que el gobierno austriaco me enviará por la via de Suiza, y de que el gobierno Suizo no cerrará su frontera con respecto a mi persona y a la de las demás que me acompañan, pues se me ha asegurado que esa frontera ha sido cerrada definitivamente para los extranjeros.

"Por lo tanto no puedo aceptar la proposición que usted me hizo, a menos de que tenga la seguridad que solicito, y a menos que se me garantice que no seré detenido por varios meses fuera de mi país.

"Jules Cambon."

Como contestación a esta carta, Herr von Langwerth me dió a la mañana siguiente, agosto 4, la promesa por escrito de que las autoridades

de Austria y Suiza habían recibido comunicaciones con el fin indicado.

Al mismo tiempo M. Miladowski, Agregado al Consulado en Berlín, lo mismo que otros franceses, fué arrestado mientras que estaba durmiendo en su propia casa. M. Miladowski, cuyo pasaporte diplomático ya se había pedido, fué puesto en libertad cuatro horas después.

Ya estaba listo para salir rumbo a Viena cuando a las cinco menos cuarto, Herr von Langwerth regresó para informarme que yo tendría que salir con las personas que me acompañaban a las diez de la noche, pero que tendrían que llevarme hacia Dinamarca. En vista de esta nueva orden, pregunté si se me encarcelaría en un fuerte, caso de yo no cumpliera tal exigencia. Herr von Langwerth sólo me contestó que regresaría a recibir mi contestación media hora después. Yo no deseaba dar al gobierno alemán el pretexto de decir que había rehusado salirme de Alemania. Por lo tanto le dije a Herr von Langwerth cuando él regresó, que me sometería a la orden que me habia sido dada, pero "que yo protestaba."

Acto continuo escribí a Herr von Jagow una carta, cuya copia es la siguiente:

Berlín, Agosto 4 de 1914.

Señor:

Más de una vez Vuestra Excelencia me dijo que el Gobierno Imperial, de acuerdo con la práctica de cortesía internacional, facilitaría mi regreso a mi propio país, y me daría todos los medios necesarios para regresar a él con la mayor prontitud.

A pesar de eso ayer, el Barón von Langwerth, después de negarse a que yo viajara hacia Bélgica y Holanda, me informó que debería ir cruzando Suiza, vía Constancia. Durante la noche se me informó que me enviarían a Austria, que es país que está tomando parte en la guerra actual al lado de Alemania. Como yo no tenía conocimiento de las intenciones de Austria con respecto a mi persona, puesto que en el territorio austriaco yo no seria considerado más que como un simple particular, le escribí al Barón von Langwerth pidiendo al Gobierno Imperial que me prometiera que las autoridades imperiales y reales de Austria me darian todas las facilidades necesarias para continuar mi viaje y que la frontera de Suiza no estaria cerrada para mi. Herr von Langwerth ha tenido la bondad de con-

testar por escrito que se me garantizaba un viaje fácil, y que las autoridades austriacas harian todo lo que fuera necesario.

Son cerca de las cinco y el Barón von Langwerth acaba de avisarme que yo seré enviado por la vía de Dinamarca. Tomando en consideración la situación actual, no existe la seguridad de que yo encuentre buque que me lleve a Inglaterra, y es debido a esta circunstancia que me veo obligado a rehusar acceder a esta proposición con el consentimiento de Herr von Langwerth.

En verdad no se me concede ninguna libertad de acción y casi se me trata como si fuera un prisionero. Me veo obligado a someterme a ésto, pues no tengo ningunos medios a mi alcance para conseguir que se observen con respecto a mi persona las reglas de cortesía internacional, pero me apresuro a protestar ante Vuestra Excelencia en contra de la manera como soy tratado.

JULES CAMBON.

Al mismo tiempo que era entregada mi carta, se me decía que el viaje no podría hacerse directamente, sino por la vía de Schleswig. A las ocho de la noche salí de la Embajada con el personal

en medio de una gran aglomeración de policias de a pié y a caballo.

En la estación el Ministro de Relaciones Exteriores estuvo solamente representado por un empleado de rango inferior.

Se verificó el viaje con suma lentitud, y nos tomó más de veinte y cuatro horas para llegar a la frontera. Parecía que en cada estación tenían que parar y esperar órdenes para proseguir el camino. Fuí acompañado por el comandante von Rheinbaben del regimiento Alessandra de la Guardia y por un empleado de policía. Cerca del canal de Kiel entraron algunos soldados en nuestros coches. Se cerraron las ventanas y se bajaron las cortinas de los coches; y cada uno de nosotros tenía que quedarse sólo en su departamento y no se le permitía levantarse o tocar su equipaje. Estaba parado un soldado en el pasillo del coche delante de cada uno de nuestros departamentos que estaban abiertos y cada soldado tenia un revólver en mano y el dedo sobre el gatillo. Se trató de la misma manera al Encargado de Negocios ruso, a las mujeres y los niños y a todos en general.

APÉNDICE II

A eso de las once de la noche llegamos a la última estación alemana y el comandante von Rheinbaben vino a despedirse de mi, y yo le entregué la siguiente carta para Herr von Jagow.

Miercoles en la noche, Agosto 5 de 1914.

Señor:

Ayer antes de salir de Berlín protesté por escrito ante Vuestra Excelencia con respecto a los cambios repetidos de vía que me había impuesto el Gobierno Imperial en mi viaje de Alemania.

Hoy al cruzar el tren en que iba por el Canal de Kiel se trató de examinar todo nuestro equipaje, como si se creyera que tuviesemos oculto algún instrumento de destrucción. Gracias a la intervención del comandante von Rheinbaben, nos vimos libres de este insulto. Pero todavía se hizo más, pues a cada uno de nosotros se nos obligó a permanecer en nuestro departamento, con las ventanas cerradas y las cortinas bajadas. Durante todo este tiempo en los corredores de los coches y en la puerta de cada compartamiento, enfrentándose con cada uno de nosotros, estuvo un soldado con revólver en mano y el dedo en el gatillo durante medio hora

Considero de mi deber protestar contra esta amenaza de violencia hecha en contra del Embajador

de la Répubblica y del personal de la Embajada, violencia que nada podía aun dar lugar a que yo la previera

Ayer tuve la honra de escribir a Vuestra Excelencia informándole que había sido tratado casi como prisionero. Hoy he sido tratado como si fuera un prisionero peligroso. También debo notar que durante nuestro viaje de Berlín a Dinamarca que ha durado unas veinte y cuatro horas no se alistaron ni suministraron ningunos alimentos para mi ni para las personas que viajaban conmigo hasta la frontera.

JULES CAMBON.

Yo creí que ya habían terminado mis molestias, cuando poco después vino el comandante von Rheinbaben, en apariencia contrariado, para informarme que el tren no seguiría hasta la frontera danesa si yo no pagaba el costo de ese tren. Expresé mi sorpresa de que no se me hubiese exigido ese pago en Berlín y de que al menos no se me hubiese informado de esto con la debida anticipación. Ofrecí pagar por medio de un cheque sobre uno de los brancos más fuertes de Berlín, pero no se accedió a esta oferta. Con la ayuda de mis compañeros pude recoger en oro la suma que se me exigía en ese mismo momento y que ascendía a unos 3,611 marcos 75 péniques, que

hacen unos 5,000 francos, de conformidad con el actual cambio de moneda

Después de este último incidente consideré necesario exigir al comandante von Rheinbaben que me diera su palabra como oficial y caballero de que seriamos llevados a la frontera danesa. Me dió su palabra y exigí que el policía que iba con nosotros nos acompañara.

Asi llegamos a la primera estación danesa, en donde el gobierno de Dinamarca tenía un tren listo para llevarnos a Copenhague.

Se me ha asegurado que mi colega británico y el Ministro belga, aunque salieron de Berlín después de mi partida viajaron vía directa hasta Holanda. Mucho me ha sorprendido esta diferencia en la manera de tratarnos, y como en estos momentos Dinamarca y Noruega están llenos de espías, si consigo embarcarme en Noruega corro peligro de que sea yo apresado en alta mar con los empleados que me acompañan.

No deseo terminar este despacho sin poner en conocimiento de Vuestra Excelencia la energía y el celo que han demostrado todos los que forman el personal de la Embajada, de que me han dado constantes pruebas durante el curso de esta crisis.

Mucho me complacerá saber que se toman en cuenta los servicios que en esta ocasión todos ellos han prestado al gobierno de la República, y especialmente los Secretarios de la Embajada y los Agregados Militar y Naval.

JULES CAMBON.

APÉNDICE III

COMO LOS ALEMANES ESTÁN HACIENDO LA GUERRA

El gobierno francés, luego que tuvo conocimiento de las primeras atrocidades cometidas por los alemanes, estableció una Comisión de investigación compuesta de tres altos magistrados franceses: M. Georges Payell, Presidente de la Oficina de Contabilidad, M. Georges Maringer, Consejero de Estado, y M. Edmond Paillot, Consejero de la Corte de Casación. Esa comisión fué a los lugares en donde se cometieron las atrocidades y oyó a los testigos, que hicieron sus declaraciones bajo juramento.

Se han publicado todas las pruebas y las tramitaciones, y forman en todo unos diez gruesos volúmenes.

Entre tantas declaraciones, la siguiente que se presentó el 23 de octubre de 1915 en París, dará una idea de los horrores que tuvieron que sufrir las regiones de Francia que fueron invadidas.

Duren, Virginie, mujer de Berard Duren, veinte y nueve años de edad, que reside en Jarny en el Departamento de Meurthe et Moselle, y que se refugió en Levallois-Perret:

Juro decir la verdad.

El 25 de agosto de 1914 los regimientos bávaros del 66 y 68 se encontraban acantonados en Jarny. Recibí órdenes de llevarles agua a sus soldados y fuí a traerles un gran número de cubos de agua. A las tres de la tarde, uno de sus jefes que me encontró me dijo que ya había llevado agua suficiente y que podía desde luego regresar a mi casa. Como los alemanes estaban tirando con sus ametralladoras contra nuestra casa, me refugié en el sótano con mis dos hijos, Jean de seis años de edad y Maurice de dos años, y con mi hija Jeanne de nueve años y con la familia Aufiero. Poco después empezaron a echar petroleo sobre la casa, y arrojaron alguna canti-

dad en el sótano por el respiradero y muy pronto nos vimos circundadas por las llamas. Me escapé llevando a mis dos muchachitos en los brazos, mientras que mi hijita y la pequeña Beatrice Aufiero corrían trás de mi agarrándose de mi vestido. Al cruzar el arroyo Rougeval, que corre cerca de mi casa, los bávaros tiraron contra nuestro grupo. Hirieron a mi pequeño Jean que yo llevaba en mis brazos; él recibió tres balazos, uno en la cadera derecha, otro en el tobillo y el tercero en el pecho. La cadera estaba casi desprendida del cuerpo y por la herida que había pentrado en el pulmon se veia que éste estaba despedazado. El pobre niño me dijo: "Oh mamá, me siento mal," y murió en ese instante. Al mismo tiempo noté que la niña Beatrice tenía el brazo derecho tan mal herido, que sólo colgaba del hombro por medio de un pedazo de carne, y Angele Aufiero, niña de nueve años, que nos seguía a poca distancia, fué herida en la pantorrilla. La pobre Beatrice sufría horriblemente y se quejaba sollozando; a pesar de eso no cayó al suelo y siguió caminando cerca de mi.

Mientras que ésto ocurría la familia Pérignon, que vivía en la casa junto a la nuestro, había sido asesinada.

Cuando ya dejaron de tirar, traté de lavar a mi hijita en el arroyo, pues veía que estaba cubierta de sangre, pero un soldado me impidió hacerlo, gritándome, "quítese."

Pocos momentos después llegamos en medio del camino, cuando hacían salir a M. Aufiero del sótano, y algunos alemanes que hablaban bastante bien el francés le dijeron a su mujer que acababa de juntarse con nosotros: "Ven a ver como vamos a fusilar a tu marido," El pobre estaba de rodillas pidiendo misericordia, mientras que su mujer exclamaba "Mi pobre Côme" y los soldados le respondían "Cállate la boca." Fué fusilado a unos veinte metros de donde estabamos.

En seguida los bávaros me llevaron con mis hijos y con Madame Aufiero y su hija a la pradera de Pont-de-l'Etange. Un general dió órdenes para que fueramos fusilados, pero yo me arrodillé delante de él e implorándole y besándole las manos al fin consintió en perdonarnos la vida.

En esos momentos un oficial que traía una gran capa gris y llevaba cuello rojo, dijo mostrando a mi hijo que estaba muerto: "*Éste ya no podrá combatir después contra nosotros.*"

Al día siguiente, después de que me refugié en la Barriere Zeller, un oficial vino a decirme que el cadáver de mi hijo olía mal y que debía quitarlo de allí. Como no pude encontrar nadie que pudiera hacer un ataud, busqué en las cantinas dos cajones que servian para guardar unos conejos, los claveteé en sus dos extremos y coloqué el cadáver dentro de ellos, y después de esto fué enterrado por dos soldados en mi jardín en la fosa que yo mismo había cavado.

APÉNDICE IV

COMO LOS ALEMANES OCUPAN EL TERRITORIO DE UN ENEMIGO

Durante los primeros dias de abril de 1916, se fijó el siguiente aviso, que llevaba la firma del jefe alemán, sobre las paredes de Lila, gran ciudad del norte de Francia que había sido ocupada por los alemanes desde el principio de la guerra:

Todos los habitantes de las casas, con excepción de los niños de menos de catorce años y de sus madres, y exceptuando también los viejos, deben alistarse para ser transportados dentro de una hora y media.

Un oficial resolverá definitivamente cuales deben ser las personas que serán llevadas a los campamentos de reunión. Con ese fin todos los que habiten las casas deben reunirse en frente de ella, pero en caso de

mal tiempo se les permitirá permanecer en los corredores, dejando siempre abierta la puerta de la casa. Toda reclamación será inútil, y ningún habitante de la casa, aun aquellos mismos que no han de ser transportados, podrá salir de la casa antes de las ocho de la mañana (hora alamena).

Cada persona tendrá derecho a treinta kilógramos de equipaje y si se excediera de ese peso, no se permitirá que se lleve el equipaje de esa persona, sin consideraciones de ninguna especie. Deben hacerse los bultos por separado para cada persona y llevarán la dirección escrita claramente y fija en el bulto. Esa dirección comprenderá el nombre de familia, el de pila y el número de la tarjeta de identificación.

Es enteramente indispensable que se provean las personas, por su propio interés, de útiles para beber y comer, como también de un cobertor de lana, buenos zapatos y ropa. Cada persona llevará consigo su tarjeta de identificación. Cualquiera que trate de impedir ser transportado será castigado sin compasión alguna.

ETAPPEN-KOMMANDANTUR.

La amenaza que estaba consiguada en el aviso que acabamos de leer fué ejecutada al pié de la letra y vease, según una carta dirigida por M.

D———, antiguo receptor particular de Lila a M. Jules Cambon, ex-Embajador de Francia en Berlín, lo que acaeció:

Durante la noche del Viernes Santo al Sábado de Gloria, a eso de las tres, las tropas pasaron frente a la casa y se fueron a ocupar el primer barrio llamado: Fives. Lo que ocurrió fué terrible. El oficial al pasar mostraba aquellos o aquellas que él designaba y les indicaba que debían prepararse dentro de un periodo de tiempo que variaba de una hora a diez minutos. Se llevaron a Antoine D——— y a su hermana de veinte y dos años de edad: con grandes esfuerzos se consiguió que dejaran a la niña que sólo tenia catorce años y la abuela que estaba enferma y muerta de miedo se agravó desde luego y por eso dejaron que volviera la niña; pero en cambio un viejo y dos personas enfermas no pudieron conseguir que dejaran a su hija que era su único sostén. Y por todas partes se mofaban de la gente y asi las molestaban más de lo que esperaban. En casa del doctor tio de B——— le dejaron a la señora que escogiera entre dos criadas y ella optó por la más vieja: "Entonces," le contestaron, "esa es la que nos llevaremos." Mlle. L———, la joven que acababa de tener tifoidea y bronquitis, vió que un

subalterno se llevaba a su criada y él le dijo: "Este es un deber muy penoso que tenemos que cumplir." "Es más que penoso, es bárbaro debía decirse." "Esa frase es bien fuerte: ¿qué no tiene usted miedo de que la denuncie?" y en realidad el traidor la denunció. Sólo le permitieron siete minutos para alistarse y se la llevaron sin sombrero y como estaba, en busca del coronel que tenía el mando en esta noble batalla y que la condenó a que fuera llevada, a pesar de lo que dijo en contra el médico. Y sólo fué debido a su incansable energía y a la conmiseración de un oficial menos feroz que los demás, que ella obtuvo, a eso de las cinco de la tarde, que la soltaran, después de un día que fué un verdadero calvario para ella. Los pobres desgraciados que tenían sentinela a la puerta eran después llevados a un lugar cualquiera, ya fuese iglesia o escuela, y después todos en conjunto y mezclados unos con otros, personas de todas clases y de todo grado moral, lo mismo las jovenes honradas como las mujeres públicas, iban entre los soldados, mientras que tocaba la banda al frente de ellos llevándolos a la estación del ferrocarril, de donde salieron esa noche sin saber ni a donde los llevaban ni que es lo que iban a hacer con ellos.

Y a pesar de todo esto nuestra gente se conduce con suma dignidad y con valor, aunque se les provoca

haciendo pasar por las calles en automóviles a algunos de sus pobres hijos. Todos se van gritando "Viva Francia," "Viva la Libertad" y cantando la Marsellesa. Consuelan a los que se quedan; a sus pobres madres que lloran y a los niños, y con voz entrecortada por las lágrimas y llenos de dolor les suplican que no lloren y ellos mismos sofocan sus sollozos y permanecen impávidos contemplando con valor a sus verdugos.

Otro documento que demuestra mejor que todo lo que se pudiera decir respecto a la manera con que fueron tratadas las poblaciones francesas durante treinta meses por los alemanes, es el documento siguiente que es un aviso alemán que se encontró pegado a las paredes de una pequeña población de Holnon, al noroeste de St. Quentín. Ese aviso llevaba el sello oficial de la Comandancia alemana. He aqui el texto de tal documento:

Holnon, Julio 20 de 1915.

Todos los trabajadores, las mujeres y los miños de quince años de edad tendrán la obligación de trabajar en los campos diariamente, inclusos los domingos, de las cuatro de la mañana a las ocho de

la noche (tiempo francés). Se les permitirá media hora de descanso por la mañana, una hora al medio dia y hora y media por la tarde.

Se castigará la falta de cumplimiento de esta orden de la siguiente manera:

1. Los obreros perezosos serán puestos junto con otros obreros, durante el tiempo de la cosecha. en un cuartel bajo la inspección de cabos alemanes. Después de la cosecha los perezosos permanecerán en la cárcel durante seis meses, y sus alimentos cada tercer día consistirán sólo de pan y agua.

2. Las mujeres perezosas serán enviadas a Holnon para que trabajen. Después de la cosecha las mujeres permanecerán en la cárcel durante seis meses.

3. Los niños perezosos serán castigados apaleándolos.

Además el Comandante se reserva el derecho de castigar a los obreros perezosos con veinte palos dados diariamente.

Los trabajadores de la comuna Veudelles han sido castigados severamente.

(Firmado) Glose,
Coronel y Jefe.

APÉNDICE V

COMO LOS ALEMANES TRATAN A NUESTRA ALSACIA-LORENA

Von Bethmann-Hollweg, el Conde von Hertling y Herr von Kuhlmann dicen que Alsacia-Lorena es una provincia del Imperio alemán de hecho y por derecho, y que está firmemente unida a Alemania.

El siguente cuadro nos demostrará como trata Alemania a esta provincia alemana.

Modo de Tratar a la Población Cívica.

Desde luego el gobierno ha establecido, durante la guerra, una barrera que no se puede salvar entre Alsacia-Lorena, proclamada "Territorio del Imperio" y los demás Estados alemanes. Alsacia-Lorena es tratada enteramente como si fuera sospechosa.

Asi es que un habitante de Alsacia-Lorena no

puede enviar sus cartas por correo en Alemania. Por ejemplo Wissenbourg está en la frontera del Palatinato. Los habitantes de esa ciudad tienen vivísimos deseos de conseguir que sus cartas vayan por la vía más rápida y no tengan que sufrir la censura molesta del correo alemán. Una profesora de piano, Mlle. Lina Sch—— fué condenada en marzo de 1917 a pagar una multa de cien marcos por una infracción de esta clase. El consejo de guerra de Sarrebruck que pronunció ese fallo ya habia impuesto, en junio de 1916 una multa de ochenta marcos al cónsul de España, que había permitido a una persona residente de Sarreguemine, que le dirigieran al consulado de España cartas de sus hijos que estaban refugiados en Lausanne.

Además se ha demostrado la hostilidad alemana con respecto a los alsacianos por medio de un conjunto de medidas pueriles contra los uniformes y trajes alsacianos, en todo lo que pudiera darles un corte o apariencia francesa.

Al principio se había discutido con seriedad el plan de impedir al clero católico de llevar la

sotana que se acostumbra en los países latinos. Se desechó ese plan, pero se aprobó otro referente a los bomberos.

La Nouvelle Gazette de Strasbourg publicó una nota oficiosa, fechada el 9 de diciembre de 1915, en que, recordando un decreto para impedir que se usen los uniformes de los bomberos de Alsacia-Lorena porque los sombreros y lo mismo que los kepis eran de estilo francés, se queja de que no se haya cumplido esta ordenanza en todo el país. He aquí esa nota:

En verdad hace poco durante un incendio que se inició cerca de Molsheim, se comprobó que los bomberos todavía llevaban sus antiguos uniformes, y que se había dado la alarma de incendio por medio de antiguos silbatos iguales a los que se usan en Francia. El *Kriesdirection* se ve obligado a insistir de manera enérgica ante las alcaldías para que hagan desaparecer estos uniformes suprimidos y esos silbatos al estilo francés, y pedirles que informen acerca de las infracciones que a ese respecto se lleven a efecto.

Otras sociedades y asociaciones, como las sociedades corales, que con frecuencia siguen usando

uniformes que se parecen a los de los alumnos franceses, también deben dejar de usarlos y los objetos no permitidos se entregarán para ser guardados a la policía respectiva.

Pero todos estos actos pueriles parecen insignificantes, si se comparan con la malévola manera de tratar a los de Alsacia-Lorena y que los ponen al igual más que nunca a los ciudadanos y a los súbditos belgas de las regiones invadidas.

Las deportaciones en masa, que hace algún tiempo se llevaron a efecto en Bélgica y en el norte de Francia, fueron repetidas en Alsacia en época tan reciente como es el mes de enero de 1917. Asi es que muchos de los ciudadanos de Mulhouse, de diez y siete a sesenta años de edad fueron reunidos el 5 de enero en los cuarteles de Mulhouse y después fueron enviados hacia el interior de Alemania.

Este modo de proceder ya se había verificado con anterioridad en grande escala, desde que se inició la guerra. Se aplicó la prisión preventiva, designada bajo el nombre de *Schutzhaft*, a Messin Samin, que al principio fué encarcelado

en Coblentza y después fué enviado al frente ruso en donde lo mataron; a M. Boursen, antiguo corresponsal del *Matin* que fué internado en Cannstatt, Wurtenburgo. Otros ciudadanos, después de haber permanecido en la cárcel durante semanas y meses, fueron al fin desterrados a Alemania. Los mismos alemanes se desmoralizaron tanto por el régimen de delación que ellos establecieron, que las autoridades se vieron obligadas a poner coto a las denuncias anónimas que en lo general eran falsas, por medio de una comunicación oficial publicada en la *Gazette de Haguenau* el 6 de diciembre de 1916.

Pero en verdad la historia de la manera en que ha sido tratada la clase civil durante la guerra todavía no se conoce por completo y sólo se sabrá después. En verdad el gobierno ha impedido que la prensa publique un resumen de los trámites y audiencias de los consejos de guerra, porque las poblaciones, en lugar de amendrantarse con su lectura sólo les daban pábulo a los chistes y burlas.

Se calcula que los habitantes de Alsacia-Lorena

han "merecido" hasta la actualidad más de cinco mil años de prisión.

He aquí algunos de los delitos que han cometido:

M. Giessmann, anciano de sententa años, saludó a los prisioneros franceses en una calle de Estrasburgo; castigo: seis semanas de prisión.

Guillaune Kohler, soldado de infantería de Saverne criticó durante un viaje en Alemania, la manera inhumana con que algunos oficiales alemanes tratan a sus soldados que están en el frente. dos años de prisión decretada por el Consejo de Guerra de Sarrebruck.

Emilie Zimmerle, cocinera en Colmar, cantó una canción antialemana mientras que lavaba los trastes: treinta marcos de multa.

Mlle. Stern, hija de un ministro protestante de Mulhouse, habló criticando la violación de Bélgica: un mes de prisión.

El abate Theophile Seilei, cura de Levoncourt, por la misma falta: seis semanas de prisión.

Pero aun los niños y las jovencitas han sido castigados por faltas que son absolutamente pueriles.

El *Metzer Zeitung*, del 22 de octubre, menciona los fallos pronunciados contra Juliette F., de Vigy, de diez y ocho años de edad, alumna de la escuela de comercio y Georgette S., de veinte y tres años de edad dependienta de un establecimiento y que vivía en Nouilly, las cuales se habían encontrado por la mañana en la estación de Metz, y vieron en un tren a algunos prisioneros franceses, a los cuales hablaron y giñaron el ojo. Juliette F. "la más culpable" fué condenada a pagar una multa de ochenta marcos y Georgette S. de cuarenta marcos, porque "el tratar con los prisioneros de guerra produce sobre estos un efecto que les causa nerviosidad."

Las niñitas Grass y Broley de Colmar, fueron arrestadas "por haber contestado con movimientos de las manos a los besos que les enviaban los prisioneros franceses."

Un muchacho de quince años, Jean Ingold, alumno de la escuela superior de Mulhouse que la clase, rompió el retrato del Emperador y pintó banderas francesas con la inscripción de "viva Francia," fué condenado a un mes de

prisión. El Consejo de Guerra consideró como una circunstancia agravante el hecho de que el padre de Jean "desempeña un puesto muy lucrativo como funcionario alemán."

El 30 de marzo de 1916, dos hermanas que enseñaban en Guebwiller, la hermana Ludwina, nacida en Bach, superiora, y la hermana Emérentine, nacida en Eckert, fueron acusadas de manifestaciones anti-alemanas, por haber considerado frecuentemente como mentiras las cifras de prisioneros rusos y franceses que indicaban las comunicaciones oficiales alemanas, "por haber protestado contra el bombardeo de la catedral de Reims, por haber desmentido las victorias alemanas que se habían anunciado, y por haber dicho con referencia a la invasión alemana en Bélgica: "Como pueden invadir un país que no pedía nada." Resultado: seis meses de prisión.

El caso de Madame Berthe Judlin, que es la hermana religiosa Valentina, es todavia más trágico.

El relato oficial del proceso que se verificó ante el Consejo de Guerra en contra de esta religiosa,

fué publicado por los periódicos de Mulhouse. Parece que fué víctima de monstruosas calumnias y que lo que le aconteció se parece al caso de Miss Cavell.

Se le acusó de que del 9 al 14 de agosto de 1914, cuando estaba trabajando en el hospital particular del convento de las Redimidas de Riedisheim, había tratado mejor a los heridos franceses en perjuicio de los heridos alemanes. Estos cargos que sobre todo especificaban que sin motivo le había quitado a un herido algún objeto necesario, (cargo que fué desechado por el acusador oficial) y que ella había escondido en el tapanco los cartuchos de los heridos franceses, fueron negados por la hermana Valentina. Después de las pruebas presentadas por los testigos, 9 en su contra y 14 en su favor, el Comisario del gobierno pidió que se le castigara con quince años de trabajos forzados y diez años de pérdida de sus derechos civiles y su abogado pidió que fuera puesta en libertad. El Consejo de Guerra del 14 de diciembre de 1915, después de deliberar durante hora y cuarto, considerando que la hermana

Valentina "causó perjuicios al ejécito alemán" y escondió los cartuchos, la condenó a sufrir "cinco años de trabajos forzados y cinco años de pérdida de sus derechos civiles."

La Guerra en Contra del Idioma Frances

Los alemanes nunca se cansan de decir, y von Hertling acaba de repetirlo, que el ochenta y siete por ciento de los que son de la Alsacia-Lorena hablan el alemán. Causa extrañesa pues, que el reino de terror alemán se ha manifestado especialmente en contra del uso del idioma francés, aun en las regiones en que ese idioma es el que se emplea en lo general.

El hecho de hablar francés se ha convertido verdaderamente en delito especial que se designa con el título de "provocación," y ese delito se verifica con frecuencia.

El subprefecto de Boulay dirigió el 22 de febrero de 1916 el siguiente aviso a los alcaldes de su distrito:

"El uso en público del idioma francés será con-

siderado como una 'provocación' por parte de las personas que sepan lo suficiente de alemán para darse a comprender, o que puedan recurrir al intermedio de personas que posean conocimientos suficientes del aléman."

El Consejo de Guerra extraordinario de Metz, dió su fallo en tal virtud, condenando a dos mujeres a catorce días de prisión por haber hecho uso, de modo provocador, del idioma francés en el tranvía, a pesar de las indicaciones que les hacía la conductora.

En otro caso el Consejo de Guerra extraordinario de Estrasburgo decretó una multa a un comerciante que "no sólo dejaba que permaneciera una etiqueta francesa sobre sus bultos, sino que tambíen había colocado una etiqueta francesa en un bulto que dirigía a un cliente que comprendía el alemán."

Una niñita de Bourg-Bruche que "aunque conocía el alemán, empleaba el idioma francés a pesar de repetidas indicaciones, fué castigada por ese mismo tribunal con pena de prisión."

El *Mulhauser Tageblatt* del 23 de septiembre

de 1916 informa que algunas mujeres que habían estado conversando en francés en la vía pública, habían sido condenadas a castigos, que variaban de quince dias a tres semanas, por el Consejo de Guerra de Thionville.

Otro acusado que había hecho "uso provocador" del idioma francés fué condenado a 50 marcos de multa o a 10 dias de prisión.

El *Oberelsaessische Landeszeitung* del 12 y del 26 de octubre publica los fallos condenatorios siguientes: 20 y 10 marcos de multa a las vendedoras A. Nimarg y M. Cahen por haber hablado a un grupo de oficiales franceses prisioneros que estaban de paso en la estación de Thionville.

Se impusieron 20 y 30 marcos de multa a la mujer Amelie Bany y a su hija Catherine Jacques, de Knutang "por haber empleado el idioma francés, aunque ellas sabían hablar en alemán."

El alcalde de la Broque, municipalidad de lengua francesa, fué condenado por los mismos jueces a tres meses de prisión por haber hablado en francés con sus consejales.

Esta campaña contra el idioma también pre-

valeció en Alsacia con respecto a las escuelas de niñas, que siempre han sido los principales centros del estudio del francés.

Según una ordenanza del Statthalter, de fecha 10 de marzo de 1915, quedaron prohibidas las conversaciones en francés en el interior de las escuelas.

Un ministro alemán, perteneciente a la iglesia luterana, M. Curtius, que se había opuesto a la supresión de St. Nicolas, antigua parroquia francesa de Estrasburgo, fué retirado de su cargo, y su sucesor, que acató las indicaciones disciplinarias, convino en que se llevara à efecto la medida exigida.

La lucha iniciada contra el idioma francés se hizo notable en virtud de la supresión de todos los periódicos en francés desde que principió la guerra: *Le Journal d'Alsace-Lorraine*, *Le Messin*, *Le Nouvelliste d'Alsace-Lorraine*. Pero nada demostró tanto la necesidad de que hubiera órganos en el idioma francés como el establecimiento de *La Gazette de Lorraine*, periódico oficioso fundado en Metz por el gobierno y que debía servir de

modelo a *La Gazette des Ardennes*, establecida despues en Mezières, para desmoralizar las poblaciones de las regiones invadidas en el norte y en el este de Francia.

Manera de tratar a los soldados de Alsacia-Lorena

Los soldados de Alsacia-Lorena, con respecto de los cuales al principio de la guerra se había dicho que eran muy leales, fueron después tratados en la práctica por las autoridades alemanas como personas sospechosas y como deseosos de ser desertores.

Durante el mes de agosto de 1915 el Statthalter denunció, al abrirse el Parlamento de Alsacia-Lorena "el anti-patriotismo de parte de la población y criticó acerbamente a los *traidores* que se habían pasado al *enemigo*."

En verdad no menos de 14,000 alsacianos, habían ido a combatir en favor de su verdadera patria, después de vencer mil dificultades y arrostrar mil peligros. Todos los periódicos de Alsacia-Lorena todavía continúan publicando

listas de ciudadanos que han sido privados de sus bienes y de sus derechos como refractarios.

Este movimiento no ha cesado de ninguna manera. Asi es que durante el 32° mes de la guerra, el 14 de marzo de 1917, el general von Massner, que era jefe de la región de Sarrebruck, publicó la siguiente orden extraordinaria: "Todo el que, después de minucioso examen, tenga razones para creer que un militar o un individuo con licencia tiene la intención de desertar, y que todavía puede impedir se cometa ese delito, debe sin dilación alguna dar aviso del hecho a la autoridad militar o política más cercana."

El *Strassburg Neueste Nachrichten* del 27 de septiembre anuncia que la corte coreccional de Colmar condenó por rebeldía a 190 jóvenes de los distritos de Guebwiller y de Ribauville a pagar 600 marcos de multa o sufrir 40 dias de prisión por haber eludido sus obligaciones militares.

El *Oberelsaessische Landeszeitung* del 11 de octubre de 1917 anuncia los fallos condenatorios de 3,000 marcos de multa o de 300 dias de prisión contra 7 personas por el mismo motivo.

APÉNDICE V

El *Haguenauer Zeitung* del 11 al 20 de octubre publica los nombres de 17 soldados que han sido declarados, unos como desertores y otros como culpables de rebeldia ante el enemigo o de traición.

El 25 de octubre encontramos otra lista de 25 desertores, 19 de los cuales son naturales de Estrasburgo.

M. André Friborg publica en su libro "*Los Mártires de Alsacia-Lorena*" tomado de las vistas de causas ante los consejos de guerra alemanes, 15 páginas de nombres de jóvenes alsacianos que se han ido fuera de su país para no tener que combatir contra Francia.

Además en lugar de tratar a los soldados alsacianos, que se daban de alta en el ejército alemán como alemanes, el gobierno los ha tratado de distinta manera.

Los ha enviado al frente ruso y los ha empleado en los puntos más peligrosos como lo demuestra la siguiente orden secreta del Ministerio de Guerra prusiano, que fué transmitida por el general en jefe ad interim del 14 cuerpo de ejército durante el mes de febrero de 1916.

Todos los de Alsacia-Lorena que estén empleados como secretarios, ordenanzas, etc., deben ser relevados de sus cargos y enviados al frente. De aquí en adelante se enviarán directamente a todos los de Alsacia-Lorena que puedan portar armas al General Kommando, que los enviará inmediatamente a ingresar a las unidades del frente del este. Se suplica que se dé cuenta de esto antes del 1° de abril de 1916.

Por el Stellvert, General Kommando.

Radecke, Comandante.

Finalmente fué el 9 de octubre de 1917 la fecha en que el *Strassburger Neue Zeitung* anuncia que queda abolida la dirección postal especial a que estaban sometidos los soldados de Alsacia-Lorena en el frente de la guerra.

"Es verdaderamente justo" dijo entonces la *Freie Presse* "que las medidas excepcionales que se han tomado contra los soldados de Alsacia-Lorena queden al fin abolidas. Entre esas medidas, debemos mencionar además de la censura postal la prohibición que todavía está en vigor de que puedan ir a visitar su pueblo natal." Y el mismo periódico agrega: "Ya que se habla tanto y por doquiera del valor de nuestros soldados de Alsacia-Lorena, no está bien de

ninguna manera que se les recompense con insultos y desconfianza.

Encontramos en el número del G. Q. G. del 25 de noviembre de 1917 algunos datos que fueron dados personalmente por prisioneros alsacianos sobre el modo con que se trataba a sus compatriotas en el ejército alemán.

Durante el 22 de junio último recibieron todos los alsacianos la orden de presentarse al F. R. D. de su división y allí fueron recibidos por el Vize Feldwebel, que tenía a su lado dos sentinelas, y quien les dijo: "Como es que todavía no se han quitado los equipos; ustedes son traidores, desertores, sinvergüenzas, malhechores. Váyanse inmediatemente a quedarse bajo cubierta y adonde puedan poner nueve vigas adicionales para que puedan ustedes morir con toda calma."

En algunas ocasiones varios alsacianos declararon que como no les había dado de comer ni beber no podían trabajar, y entonces un teniente que fué llamado por el ayudante llegó con un azote y sacando a uno de entre ellos le pegó de tal manera que éste cayó desvanecido.

Después de esto otro teniente dió órdenes al Vize Feldwebel para que obligara a los alsacianos que se condujeran bien, pues todos son, "bandidos y traidores."

Todos estos datos demuestran de manera innegable que los soldados de Alsacia-Lorena no son tratados en el ejército del Imperio como si fueran súbditos como los demás, sino más bien como si fueran extranjeros que estaban provisionalmente sometidos al dominio alemán.

El Secuestro de Propiedades

Para ser país "*alemán,*" Alsacia-Lorena parece tener un gran número de propietarios franceses, a juzgar por los numerosos secuestros y confiscaciones que las autoridades llevan a efecto con encarnizamiento desde hace tres años.

En realidad los periódicos locales contienen listas de secuestros que son casi tan largas como las de los desertores.

Y estas confiscaciones no se refieren sólamente a propiedades de franceses que estén viviendo en

Francia, pues un gran número de ellas se libraron contra habitantes de Alsacia-Lorena que residían en el extranjero. Se les dió orden de que regresaran al territorio del Imperio, orden que no siempre pudieron llevar a efecto, pero que dió lugar a que el gobierno imperial se sirviera de ese cómodo pretexto para decretar su denacionalización y proceder a las confiscación de sus propiedades.

De manera que han sido notablemente numerosos los secuestros, a los cuales sobrevenían después las ventas en subasta pública de propiedades francesas o alsacianas; y entre esas propiedades hubo algunas de ellas de considerable importancia.

Les Dernières Nouvelles de Strasbourg mencionaron el 24 de agosto de 1916 la venta a remate de las propiedades del príncipe de Tonnay-Charente, situadas en Homburgo, y que consistían de un magnífico castillo que contenía un mueblaje al estilo Luís XIV, con gobelinos de gran valor, retratos de familia, invernaderos, oficinas, estanques, prados, etc., etc.

En el *Strassburger Post* de 29 de octubre se

anuncia la venta, por orden liquidataria, del Cité Hof, que pertenecía a los herederos de Paul de Geiger "que comprendía 42 hectareas de buen terreno arable, con magníficas habitaciones, granjas y caballerizas, un bellísimo parque, pabellones, cochera, etc., "de la villa Huber con un magnífico patio, praderas, cochera e invernadero," y rodeada de 28 hectareas de terreno, etc.

El mismo periódico, en su número del 4 de octubre, anunciaba la venta del famoso castillo de la Robertsau, que pertenecía a Madame de Loys-Chandieu, neé Pourtales, con 230 hectareas de tierra y 130 hectareas de bosques.

El *Metzer Zeitung* del 18 de octubre anuncia la venta en la municipalidad de Hayange, de 8 propiedades y en la de "Audun-le-Tiche" de 16.

El *Strassburger Post* del 20 de octubre da a conocer la liquidación de veinte propiedades en la municipalidad de Moyeuvre-Grande y de once en la de Sierek.

Esos bienes franceses indudablemente despertaron la condicia de muchos. Y con ese motivo y con referencia a ellas, se llevaron a efecto in-

teresantes polémicas y se publicaron cartas curiosas en los periódicos alemanes en Alsacia.

Algunas personas interesadas se quejan (*Strassburger Post* del 3 de noviembre de 1917) de que los plazos son tan cortos que sólo los habitantes del país y los vecinos muy cercanos pueden sacar ventaja en tales ocasiones. Se hace notar con justicia que para obtener en esas ventas los precios más elevados es necesario que concurran a ellas el mayor número de compradores.

En cuanto a lo que se refiere a los campos, los que están en la vecindad pueden llegar a ofrecer sumas de bastante importancia, pero cuando se trata de un magnífico castillo como el de Osthofen, con jardín y parque, los que tengan el deseo de querer adquirirlo no serán indudablemente campesinos de los alrededores. Asi es que sólo "intervendrán los especuladores que conseguirán por una bagatela propiedades de alto valor." Y los que se quejan agregan: "¿qué es ésto de desearse?"

La siguiente observación que hizo uno de los quejosos no carece de interés: "Todavía existen

bastantes medios de comunicación entre Francia y el territorio del Imperio. En eso se ve el peligro de compras disimuladas por terceras personas, que adquirirán los bienes a muy bajo precio y los transmitirán después a sus antiguos propietarios. De esta manera la influencia francesa sobre la propiedad de las tierras llegará a establecerse en lo futuro.

El *Strassburger Post* en su número del 8 de noviembre, contesta detalladamente a estas quejas y a estas admonestaciones.

Declara que no sólo han sido transmitidas las listas de los bienes desde hace algunos meses por las autoridades a los distintos estados confederados, para permitir que los que deseen comprar tomen en cuenta las adquisiciones que puedan hacer, pero que también se publicó por la librería Schultz Compañía de Estrasburgo un catálogo de bienes y muebles con un tiro de 1,500 ejemplares. Este catálogo se agotó muy pronto y continuaron a recibirse pedidos de él, lo que prueba que los que deseaban comprar habían sido avisados con la debida anticipación.

Agrega el periódico que los bienes que se van a vender han sido visitados por los que deseaban comprarlos que no sólo procedían de Alsacia-Lorena, sino también de "la vieja Alemania," y que se habían hecho proposiciones de venta antes de que la prensa publicara los avisos correspondientes. Además parece que si las compras de terrenos y de explotaciones rurales se han verificado con rapidez, eso ha sido debido a las sociedades de colonización, a las que se ha denominado como "hordas negras," que abiertamente han comprado o hecho comprar las propiedades por sus empleados subalternos, abrigando la esperanza de que sus planes se realizarian después de la guerra. Con respecto a las empresas industriales se ha fundado recientemente en Berlín un sindicato alemán que tratará de acapararse las acciones.

En lo que se relaciona a la industria textil especialmente, parece que se ha formado un verdadero "trust" contra el cual se ha enfrentado "un sindicato de industriales alsacianos que han

comprendido que existía la necesidad de defenderse."

Todo el conjunto de la política alemana reciente con respecto a Alsacia-Lorena demuestra por lo tanto que ese país, del cual M. de Hertling decía que "estaba ligado al germanismo con lazos más y más íntimos," ha sido tratado por Alemania, en realidad, como una región extranjera dominada por la fuerza bajo la administración imperial, y sometida, como las regiones belgas y francesas que han sido ocupadas desde 1914, a un verdadero reino de terror.

APÉNDICE VI

COMO LOS ALEMANES COMPRENDEN LA PAZ FUTURA

Si se quiere uno dar cuenta de la manera como los alemanes comprenden la paz futura, sólo es necesario leer esta carta dirigida al *Lokal-anzeiger* por Herr Walter Rathenau, encargado de la dirección de todos los establecimientos industriales en Alemania.

Principiamos la guerra con un año de anticipación. Luego que obtengamos una paz alemana, deberemos comenzar inmediatamente la reorganización bajo una base más amplia y sólida que nunca. Los establecimientos que producen las materias primas no sólo deben continuar sus trabajos, sino también deben redoblar de energía para formar de esa manera el nucleo de la preparación económica de Alemania para la próxima guerra. Con anticipación debemos estudiar cuidadosamente, sirviéndonos de base las lec-

ciones de la guerra actual, lo que falta a nuestro país como materias primas o elementos de materias primas, y acumular acopio considerable de ellas que no deberán utilizarse sino hasta una *fecha futura.* Debemos organizar una mobilización industrial tan perfecta como la mobilización militar antes de la guerra. Todo hombre técnico, o que sea en parte técnico, ya sea que figure o nó en la lista de los que puedan mobilizarse, debe haber recibido la facultad, por medio de órdenes oficiales, de tomar a su cargo la dirección de un establecimiento industrial que se le indicará al dia siguiente en que se efectúe la próxima declaración de guerra. Todo establecimiento que fabrique con fines mercantiles debe ser mobilizado, y saber oficialmente que al tercer dia después de la declaración de guerra debe emplear toda su potencia industrial para satisfacer los requisitos del ejército.

Se debe determinar de antemano qué cantidad de mercancías puede suministrar al ejército cada uno de esos establecimientos en un tiempo dado y como lo suministrará. Cada establecimiento también deberá suministrar una lista exacta y completa de los obreros que no le sean indispensables; y estos únicamente podrán ser mobilizados para el servicio militar.

Y finalmente será necesario hacer arreglos comerciales con las naciones que no están en Europa, a las cuales facilitaremos ventajas suficientes y especifi-

cadas detalladamente, de modo que asi les sea perjudicial a sus intereses comerciales el continuar su comercio con cualquiera de los beligerantes y venderles municiones. Nosotros por nuestra parte podremos sin peligro aceptar las mismas obligaciones. Y cuando al fin llegue la nueva guerra, no habrá llegado con un año de anticipación.

[1]

Deacidified using the Bookkeeper process.
Neutralizing agent: Magnesium Oxide
Treatment Date: MAY 2001
Preservation Technologies
A WORLD LEADER IN PAPER PRESERVATION
111 Thomson Park Drive
Cranberry Township, PA 16066
(724) 779-2111

THE LIBRARY OF CONGRESS

LIBRARY OF CONGRESS
0 007 629 478 1